intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS

de Alfonso de Lamartine · F. G. Slaughter
Miguel de Cervantes · H. Mac Dougall
Cristóbal M. Paz · John Essex · C. Weston
G. Blunden · J. D. Carr · F. Lieving

$35.-
URUGUAY O$U 5

SUMARIO

1813 - 1963

SESQUICENTENARIO DE LA CREACION DEL HIMNO NACIONAL ARGENTINO

El CELOSO EXTREMEÑO

Son muchos los que consideran a El celoso extremeño como la mejor de las Novelas Ejemplares de Cervantes. Desde luego, en el tesoro de la literatura castellana. esta pequeña joya brilla con particular resplandor. Se destaca esta obra por la supervivencia de sus valores artísticos, que parecen rebrotar en ciertas ramas de la literatura moderna, con su aire de farsa y su profundo sentido humano. El Carrizales de El celoso extremeño es como la contrafigura de los héroes calderonianos y asombra que se escribiese antes que El mayor monstruo los celos, lo que es una prueba más del genio de Cervantes, que con sensibilidad finísima incorpora a la literatura española el humanismo de Erasmo.

POR MIGUEL DE CERVANTES

Dibujos de E. RAPELA (ADAPTACIÓN)

Felipe de Carrizales nació, de padres nobles, en un lugar de Extremadura. Muy joven dejó su casa, y anduvo por diversos países gastando así los años como la hacienda. Muertos ya sus padres y agotado su patrimonio, pasó a las Indias, y en veinte años que en ellas estuvo, hizo gran fortuna. Viéndose rico, tocado del natural deseo que todos tienen de volver a su patria, regresó a España.



Llegó a Sevilla tan lleno de años como de riquezas, y si cuando navegaba a las Indias, pobre y menesteroso, lo iban combatiendo muchos pensamientos, no menos ahora en el sosiego de la tierra lo combatían, aunque por diferente causa: que si entonces no dormía por pobre, ahora no podía sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado a tenerla ni sabe usar de ella, como lo es la pobreza al que continuo la padece.

Quisiera tener a quien dejar sus bienes, y con este deseo tomábale el pulso a su fortaleza, y parecíale que aun podía llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, lo sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía como hace a la niebla el viento; porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con sólo la imaginación de serlo lo comenzaban a ofender los celos, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.



Estando resuelto en esto y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un día por una calle alzase los ojos y viese a una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece a catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa que sin ser poderoso para defenderse, el buen viejo Carrizales rindió la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella, y decidió, tras muchos soliloquios, casarse con ella.



Al cabo de algunos días, habló con los padres de Leonora, y supo como, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intención y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer a su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decía, y que él también lo tendría para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habían dicho.



Despidiéronse, informáronse las partes y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe lo embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna a temblar y a tener mayores cuidados que jamás había tenido.

Una de las señales que dió el extremeño de su celosa condición, fue no querer juntarse con su esposa hasta tenerle puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma: compró una en doce mil ducados, en un barrio principal de la ciudad, cerró todas las ventanas que miraban a la calle, y lo mismo hizo de todas las otras de casa.



En el portal de la calle, que en Sevilla llaman *casapuerta,* hizo una caballeriza para una mula y encima de ella un pajar y apartamiento, donde estuviese el que había de cuidar de ella, que fue un negro viejo llamado Luis.



Levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa había de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa; hizo un torno que de la casapuerta respondía al patio. Compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos mostraba ser de un gran señor: compró cuatro esclavas blancas y otras dos negras. Hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fue a casa de sus suegros y pidió a su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban a la sepultura.



La tierna Leonora aun no sabía lo que le había acontecido, y así, llorando con sus padres, les pidió su bendición, y despidiéndose de ellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino a su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermón a todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna vía ni en ningún modo dejasen entrar a nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro.

A quien más encargó la guarda y regalo de Leonora fue a una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase a las esclavas y à otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo había recibido.



Hecha esta prevención, y recogido el buen extremeño en su casa, comenzó a gozar como pudo los frutos del matrimonio. Levantábase de mañana y aguardaba a que el despensero viniese; y en viniendo éste, que dejaba las provisiones en el torno, salía de casa Carrizales, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de enmedio, y entre las dos quedaba el negro.



Ibase a sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, encerrándose con su esposa y las criadas, que lo querían bien, por ser de condición llana y agradable y, sobre todo, por mostrarse generoso con todas. De esta manera pasaron un año de noviciado, e hicieron profesión en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, hijos de vecinos ricos, a quien comúnmente suelen llamar gente de barrio. Uno de estos galanes, mozo soltero, acertó a mirar la casa del recatado Carrizales, y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivía dentro; y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino a saber lo que deseaba. Supo la condición del viejo, la hermosura de su esposa y el modo que tenía en guardarla; todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar, por fuerza o por industria, fortaleza tan guardada; y comunicándolo con sus amigos, acordaron que se pusiese por obra: que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.



Para intentar tan dificultosa hazaña, convinieron en que Loaysa, que así se llamaba el galán, fingiría que iba fuera de la ciudad por algunos días, y hecho esto se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia; pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traía tan astrosos; cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose a dos muletas se convirtió en un pobre tullido, tal, que el más verdadero estropeado no se le igualaba.

Con este talle se ponía cada noche a la oración a la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro cerrado entre las dos puertas. Sacaba Loaysa una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba a tañer algunos sones alegres y regocijados, y Luis el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de aquella música, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más a su placer: tal es la inclinación que los negros tienen a ser músicos.



Cuatro o cinco veces había dado música al negro —que por sólo él la daba—, pareciéndole que por donde se había de comenzar a desmoronar aquel edificio había y debía ser por el negro; y no le salió vano su pensamiento, porque llegándose una noche, como solía, a la puerta, comenzó a templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta le habló en voz baja.





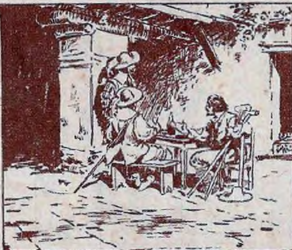






Para hacer esto posible, ya que no había modo de conseguir las llaves del amo, Loaysa le prometió llevarle unas tenazas y un martillo, con que podía de noche quitar los clavos y sacar la cerradura, y con la misma facilidad volver a ponerla, de modo que no se echara de ver que había sido desclavada. Y que tales herramientas se las daría por entre aquellas puertas, haciendo él lugar quitando alguna tierra bajo la puerta, cosa que el negro prometió, muy ilusionado por tomar sus lecciones.

Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con más ligereza que el traer de sus muletas prometía, se fue a dar cuenta a sus consejeros de su buen comienzo, anticipo del buen fin que por él esperaba. Hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro día hallaron los instrumentos tales, que rompían cualquier clavo, como si fuera de palo.



La segunda noche, por un agujero que el negro hizo bajo la puerta, le dio los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló con la cerradura en las manos; abrió la puerta y recogió dentro a su Orfeo y maestro, quien dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó a hacer cabriolas, de lo cual se admiró más el negro, a quien aquél dijo que su cojera no nacía de enfermedad, sino de industria, y que ayudándose de ella y de su música, pasaba la mejor vida del mundo.



UNA SONRISA



Asentaron la cerradura de suerte que estaba tan bien como antes, de lo cual quedó contentísimo el negro; y subiéndose Loaysa al aposento que aquél tenía en el pajar, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera y sin más aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente suspendió al pobre negro de manera que estaba fuera de sí escuchándole.



Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, y a obra de las seis de la mañana bajó Carrizales y abrió la puerta de en medio, y también la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí a un poco, y dando por el torno la comida se volvió a ir, y llamó al negro que bajase a tomar cebada para la mula, y su ración; y en tomándola se fue el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se había hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo.







Y temiendo que su amo volviese y lo hallase hablando con las criadas, las dejó y se recogió a su estancia y clausura. Muy contento estaba Loaysa, que había escuchado aquellas pláticas, pareciéndole que todas se encaminaban a la consecución de su gusto, y que la buena suerte había tomado la mano en guiarlas a la medida de su voluntad.



Llegóse la noche, y en la mitad de ella, o poco menos, como se lo habían anunciado al negro al pasarle la comida, las criadas comenzaron a dar señales de estar en el torno. Maestro y discípulo bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, menos la señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó a Loaysa; pero con todo eso, quiso dar principio a su designio y, tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dejó admirado al negro y suspenso al rebaño de las mujeres que le escuchaba, las que pidieron ahincadamente a Luis les dijese quién era tan milagroso músico.



El negro les dijo que era un pobre mendicante, el más galán y gentil hombre que había en toda la pobretería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas lo viesen, y que no lo dejase ir en quince días de casa, que ellas le regalarían muy bien y darían cuanto hubiese menester. A lo primero respondió que para poder verlo hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparían con cera, y que a lo de tenerlo en casa, que el lo procuraría.



Hablóles también Loaysa, ofreciéndoseles a su servicio, con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salían del ingenio de un pobre mendicante. Rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harían que su señora bajase a escucharle, a pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacía de sus muchos años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oírle sin sobresalto del viejo, que él les daría unos polvos que le echasen en el vino, que lo harían dormir con pesado sueño más tiempo del ordinario. Todos le rogaron que los trajese con brevedad, y quedando de hacer otra noche, con una barrena, el agujero en el torno, y de traer a su señora para que lo viese y le oyese, se despidieron.

Tenían los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche a escuchar por entre las puertas de la calle y ver si su amigo les decía algo o si había menester alguna cosa; y haciendo una señal, que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban a la puerta. Por el agujero practicado bajo ella les dio breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, y les pidió encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase sueño para dársela a Carrizales.

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra. Con ellas vino Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido: que aunque ella, vencida de este temor, no había querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposición del músico pobre, que la buena señora, convencida y persuadida de ellas, hubo de hacer lo que no tenía ni tuviera jamás en voluntad.



Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetán leonado, anchos, a la marineresca; un jubón de lo mismo con trencillas de oro y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado, con grandes puntas y encaje: que de todo vino proveído en las alforjas, imaginando que se había de ver en ocasión que le conviniese mudar de traje.

Era mozo, y de gentil disposición y buen parecer; y como hacía tanto tiempo que todas tenían hecha la vista a mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban a un ángel. Poníase una al agujero para verlo, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido



Después que todas lo hubieron visto, tomó Loaysa la guitarra y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas, y todas rogaron a Luis diese orden y traza para que el señor su maestro entrase allá dentro, para oírle y verlo de más cerca. Para ello había que sacar en cera la llave de la puerta de en medio, que era llave maestra para toda la casa, y como siempre Carrizales la tenía en su poder, de ello se encargaría Leonora, no sin antes haber hecho jurar a Loaysa que no había de hacer otra cosa cuando estuviera dentro que cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que había de estar encerrado y quedito donde lo pusieren.



Vino, pues, otra noche y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su marido, el cual tenía cerrada la puerta del aposento donde dormía, con llave, y después de haber cerrado se la ponía debajo de la almohada, y que su señora les había dicho que en durmiéndose el viejo haría por tomarle la llave y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí a un poco habían de ir a requerirla por una gatera.



Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; y estando en esto, oyó la señal de sus amigos y acudió al sitio donde se comunicaba con ellos, los cuales le dieron un botecico de ungüento, diciéndole que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que de él se pudiese despertar en dos días sino era lavándose con vinagre todas las partes que se habían untado; tomólo Loaysa, y díjoles que esperasen un poco, que les daría la muestra de la llave, para que ellos se encargaran de que les hiciesen una igual, cosa que habría de serles fácil.

Volvióse al torno y dijo a la dueña, que era la que con más ahinco mostraba desear su entrada, que llevase el ungüento a la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenía, y que procurase untar a su marido con tal tiento, que no lo sintiese, y que vería maravillas.



Estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo a largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose del mismo modo, con voz baja le dijo que traía el ungüento y de la manera que había de probar su virtud. Ella lo tomó y respondió a la dueña como en ninguna forma podía tomar la llave de su marido, porque no la tenía debajo de la almohada, como solía, sino entre dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maestro que si el ungüento obraba como él decía, con facilidad tendrían la llave todas las veces que quisiesen, y así no era necesario sacarla en cera.



Bajó la dueña a decirlo al maestro Loaysa, y el despidió a sus amigos, que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora a untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios. Poco espacio tardó el alopiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó el viejo a dar tan grandes ronquidos, que se pudieran oír en la calle; música a los oídos de su esposa más acordada que la del maestro de su negro.





Aun mal segura de lo que veía, se llegó a él y lo estremeció un poco, y luego más, por ver si despertaba; y a tanto se atrevió, que lo volvió de una parte a otra, sin que despertase. Como vio esto, metió la mano por entre los colchones y sacó la llave de en medio de ellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó a dar brincos de contento, y sin más esperar abrió la puerta y la presentó a la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo. Leonora le mandó que fuese a abrir al músico.

Con no vista ligereza la dueña se puso en el torno, donde estaba toda la gente de casa esperándola; y habiéndoles mostrado la llave que traía, fue tanto el contento de todas que la alzaron en peso, diciendo "¡Viva, viva!", y más cuando les dijo que no había necesidad de contrahacer la llave, porque, según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la casa todas las veces que lo quisieran.



Llegó toda la caterva junto a Leonora, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa a Leonora, hizo muestras de arrojársele a los pies para besarle las manos. Ella, callando y por señas lo hizo levantar, y todas estaban como mudas, sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese; lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podían hablar alto, porque el ungüento con que estaba untado el señor tenía tal virtud, que, fuera de quitar la vida, ponía a un hombre como muerto.





Quedando la negra Guiomar por guarda, para que les avisase si Carrizales despertaba, fuéronse a una sala frontera, donde había un rico estrado, y poniendo al galán en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena de Marialonso, que éste era el nombre de la dueña, una vela, comenzó a mirar de arriba abajo al músico, y todas fueron a alabarlo. Sólo Leonora callaba y lo miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado.



En esto, la dueña tomó la guitarra, que tenía el negro, y se la puso en las manos a Loaysa, rogándole que la tocase, y cantase unas coplillas que entonces andaban muy oídas en Sevilla. Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas y se comenzaron a hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con más gusto que buena voz, y fueron éstas:

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis:
que si yo no me guardo,
no me guardaréis.
Dicen que está escrito,
y con gran razón,
ser la privación
causa de apetito;
crece en infinito
encerrado amor;
por eso es mejor
que no me encerréis;
que si yo no me guardo,
no me guardaréis.

Llegaba el fin del canto, cuando llegó Guiomar, la centinela, toda turbada, y con voz entre ronca y baja, les dijo que el señor había despertado. Pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar había traído y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una y cuál por otra parte, las criadas se fueron a esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual, lleno de turbación, no sabía qué hacerse. Pero la dueña, como más astuta y reportada, dio orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarían en la sala, que no faltaría excusa que dar a su señor si allí las hallase.



Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta a escuchar si su amo venía, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco a poco se fue llegando al aposento donde su señor dormía, y oyó que roncaba como primero; y asegurada de que dormía, volvió corriendo a pedir albricias a su señora del sueño de su amo.



No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecía de hablar sola con el músico; y así, diciéndole a Leonora que esperase en la sala, en tanto que iba a llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba, no menos confuso que pensativo. Lo sosegó la dueña diciéndole que el viejo dormía a más y mejor, y por otras palabras que escuchó de ella, el músico coligió la voluntad que le tenía, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar a su señora.



En efecto, la conclusión de la plática de los dos, fué que ella había de entregársela. Cuesta arriba se le hizo a la dueña ofrecer lo que el músico pedía, pero de tal modo le había sorbido el seso, que le hubiese prometido los imposibles que pudieran imaginarse.

Dejóle y salió a hablar a su señora, persuadiéndola para que acudiese a la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos días la tenía estudiada. Tantas razones le puso el demonio en la lengua, que hubiesen convencido no sólo el corazón tierno y poco advertido de la simple e incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol.



Tomó Marialonso por la mano a su señora, y casi por fuerza, la llevó donde Loaysa estaba, y echándole la bendición con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso a esperar en el estrado. Pero, como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida.

Con todo esto, el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que más le convenía lo mostró, contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes a vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos.



Y, en esto, ordenó el cielo que, a pesar del ungüento, Carrizales despertase, y no hallando a su lado a su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito; salió al corredor, llegó a la sala donde Marialonso dormía, y viéndola sola, sin Leonora, fué al aposento de la dueña.



Abriendo la puerta muy quedo, vio lo que nunca quisiera haber visto, vio lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vio a Leonora junto a Loaysa, durmiendo tan a sueño suelto como si en ellos obrara la virtud del ungüento y no en el celoso anciano.

PARA SONREIR





Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, hecho una estatua de mármol frío. Y, con todo eso, tomara la venganza que aquella grande maldad requería si se hallara con armas para poder tomarla; y así, determinó volver a su aposento en busca de una daga. Con esta determinación regresó a su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia que, sin ser poderoso a otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.



Llegóse en esto el día. Despertó Marialonso, apresurándose a llamar a su ama. Alborotóse Leonora y maldijo su descuido y el de la maldita dueña. Las dos fueron a donde estaba su esposo; y cuando lo vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una a la otra.

Leonora volvió de un lado a otro a su marido, por ver si despertaba, sin ponerlas en necesidad de lavarle con vinagre, como decían era menester para que en sí volviese. Pero con el movimiento, volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, habló con voz lamentable



Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo: — Hacedme placer, señora, que luego enviéis a llamar a vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazón, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver antes que me muriese.

Así como entraron los padres de Leonora, que ella mandó a llamar con el negro, Carrizales los hizo sentar, y en presencia de su mujer, de ellos y de la dueña, habló largamente, haciendo historia de su comportamiento desde el día que conoció a Leonora, para terminar así: — Digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé a Leonora, nacida en el mundo para perdición de mi sosiego y fin de mi vida, durmiendo con un gallardo mancebo que en la estancia de esta pestífera dueña ahora está encerrado.

Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando a Leonora se le cubrió el corazón y cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y a las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: — La venganza que pienso tomar de esta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse, pues quiero que, así como yo fuí extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito: que debiera considerar que mal podían estar ni compadecerse en uno los quince años de esta muchacha con los casi ochenta míos. Yo fuí el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese.



Luego, inclinándose, besó el rostro de la desmayada Leonora, y continuó: — A ti no te culpo, ¡oh, niña mal aconsejada! No te culpo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran. Mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, sino de bondad, al menos de simplicidad jamás oída ni vista; y así, quiero que se traiga luego aquí un escribano, para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote a Leonora y le rogaré que después de mis días, que serán breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, a casarse con aquel mozo a quien nunca ofendieron las canas de este lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que lo tenga con el que ella debe de querer tanto

RÍA UN POCO



—¿No saben dónde está Teo?

No quiso la mala dueña esperar a las reprensiones que pensó le darían, y así se salió del aposento y fue a decir a Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidieran. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y, tomando el consejo, volvió a vestirse como pobre y fuese a dar cuenta a sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores.





El padre de Leonora envió a llamar a un escribano amigo suyo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que había dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respetos le pedía y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él le había dicho en secreto. Además, en su testamento, dejó de comer a todas las criadas de la casa, libres las esclavas y el negro, y a la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera que al séptimo día lo llevaron a la sepultura.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabía que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad. El, despechado y casi corrido, se pasó a las Indias.



Y yo quedé con el deseo de llegar al fin de este suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años si les andan al oído exhortaciones de estas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso más ahinco en disculparse y dar a entender a su celoso marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso; pero la turbación le ató la lengua, y la prisa que se dió a morir su marido no dió lugar a su disculpa.

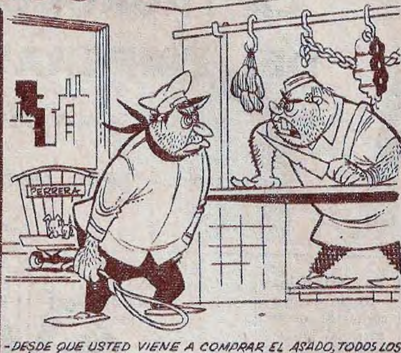
FIN

EL COMERCIO LOCAL

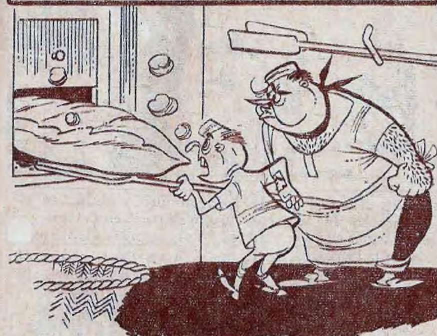
Por ALFREDO FERRONI



-LISTO SU KILO DE AZÚCAR, DOÑA MARÍA...



-DESDE QUE USTED VIENE A COMPRAR EL ASADO, TODOS LOS DÍAS EN EL BARRIO, SE ME HACE IMPOSIBLE LA VIDA...



¿ESTÁ SEGURO, DON AURELIO, QUE CALCULÓ BIEN LA CANTIDAD DE MEJORADOR...?



-HAGA UN PEQUEÑO ESFUERZO, DON JOSÉ. A VER SI ME LOS PUEDE TENER PARA LA TARDE...



-RÁPIDO, RÁPIDO; CUELGUE ESTE LETRERO EN LA BALANZA...



-UNA LIMOSNITA, POR FAVOR...

LA TABAQUERA DEL EMPERADOR

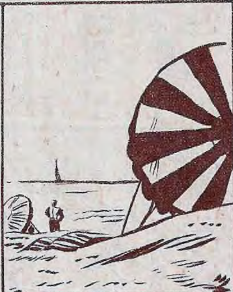
Por J. DICKSON CARR

★

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE PEREYRA

Descendiente de escoceses, John Dickson Carr, nació en América en 1926. Estudió en Europa y desde 1931 vive en Londres, donde escribió varios relatos breves y gran números de guiones radiotelefónicos.

Eva Neil había tenido pocos contactos con la sociedad londinense al instalarse en Neuville —Sur Mer—, una de las playas más elegantes de Francia, hasta 1939 y no se sentía decidida a afrontar a sus vecinos.



Eva evitaba el casino y los bares. Alguna vez, por la mañana, cuando no había nadie sobre el terreno, jugaba al golf, o bien paseaba a caballo por las dunas de arena, al borde del mar.



Cierta mañana, cálida y tranquila, hacia mediados de junio, Eva estaba jugando al golf y envió la pelota hacia la arena de una pequeña loma, no lejos del tercer hoyo.



Algo cansada púsose a contemplar el paisaje. De pronto, una pelota pasó silbando junto a ella, con un ruido sordo, en la hierba.



Uno o dos minutos después, un joven vigoroso apareció en la loma y se acercó a Eva, sentada más abajo.



Eva lo miró con más detenimiento. Era Toby Lawes, vecino suyo en la Villa Miramar. Sus cabellos eran cortos y llevaba un pequeño bigote que atenuaba la serenidad y rigidez de su fisonomía.



Entonces Toby, haciendo un esfuerzo, se decidió. De un golpe logró lo que acaso hubiera tardado meses en conseguir, si no se hubiese despojado de su habitual corrección, y le preguntó:



Eva no esperaba esa pregunta. Por un instante bajó la vista y revivió interiormente los dos terribles años vividos últimamente. Con caracteres nítidos vio su casamiento con Ned Atwood y los primeros momentos de felicidad a su lado.



Mejor dicho, lo que creyó su falsa felicidad. Luego Ned se manifestó tal cuál era: egoísta, falso, pagado de sí mismo. Todo eso lo hubiera soportado, pero luego... ¡la campeona de tennis!



A pesar de que el juez le concedió la separación, Eva sintió dentro suyo como si su alma se quebrara.¿No era ella merecedora de ser feliz? Su conducta siempre había sido intachable, pero la vida se había ensañado con ella.



Y por último, la fanfarroneada de su ex-marido al declarar a la prensa que volvería a conquistarla ya que no había mujer que se le resistiera. Por eso volvió, retraída y ensimismada, a su casa de Neuville Sur-Mer. Por eso huía de la sociedad.

Con las mejillas cubiertas de rubor, alzó la vista y vio a Toby Lawes parado a su lado, sonriendo. Le pareció que había transcurrido una hora pero solo escasos segundos pasaron desde la pregunta que le hiciera el joven.



Eva no ignoraba de qué medio social procedía Toby Lawes. No obstante, terminaron juntos la partida de golf. La joven se representaba las reacciones de los Lawes cuando se enteraran de su encuentro. Por eso quedó muy sorprendida por los acontecimientos.



Ellos aceptaron con sencillez. La invitaron a tomar el té en el jardín. La sorpresa de Eva, se transformó en gratitud creciente. Se asustó al sentirse tan feliz. HelenaLawes, madre de Toby, le manifestó un afecto sincero.



Janice, la hermana, le demostró una admiración entusiasta. El tío Ben fumaba en pipa y hablaba muy poco. Y hasta sir Maurice, el padre, le pedía su opinión a propósito de tal o cual objeto de su colección. En cuanto a Toby...



Toby era un joven un poco ampuloso y afectado, pero muy bueno y concienzudo. Siempre repetía:



Siendo director de la sucursal de la Banca Hooson,en Neuville, estoy obligado a guardar cierta reserva. No hay que olvidar que se trata de uno de los más antiguos establecimiento de Inglaterra.

En casi todas las reuniones, que casi se volvieron diarias, el tema clásico de bromas era la manía de coleccionar antigüedades de sir Maurice, aunque no por eso, la familia dejaba de reconocer el valor de ciertas piezas. La colección se encontraba en el primer piso, en su estudio, que daba a la calle.

Otra cosa que interiormente agradaba a Eva, era que la familia Lawes jamás se permitía la menor alusión al tiempo pasado.



Parecía como si para ellos no hubiera existido Ned Atwood.

Había en Neuville un restaurante modesto. El restaurante "Del Bosque". Allí fueron aquella noche en que Toby, frente a ella, había perdido su aire ampuloso.



Eva le tendió las manos por encima de la mesa. ¿No podría ella encontrar la felicidad? La orquesta comenzó a tocar.



Hacia finales de julio fueron anunciados sus esponsales. Ned Atwood se enteró, quince días más tarde, en un bar de Nueva York. Herido en su egoismo de conquistador, renovó sus promesas ante varios amigos: —Eva volverá a mis brazos—. Luego hizo reservar pasaje en el "Normandie", que partía dos días después.

Varios días pasaron y una noche, era la una menos cuarto, una sombra dobló la esquina de la calle de Los Angeles. Se dirigía directamente a la residencia de Eva Neil.



Llegó hasta la puerta trasera, y extrayendo una llave que se había guardado desde que vivió allí, cuando aún estaba casado con Eva, entró en silencio. Todo estaba a oscuras.



Vio prenderse una luz en el dormitorio, y escuchó la voz de Eva: —¡Hola Toby! ¿Cómo estás, querido? Entonces, con contenida rabia, subió las escaleras en puntas de pie y espió por la entreabierta puerta.



Ned Atwood esperó pacientemente. Cuando momentos después Eva terminó de hablar y colgó el tubo, entró en la habitación y sorprendió a la joven.



Eva estaba pálida ante la presencia de su antiguo esposo.




No te enojes, Eva. Tómala si eso te calma, pero escúchame. Ese pájaro con quien recién hablabas no te quiere. Sólo busca tu fortuna.


¡Qué ruin eres! ¡Vienes a hablarme mal de Toby y bien sabes que no puedo armar un escándalo para echarte como te mereces!


¡Cuidado, Eva! ¡Los Lawes viven aquí enfrente y pueden oirlo! No verian bien si te encuentran conmigo. Pero es verdad lo que te digo. Hoy, en el hotel Donjon, me he enterado que están en la ruina...


¡Basta, cobarde! ¡Vete en seguida!


Pero Ned Atwood se dirigió hasta la ventana y descorrió la pesada cortina que la cubría.
¡Me escucharás, Eva! Si no gritaré para que Sir Maurice, que está velando en su despacho, allí enfrente, se entere.


De pronto ocurrió algo que Eva no esperaba. Ned miró hacia la iluminada ventana de Sir Maurice, y quedó mudo. Con voz velada, apenas pudo decir:
¡Eva..., mira! ¡Han matado a Sir Maurice!


Eva creyó que Ned Atwood trataba de engañarla, pero la grave expresión de su rostro la convenció de que algo raro ocurría. Corrió a la ventana y miró hacia el estudio, completamente iluminado, de Sir Maurice.
¡Oh!


Sir Maurice estaba echado sobre su escritorio. Su cabeza, caída de costado, estaba macabramente manchada de rojo.
¡Ned! ¡Ese hombre con guantes negros! ¿Quién era?


En efecto, en el momento en que ambos miraban, alguien a quien Eva no pudo ver, se fue del estudio cerrando la puerta tras de sí. Sólo sus guantes negros quedaron fijados en la pupilas de la joven.
¡No pude verlo, pero seguro que mató a Sir Maurice!


¿Qué viste? ¡Dímelo!
Sir Maurice estaba mirando una tabaquera. Seguramnete un objeto de su colección. Entonces el hombre de los guantes negros lo golpeó. Cuando tu miraste, ya se iba.


¡Tengo que ir hasta allí! ¡Puede que aún esté con vida! ¡Y tú, vete, sinverguenza! ¡No quiero saber nada más contigo!
Está bien, Eva. Ya veo que no represento nada para tí.

Corrieron escaleras abajo. Eva no encendió la luz para no despertar a los sirvientes. Nada bueno dirían si viera allí a su antiguo esposo. Recordó a Sir Maurice y quiso bajar más rápido. En eso Ned resbaló y rodó los últimos escalones, para caer pesadamente en el suelo.



Eva corrió hacia él y lo ayudó a levantarse. Ned se levantó algo mareado. Se llevó las manos a la nariz. Sangraba. Maquinalmente echó mano a algo y se limpió la nariz. Ninguno de los dos se dio cuenta de que era el cinturón que Eva llevaba puesto en el salto de cama.



Ned se sentía raro. La cabeza le zumbaba. Sin darse cuenta guardó el cinturón en el bolsillo, pero una parte quedó colgando fuera de él. Sin decir palabra, salió por la puerta que Eva había abierto.



Eva Neil lo vio alejarse como una pesadilla. ¿Se iría por fin de su vida? Lo deseó intensamente. De pronto, el timbre del teléfono la la sacó de sus pensamientos. Corrió a su dormitorio. Era Toby Lawes.



Tres días después, en el bar del hotel Donjon, el comisario Arístides Goron comentaba el caso con su amigo, el doctor Dermot Kinross.



—Sí, —dijo el comisario— Ese cinturón manchado de sangre que encontramos en la calle, fue mi ayuda. Hemos hallado a su dueña, y la sirvienta nos dio el salto de cama.



Una exclamasión ahogada sorprendió a los dos hombres. En una mesa vecina, una joven incorporada a medias, había contenido su exclamación. Luego, dando media vuelta, salió corriendo del local.

¡Qué torpe he sido en hablar en voz alta! Esa joven es miss Janice Lawes, la hija del extinto Sir Maurice.



Entonces el comisario Goron y el doctor Kinross se levantaron y se dirigieron despaciosamente a la casa de Eva Neil. Al llegar allí, sorprendieron en la puerta a Ivette, la sirvienta que entregara el salto de cama a la policía, discutiendo con una mujer joven y bonita.



Ivette los recibió con una sonrisa forzada que nada agradó al doctor Kinross.



Los dos policías, decidieron cruzar entonces, hasta la mansión de los Lawes. En ella, entretanto, se desarrollaba una dramática escena. Eva Neil enfrentaba a toda la familia: Elena Lawes, la esposa de Sir Maurice; Janice, su hija; el tío Ben. ¡Y también Toby estaba allí!





En ese momento, un sirviente la interrumpió para anunciar la llegada del comisario Goron.



Janice, en forma vehemente, se dirigió a él.



Una palidez blanquecina cubrió el atormentado rostro de Eva. Quiso hablar, pero no pudo. Se llevó las manos a la garganta.



Eva fue dominándose poco a poco.





El silencio que rodeó a estas palabras fue total. Todos intuían algo diabólico, fatal, en todo aquello. Eva explicó entonces la presencia en su dormitorio de su ex-esposo y, cómo ambos habían visto al hombre de los guantes negros.



—¡Por Dios, no! Por temor a que creyeran eso no dije nada. Ned sólo quería convencerme de que no debía casarme contigo. Pero lo eché. Rodó por la escalera y...



—Se lo debe haber llevado —continuó excitada Eva,—y lo habrá tirado a la calle. El puede corroborar mis palabras. Vive en el hotel Donjon.





Eva Neil se sintió desfallecer y cayó en la silla de la que se había levantado. Como entre sueños sintió una gruesa voz que sin saber por qué, trajo un poco de alivio a su espíritu.



El que había hablado era el doctor Dermot Kinross que se había quedado en la entrada observando el desarrollo de los acontecimientos.



—La señora Elena quizá haya oído hablar de mí. Colaboré con su esposo, Sir Maurice, cuando él estudiaba los sistemas carcelerios y penitenciales de Inglaterra.



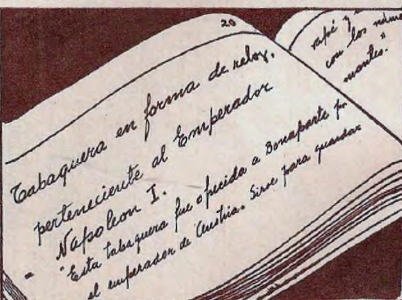
Kinross saludó a todos y se dirigió al comisario. —Quisiera estudiar este caso —le dijo—. El lugar del crimen, el móvil, las pruebas circunstanciales que acusan a la señora... ¡Todo!



La fama y la influencia del doctor Kinross era tan grande, que el comisario Goron no se pudo negar a su pedido. Eva Neil se retiró pues a su casa, y él, en compañía del doctor, subieron al estudio de Sir Maurice.



El doctor Kinross se dirigió directamente hacia el estudio de Sir Maurice. Sobre él, aún manchado de sangre, estaba abierto el cuaderno en que escribía cuando halló la muerte. Allí vio, en letras mayúsculas...



"Esta tabaquera fue ofrecida a Bonaparte— siguió leyendo Kinross— por el emperador de Austria. Sirve para guardar rapé y mide 8cms. de diámetro. La tapa tiene un falso minutero y esta hecha, como los números que marcan la hora, de diminutos diamantes."





De ágata rosada. Y eso es lo malo para Eva Neil. Enganchado en su salto de cama se encontró un trocito de ágata rosa.



En ese momento dieron unos discretos golpecitos en la puerta. Era Janice.



Las palabras de la joven despertaron el interés del comisario y del doctor Kinross, los que la escucharon atentamente.—Cuando papá llegó esa tarde, vino muy agitado— dijo Janice.



—Entonces— siguió la joven— le dio 24 horas para que se retirara pasadas las cuales, le anunció que lo denunciaría a la policía. Esa tarde parecía más enojado aún.



Los recuerdos nublaron los ojos de Janice. El doctor Kinross trató de distraerla y llamó su atención hacia la vitrina en que estaba la colección de Sir Maurice.



Contemplaron los valiosos objetos allí alineados y clasificados. Pero lo que más llamó la atención de Kinross fue un costoso collar de esmeraldas.
—¡Mire usted ese collar! Parece no estar en su sitio, como si lo hubieran colocado apresuradamente.



Entretanto, Eva Neil, abrumada por los acontecimientos, había llegado a su casa. Su sirvienta, Ivette Latour, le entregó un sobre que había traido el correo. Eva leyó la carta con curiosidad.



"...venga al número 17 de la calle de la Harpe después de las diez de la noche" —Eva siguió leyendo cada vez más interesada. "La puerta estará abierta. Entre sin llamar".



Pasaron dos horas. Las palabras de la carta martillaban el cerebro de Eva.

—A las 10 en la calle de la Harpe -: ¡A las 10 en la calle de la Harpe! De pronto entró Ivette, la sirvienta.



¡La policía! Eva Neil se estremeció. —Vienen a detenerme— pensó— . Miró su reloj. Eran las diez menos cuarto. ¡No podría ir entonces a la calle de la Harpe! Instantáneamente tomó una decisión.





Entonces, ni bien Ivette se hubo ido, Eva corrió a su dormitorio, se echó encima un ligero abrigo, y bajando por la escalera trasera, salió a la calle. Nadie pareció verla. A lo lejos vio venir un taxi vacío. Lo llamó.

Subió a él y se dirigió a la calle de la Harpe. Eran las 10 en punto cuando Eva empujó la puerta del número 17. Una mujer joven y bonita salió a recibirla. El comisario Goron o el doctor Kinross la hubieran reconocido. Era la mujer que discutía con Ivette Latour.



—Pase. La esperaba Eva pasó a una especie de living íntimo decorado con gusto y a todo lujo. Pero nada de ésto vio la joven. La presencia de alguien, sentado muellemente en un sofá y en mangas de camisa, la anonadó, petrificándola en ese lugar.



Toby Lawes, sorprendido en el lugar que tan hipócritamente había ocultado, justamente por la mujer con quien iba a casarse, se incorporó de un salto, con el rostro enrojecido como la grana.



Eva iba a responderle, pero no pudo. La indignación habíale hecho un nudo en la garganta.



Toby. el caballero correcto, el probo gerente de la Banca de Hooson, que se iba a casar con ella, estaba en la casa de una mujer con la que parecía tener confianza. Ambos se miraron frente a frente. El clima era tenso. Ambos tenían los nervios a punto de estallar cuando se interpuso entre ellos la joven que hiciera pasar a Eva. Con gran desenvoltura, trató de calmarlos.









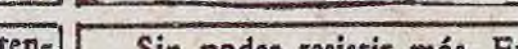
Era una réplica idéntica al collar que había en la vitrina de Sir Maurice. Eva miró a Toby. Este se había puesto el saco y comenzaba a colocarse el sobretodo, cuando de un bolsillo cayeron al suelo un par de guantes negros.



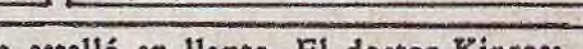
















El doctor Kinross tomó paternalmente a Eva por los hombros y comenzó a retirarse con ella. Nadie dijo nada.

Salgamos de aquí. Usted se merece algo mejor que todo ésto. Yo me quedaré con el collar de imitación.



Cuando Eva se hubo calmado un tanto, el doctor Kinross la llevó hasta un reservado del hotel Donjon, donde pidió a la joven que le relatara cuanto sabía.



Ned entró a escondidas a mi habitación. Quería que no me casara con Toby. Quiso coaccionarme llamando la atención de Sir Maurice...



—Al cual vimos por la ventana —continuó Eva— ya muerto, caído sobre la mesa, donde estudiaba una tabaquera de su colección.



—Pero no pudimos ver quién era... Eva calló. Vio que el doctor no la escuchaba. Jugaba con la cadena de su reloj de bolsillo. De pronto, sin que Eva supiera por qué, se lo mostró.



¿Se burla de mí, doctor? ¡Por supuesto que es un reloj!

Sí, es un reloj, y dice que es más de media noche. Mañana debe usted prestar declaración en el Ayuntamiento, y es hora de que descanse.



—A informarle a usted eso, fue la policía a su casa, —dijo el doctor Kinross— Yo estaba con ellos y leí la carta en que la invitaban a ir a la calle de la Harpe. Así fue como llegué hasta aquí.

Pero, ¿qué diré en el interrogatorio, doctor?



Lo mismo que me ha dicho a mí. Por su relato, ya sé quién es el asesino. Ahora debo buscar las pruebas necesarias.



¡Oh, doctor! ¿Usted cree que puede haber sido Toby? ¡Será un sinvergüenza, pero no lo creo capaz de matar a su padre!

—Yo no creo, ni dejo de creer. Usted debe de contar todo tal cual me lo ha dicho a mí. ¡El asesino ha procedido diabólicamente, y se ha valido de usted para lograr la impunidad de su crimen! ¡Pero un solo detalle lo ha perdido!

—Yo encontraré las pruebas que lo condenará —dijo el doctor Kinross—. Debe usted confiar en mí. Sé que usted ha confiado ya en otros hombres que la han engañado, pero yo no la defraudaré.

Trataré de alcanzar el primer avión para Londres. Pero usted no debe temer nada. Cuando vuelva, acabará esta intriga en que la han envuelto.



El doctor Kinross acompañó a Eva hasta su casa y luego volvió al hotel Donjon. Se dirigió a las habitaciones de Ned Atwood, que aún estaba en cama, y conversó con la enfermera que lo atendía.



-Ha reaccionado favorablemente, doctor, pero ahora duerme bajo los efectos de un calmante. Pronto se levantará.



La enfermera lo acompañó, y el doctor Kinross, sacando su reloj de bolsillo, le tomó el pulso. Por un momento la enfermera dejó de mirarlo y entonces el doctor dio vuelta su reloj y apoyó en la contratapa de plata, el pulgar del enfermo.



Envolvió cuidadosamente el reloj en un pañuelo limpio, y se retiró, sonriente. Escribió una larga carta al comisario Goron y se la envió junto con el falso collar de esmeraldas. Después tomó el avión que salió para Londres a las 7 de la mañana. El viaje lo realizó sin contratiempos, y a las tres de la tarde entró en Scotland Yard, donde era muy conocido. Eran las 7 de la tarde cuando el doctor Kinross salió por la puerta que da al Embanckment. Iba serio y pensativo.



Tomó el último avión, y eran las cuatro de la mañana cuando llegó a Neuville-Sur-Mer. Se dirigió al hotel Donjon y se dispuso a descansar, cuando un diario, en la mesita del hall, atrajo su atención.



De pronto, algo pareció quebrarse dentro del doctor Kinross. Todo su afán, todo su entusiasmo a traves de la agotadora jornada vivida se vino al suelo, al leer el título del diario.



Kinross arrojó el diario,hecho una pelota, lejos de sí,y se levantó furioso.



Se paseó impacientemente por el cuarto. La culpa no era solamente del comisario Goron. La mente que estaba detrás de todo eso, lo había calculado en forma tal que ese fuera el resultado. Nerviosamente se puso a escribir. ¡El sabía la verdad, y tenía que demostrarla!

Las ocho de la mañana sorprendió al doctor Kinross cuano ya había delineado el plan de acción. ¡Iba a oponer su mente a la del criminal! Pidió noticias de Ned Atwood y fue a verlo cuando supo que ya podía levantarse.



En pocas palabras lo puso al tanto de los acontecimientos y convino con él que concurriría esa tarde al interrogatorio que se realizaría en el Ayuntamiento. Luego llamó a Goron por teléfono.



Al fin, esa tarde, se encontraron todos reunidos frente al juez Valtier: Eva Neil, Elena Lawes, Janice, Toby, el tío Ben, Ned Atwood, el comisario Arístides Goroǹ y el doctor Dermot Kinross. Este último tomó la palabra.

—Voy a demostrar— dijo— que el crimen fue cometido por alguien de los presentes. Luego se dirigió a Eva Neil. —¿Quiere usted repetir qué vio cuando se asomó a la ventana junto con Ned Atwood?

Ya lo dije ayer: Una persona con guantes negros salía de allí.



—No pude verlo. Sir Maurice estaba caído sobre su escritorio, ensangrentado.

Usted me dijo que estaba observando algo. ¿Qué era?

Estaba estudiando una tabaquera...



—Dejemos eso por ahora. Usted reconoció luego al dueño de los guantes, —dijo el doctor Kinross— ¿De quiénes eran?



Comisario Goron, le envié a usted un collar de esmeraldas falsas. ¿Averiguó, como le pedí, quién lo mandó a hacer?

El comisario carraspeó y dijo al fin: — Fue Toby Lawes.



Ahora dígame, "señor" Toby Lawes: La noche del crimen, luego que llamó por teléfono a Eva, usted subió al estudio de su padre a reemplazar el collar falso por el verdadero, ¿verdad? Y mató a su padre.

Toby se levantó, enojado. —¿Cómo se atreve a acusarme así? ¡Eso es falso!

No lo es, y hay aquí un testigo que lo vió: Ned Atwood.



No puede decir eso.¡Yo no maté a mi padre! ¡Ya estaba muerto!

Al darse cuenta de lo que había dicho, Toby se cubrió la cara con las manos. —Tenía que cambiar el collar —dijo—Esa sinverguenza de Arlette me lo exigió, cuando se enteró que me casaba con Eva.

Esa tarde discutí con él por eso, pero juro que no lo maté.



La sala quedó en silencio. Sólo Janice, la hermana de Toby, lo quebró.

¡Entonces era por eso que papá estaba tan enojado esa tarde!



Por eso y por algo más. Había reconocido a alguien esa tarde en el hotel Donjon. ¡A un antiguo presidiario!

—Usted, Janice, —continuó el doctor Kinross —me dio la clave al contarme el incidente que tuvo tiempo atrás su padre.

Esa tarde reconoció a un ex-presidiario que se había escapado cuando él estudiaba los sistemas penitenciarios en Londres.



—Supongo —agregó— que le dio 24 horas para que se fuera, y luego daría parte a la policía, como en el caso que usted me contó.

Pero el individuo, viéndose perdido, le asesinó para que no lo delatara. Al entrar Toby en el estudio, vio la oportunidad de hacer recaer las sospechas sobre él.



—Y si fuera así, doctor, ¿cómo entró y salió sin llamar la atención? Y ¿cómo explica el pedacito de ágata en el salto de cama de Eva Neil?



..."también, pues son casas gemelas."—siguió el doctor—. Eva reaccionó, dando un agudo grito.



El doctor Kinross no lo dejó continuar. —Hay un detalle —dijo— que aclarará ese punto. El asesino, al matar a golpes a Sir Maurice, rompió, en su exasperación, el objeto que estaba estudiando.



—Sintió curiosidad por él —agregó Kinross— y entonces leyó el cuaderno que tenía sobre la mesa. "Tabaquera en forma de reloj", decía.



..."me contestó:"Por supuesto que es un reloj". La voz de Kinross se hizo insinuante, —y teniendo en cuenta que miraba desde una ventana a casi treinta metros?





El comisario Goron estaba asombrado. —¿Tiene usted alguna prueba de lo que ha dicho? —preguntó.



—Su verdadero nombre es John Langley y es prófugo de una condena de diez años por el delito de bigamia.



–¡Maldito! ¡Me ha descubierto, pero no me detendrá! Al decir así, John Langley, alias Ned Atwood, extrajo una pistola de sus ropas y encañonando a los presentes, se dirigió hacia la salida.



¡Todo cuanto ha dicho es verdad, pero no vivirá para contarlo, pues antes de irme lo mataré!

Alzó la pistola. Su negra boca apuntaba al corazón del doctor Kinross. Pero no llegó a disparar. Sus rodillas se aflojaron y cuando cayó al suelo, estaba muerto.



Algún tiempo después, Eva Neil y el doctor Dermot Kinross tomaban el té en el hotel Donjon.

He sido siempre muy confiada. Creí en la sinceridad de Ned Atwood primero, y luego en la de Toby Lawes...



..."pero ambos resultaron dos sirvenguenzas. ¿Será posible que no pueda creer más en nadie y perder para siempre la felicidad?"–Una vez te dije que confiaras en mí... Eva Neil se sonrojó, pero tomó entre las suyas las manos del doctor Kinross.–Esa vez no creí en ti, pero ahora... no me separaré de tu lado si así lo quieres, Dermot!



BUEN HUMOR



—Aquí está mi libreta de clasificaciones, papá. ¡Ah! Quiero decirte que anoche te vi llegar con los zapatos en la mano.



—¡Qué desgracia! He recorrido seis tiendas y en ninguna conseguí lo que quería.



—A Felipe ya no le interesa mucho el trabajo porque se jubila.

MAS ALLÁ DE LA GUERRA

Por JOHN ESSEX

DIBUJOS DE MARTHA BARNES




















Doblaron el Cabo. Hasta entonces habían tenido mucha suerte.
(Me agrada el Océano Pacífico. ¡Adelante!)


También en el Pacífico les sonrió la fortuna.
¡Trece unidades abatidas, teniente!


Franz no era supersticioso, pero en las condiciones que ellos luchaban, escasos hasta de alimentos...
Hay que obtener el nuevo éxito. ¡Pronto, muchachos!


Franz era experto en motores de todo tipo, y el mejor mecánico en caso de apuro...
¡No se moleste usted, teniente...!


Entre la costa occidental y Australia hundió otros dos barcos. ¡El segundo gran mercante norteamericano! —¡No está mal!


Así era la guerra, y Franz pensaba que lo que ellos hacían era un calco de la conducta "aliada" para con los del Eje...
(¡Donde las dan, las toman! ¡Ojo por ojo! ¡Es la guerra!)
Empezaron a tener averías...


(Si llego a puerto, tendré que estar muy agradecido a Dios.)


Zafándose de varios inflexibles cazadores...
¡Hacemos agua, teniente! ¡De esta sí que...!
¡Hemos salido de otras peores!


Llegó muy averiado a Marsella.
Teniente Franz Buchner. Lléveme ante su superior.


Quedó en Marsella a la espera de órdenes durante dos semanas.
(¡Me aburro! ¿Qué esperan para "darme cuerda"?)


Fue visitado por un coronel del ejército y mantuvieron una secreta y severa entrevista.


De allí le trasladaron a Munich.
¡He ahí al autor del atropello! ¡El indigno!
Lo reconozco...


Le levantaron un insólito sumario. Franz Buchner aparecía muy abatido ante los cargos.
¡Traicionar a un compañero es traicionar a la Patria!
Sucumbió ante una cantidad muy grande de pruebas; de testigos.


Pido para éste hombre indigno, una dura pena...
¡El premio que recibía por su heroica foja de servicios! Preso, calumniado, hundido...


Muchas manos le zamarrearon...
¡Quítate esa ropa, héroe de pacotilla! ¡Así!


La verdadera historia del teniente Franz Buchner, él y unos pocos la sabían: hermosa, importante...
¡Eres un idiota, teniente Malhemm! ¡Y algún día te morderás la mano que ha roto mi uniforme!


Era una de las tantas injusticias del nazismo.—¡Se pudrirá en esta celda, *teniente*!


Dos meses más tarde...
(¡Ha escapado! ¡Oh me colgarán por ésto!)


Franz consiguió saltar el Mar del Norte. Llegó a Inglaterra.
(¡El nazismo se está hundiendo por su propia brutalidad!)


Los ingleses no eran tontos y sabían que en Alemania no todo significaba Hitler y su pandilla. Que había militares y marinos de gran hidalguía.
El conde Luckbner, por ejemplo, se ha mantenido lejos del nacionalsocialismo.



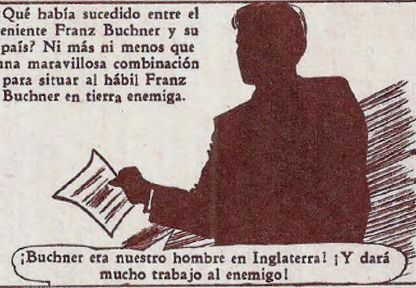












La farsa del proceso de la prisión al bravío teniente Buchner había sido representada con impagable habilidad. Y nadie iba a saber en Inglaterra que Buchner estaba en ese suelo para servir a su patria, tal como hubiera hecho un inglés en Alemania...





Se ocupaba de motores, pero también pasaba largas horas mirando el eterno espectáculo de las olas que se rompían contra los arrecifes. ¡A la distancia su patria luchaba por sobrevivir!





















En efecto; esa tarde había estado un agente de enlace: "Fred".

Mi buen revólver terminó con ese amigo suyo, Buchner. ¡Pero *su matador será usted*!

¿Qué dice? ¡Miserable!

"Soy un miserable: exacto", repuso el gordo sonriendo con una ráfaga de maldad en los ojos.

Me gusta el dinero, y ustedes tienen bastante aún. Como para que el pacífico de Wodo Kirway...

...pase sus últimos felices años de vida, con buen whisky a su lado, y comprado *por cajón*.

¡Estimo mucho al whisky añejo! ¡Tanto como usted, señor espía, debe estimar su joven existencia!

Franz hizo un movimiento, y el individuo le apuntó.

Creo que anhela una bala entre ceja y ceja, ¿verdad? ¡Quieto! ¡No quiero matarlo como al otro!

Kirway se mostró "con fuertes vinculaciones en el gobierno de Churchill, capaces de ahorcarlo a usted en un abrir y cerrar de ojos".

Medite, Buchner. ¡Usted ha perdido la partida!

Franz no pudo dormir esa noche. A la mañana siguiente...

¿Mi automóvil está terminado?

¿Cómo era su nombre?

Nora der Tuin sonrió y miró curiosamente al mecánico.

¡Ja, ja, ja! ¡Supuse que usted era como todos los que me ven por primera vez "y ya no podrán olvidarme"!

Era la hija de un industrial holandés arruinado, y que tras la invasión nazi huyó a Inglaterra con sus hijos: Nora y Eduard. Era, realmente, una hermosa muchacha.

Discúlpeme, señorita. Tengo algunos problemas, y...


Ella movió la cabeza comprensivamente.
¡Y quién no los tiene! ¿Sabe que mi hermano lucha ya en el continente europeo? ¡Estamos tristes!
Cada uno tiene que cumplir con su deber.


Lamentó decir esas palabras. ¡No quería saber más nada de la guerra, que lentamente, le estaba quebrando los nervios!
Sin embargo, "cumplir con el deber" es lo menos que un hombre con dignidad puede hacer.


Nora der Tuin sonreía: parecía una excelente muchacha.
¿Tendré que abandonar mi viejo auto por haber sido tan pésima conductora?


Franz respiró, aliviado: "¡Ella había desviado la conversación sobre la guerra! ¡Se lo agradecía tanto!"
A la tarde estará listo su aún excelente automóvil, señorita.


La vio alejarse, ágil, dorada como un puñado de trigo. Desde lejos ella le gritó en alemán: "¡Déjese de preocupaciones!"
(¡En mi idioma! ¿Me habrá descubierto ella también?)


Franz hablaba muy bien el inglés, aunque algunas palabras "le nacían metálicas, germanizadas".
(¡Dos desgracias juntas son demasiado castigo, si es que merezco alguno por ser patriota!)


"¿Dos desgracias juntas?" pensó.
(¡No! ¿Cómo voy a poner en una misma balanza a esa muchacha y a éste chantajista repugnante?)


Supuso que no le quedaba otra salida que la escapatoria...
(¡Y me repugna escapar! ¡Y tan luego de ese Kirway!)


Un misterioso lazo le unía a su taller mecánico frente al mar. Un lazo que desconocía antes de la llegada de Nora del Tuin.
(¡No escapes, Franz! ¡No debes escapar!)


Pero, ¿qué podía hacer frente al miserable de Wodo Kirway, un delezнable tipo que en lugar de señalarlo a Buchner como espía para Alemania, se disponía a vivir de él por muchos años?
(¡Lo mataré...!)

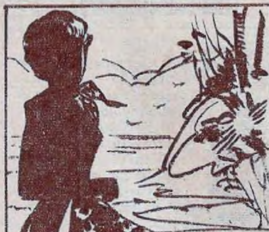














"Espero admirarla algún día", dijo Franz dando rienda suelta a lo que le gritaba el subconsciente. La necesidad de huir de un turbio peligro. —¡Mil veces peor que las francas luchas del mar años atrás!— le hizo hablar así. Y Nora sonrió de nuevo. —Podría ser... ¿por qué no?







Cuando Franz dejó de ver la cabellera de Nora en la curva del camino se consideró un idiota. ¡Ella era el único objeto por el cual no huía de lo que le acechaba! Y consideró "que iba a necesitar de la pacífica sonrisa de la muchacha"...



Por la noche, Wodo Kirway volvió. Franz le entregó cincuenta libras esterlinas. El gordo le informó que los "aliados" barrían Francia y empujaban a los alemanes hacia Berlín..





Franz echó con repugnancia ese dinero en las manoplas del hipócrita. Estaba indignado consigo mismo. "¡Tendría que ahogar a esta rata entre mis manos!" De nuevo llegaba hasta él la sonriente imagen de Nora, y le decía en alemán: "No lo hagas..."



Franz se resignó al doble juego que le imponía el destino. De día, la visita cristalina de Nora. Y de noche, semanalmente, el nubloso Wodo Kirway...







La trompada aplastó el morro del chantajista. Franz se quedó mirándolo con terror: "¡Se vengará denunciándome!" Pero a Wodo los golpes no le hacían mella. ¡Había recibido tantos en su torva existencia! Se levantó y apresó "sus" libras esterlinas.

Los perfectos trabajos del mecánico hicieron que la clientela aumentara. También tuvo que aumentar la cuota al chantajista.



"¡Patria! ¡Una patraña! ¡La estrella roja enseñará al mundo que lo único que importa es el ideal!", gruñó Kirway.



En pocas líneas comunicaron a Nora que su hermano había muerto en Francia. Holanda, libre, volvía a abrir sus puertas a los hombres de buena voluntad. Los der Tuin regresaban a Waal...



Doce días después del regreso de los der Tuin a Holanda, Franz llegaba en un carguero al Golfo de Zuiderzee. ¡Lejos, muy lejos, quedaba Inglaterra y sus recuerdos, la mayoría de ellos tristes! En un servicio de ómnibus muy precario llegó a Waal norte.



Por su apuro en llegar a los brazos de Nora casi no había reparado en la atracción de ese país horizontal, con fértiles aluviones, y multitud de diques que protegen los "polders" —los terrenos salvados de las aguas—. En Waal esperaba a Franz una dicha que él ya creía apartada de su vida.



Nora explicó —tras el abrazo y los besos— que con la industria de las flores ellos podrían levantar cabeza. Que el señor Jan Van Laag había vuelto al pueblo e iba a abonarles una vieja deuda. Franz se sintió profundamente feliz...



La rehabilitación holandesa exigía miles de brazos. Y los de Franz bien pronto se valorizaron muy alto. Le presentaron al señor Van Laag y a su hija Bella. La muchacha era bonita y tonta. Se enamoró inmediatamente del atlético "mecánico".



Sí, era la dicha. Nora, el trabajo, la calma total. Era la dicha, y demasiado enorme para que durara.



Buchner tenía en las manos una llave inglesa: La levantó, pero él no podía matar fríamente a nadie; ni a un insecto. El chantajista sonrió diabólicamente y se sentó.



"Ahora que lo pienso bien, creo que Holanda me gustará. Tengo *contactos políticos* en La Haya. ¡Me quedaré, Franz!", dijo Wodo. Franz abrió una caja de madera, sacó un puñado de billetes de banco y los dejó caer sobre las manos abiertas del inmoral.–Supongo que aquí habrá escaso whisky y vodka, ¿verdad?
La amargura volvía a apretar la garganta de Franz. No daba abasto reparando y armando toda clases de motores, el trabajo lo abrumaba ahora. ¡Es que un peso descomunal había vuelto a rodearle el cuello y amenazaba terminar con su vida! Nora lo notaba cansado, abatido...



La Municipalidad de Waal efectuaba mejoras en una red de cañerías de agua que serpenteaban cerca del negocio de Franz. Este ajustaba sus motores...



No habrá luna de miel por ahora, señor Lenermann. Boda solamente, si Dios lo quiere.



Kirway recibía "su" dinero regularmente. Ya ni siquiera compraba buena ropa, como antes. Todo lo gastaba en bebida. En una de sus lacrimógenas borracheras aulló contra "la estrellaa roja que no sabe compensar los sacrificios de sus adictos".



En esos días previos al casamiento de Nora y Franz hubo un terrible huracán y Buchner salvó varias vidas. Un morrudo holandés apellidado Zeiber se libró de las aspas de un molino que lo habría degollado.–¡Gracias! ¡Te confieso que no me gustabas, pero ahora trabajaré contigo, alemán!



La boda de Nora y Franz se realizó con la mayor sencillez, atendiendo a urgentes necesidades de la hora, y al luto que afectaba a ambas familias. Franz Buchner había perdido al padre y a dos hermanos en la tenaz defensa de Berlín. Los jóvenes contrayentes almorzaron, y...





Por la tarde, Franz fue llevado en un camión hasta el extremo del pueblo para la colocación de uno de los motores. Zeiber quedó en otro sector de la red de agua. La novia descansaba de las fatigas de un tan hermoso día. Llamaron a la puerta.–No atendemos hoy, señor. ¿Puede venir mañana?



Una voz áspera, sarcástica, contestó: "Wodo Kirway no hace dos viajes. Lo que no puede darme el esposo, puede darme la esposa: ¡mi cuota "de silencio", madame! Unos pocos florines. Permiso". Entró en la casa. Nora tuvo la sensación del peligro, de la evidente infamia de ese individuo vil. Lo empujó...–¡No se trata así a un hombre *discreto* y *humilde*, madame! ¿No sabe que yo puedo destruirla?

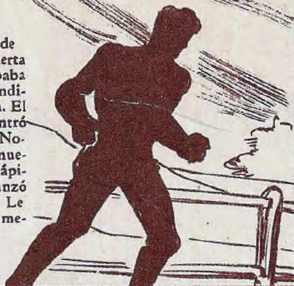
El monstruo estaba ebrio, pero sus manoplas tenían mucha fuerza y Nora cedió ante esa presión. Wodo agregó: "Lo que oculta su marido puede costarle la vida, madame. ¡Y si yo hablo...! Pero no hablaré mientras pongan bastante dinero en mis manos".–¡Salga inmediatamente de mi casa, miserable!



Las primeras sombras de la noche caían sobre el lugar. Los hombres regresaban a sus hogares. Pero Franz seguía luchando con un motor que se negaba a andar. Zeiber también volvía junto a los suyos cuando...



Al llegar a la casa de Buchner vio la puerta abierta. Recién acababa de cruzarse con un individuo que no conocía. El tipo estaba ebrio. Entró en la casa y halló a Nora desvanecida, los muebles registrados. Rápido de reflejos, se lanzó tras el desconocido. Le llevaría trescientos metros de ventaja.



Zeiber corrió pero sin gritar ni alarmar a nadie. Corría con los pies de seda de un felino. El olfato animal de Wodo Kirway lo olisqueó cuando ya el holandés estaba encima suyo. Giró sobre sus talones, eludió el golpe del ayudante de Franz, pero ya no halló más tierra bajo sus plantas.





Con un grito de pantera caída en una trampa cayó a uno de los pozos recientemente abiertos por la Municipalidad. Cuando llegó a destino su cabeza hizo "¡crack!", lúgubremente, contra un nudo de caños de hierro. Zeiber no supo más que hacer, y tras unos cinco minutos de silencio volvió a la casa...—¿Quién era ese canalla, señora Buchner? ¿Lo conocía usted?—No. Era un canalla... un ladrón...



El esfuerzo constructivo de Holanda no iba a detenerse a analizar el frustrado ataque de un ladrón desconocido, y a poco olvidóse el incidente en el pueblo de Waal. Franz, tras la lógica angustia inicial, volvió a sus actividades cada día más amplias y remunerativas.

Nora no le había dicho "que ella sabía de algo así como un secreto de Franz Buchner" pero Franz comprendió que Kirway no habría perdido el tiempo durante su visita de aquella tarde, y cuando Nora le anticipó que tendría un hijo...









"Todo está dicho, Franz. ¿Te satisface, así? ¡A mí también!", concluyó ella, mientras Franz murmuraba lentamente: "Sólo diré que fui un soldado, un soldado que cumplió su deber, como cualquier otro soldado del mundo. ¡Y nada más, amor mío!"



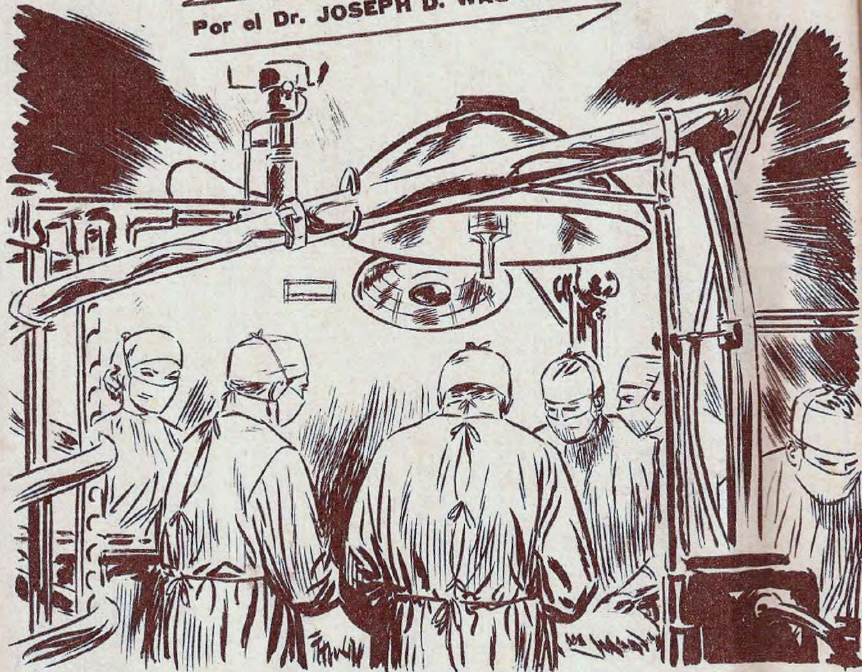
Se abrazaron tiernamente. Eso bastaba para ellos, jóvenes, y puros de corazón y sentimientos. Eso bastaba para la felicidad que habían edificado con cariño y sin mentiras.—¿Y si es una niña, qué nombre le pondremos, Franz?

FIN

LA TUBERCULOSIS EN LA ACTUALIDAD

UNA BATALLA CASI GANADA

Por el Dr. JOSEPH D. WASSERSUG



Hace unos veinte años publiqué mi primer artículo sobre medicina popular. Estaba titulado "La guerra contra la plaga blanca", y no sólo me ayudó a iniciarme en la carrera de escritor sobre temas de medicina popular, sino que también me dejó un continuo interés en la tuberculosis.

La jovencita moderna y el joven adulto que lean este artículo, quizá se sientan perdidos ante la expresión "plaga blanca". Hace veinte años, sin embargo, todos sabían que plaga blanca quería decir tuberculosis.

¿Cuál era la situación entonces? Los Estados Unidos estaban lanzados de lleno a la gran lucha de la Segunda Guerra Mundial; la mayor parte de sus elementos humanos, médicos y científicos participaban en ella. Aunque el bacilo de la tuberculosis, la causa primaria de la enfermedad, había sido descubierto en 1882, no se había hallado aún ningún antibiótico o agente quimoterapéutico suficientemente poderoso como para vencer a este germen. Las palabras "antibiótico" y "quimoterapia" eran aún vastamente desconocidas.

Sin embargo, considerables progresos se habían logrado ya para reducir el promedio de muertes ocasionadas por esta terrible enfermedad. Hacia 1942, la tuberculosis había descendido del primer lugar como causa de muertes, al séptimo puesto. En 1900, el promedio de mortalidad por tuberculosis en los Estados Unidos había sido de doscientos por cada cien mil habitantes; en 1942 no llegaba a cincuenta por cien mil.

En esa época escribí: "Esta extraordinaria declinación en la mortalidad por tuberculosis se ha debido principalmente a los hombres del servicio de sanidad pública y a mejores métodos de diagnóstico"

Medidas sanitarias de carácter general, antes que un arma específica contra la tuberculosis, produjeron este satisfactorio resultado inicial.

En 1942, al pretender ver el futuro, sólo vislumbraba las sombras más oscuras. Durante varios años, el promedio de muertes por tuber-

culosis se había mantenido estacionario y, en algunos lugares, parecía ir en ascenso.

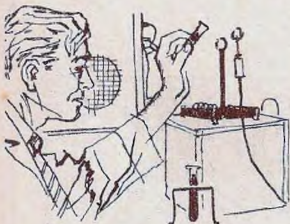
"La guerra contra la tuberculosis no ha sido ganada aún", advertí. "Para obtener la victoria total, pueden ser necesarias algunas armas nuevas contra esta enfermedad, y es en busca de estas armas que muchos médicos y científicos están ahora investigando y experimentando".

EL PROMEDIO DESCIENDE RAPIDAMENTE

En ese tiempo tuvo la visión de exámenes en masa, por medio de Rayos X, el desarrollo de métodos de vacunación y el empleo de las sulfas, recientemente descubiertas. La posibilidad de contar pronto con armas que hiciesen descender más la incidencia de la tuberculosis —en la actualidad es del seis por cien mil— no se preveía.

Hoy, veinte años después, la tuberculosis ha sido casi eliminada en muchas zonas. Aunque sigue siendo una seria amenaza para la salud en algunas secciones urbanas altamente congestionadas, en los Estados Unidos, tomados como un todo, se ha convertido en algo mucho menos peligroso que el cáncer y las enfermedades cardíacas.

En 1944, dos años después de la publicación de aquél, mi primer artículo, el profesor Selman A.



Waksman, de la Universidad de Rutgers, descubrió la estreptomicina, un antibiótico capaz de destruir los bacilos de la tuberculosis. Así comenzó una nueva era moderna en la lucha contra la plaga blanca. Unos pocos años después, el descubrimiento del ácido paraminosalicílico colaboró en la batalla.

En la actualidad, los científicos están esperanzados en que la tuberculosis, en una época causa principal de mortalidad, pueda ser totalmente eliminada. La labor que nos aguarda ha sido claramente señalada por muchos expertos. Por ejemplo, en un reciente artículo titulado "Erradiquemos la tuberculosis: no nos detengamos a mitad de camino", el doctor J. Arthur Myers, profesor de salud pública de la Universidad de Minnesota, señaló: "Si la tuberculosis ha de ser erradicada, la parte principal de la labor debe ser efectuada por los facultativos dedicados a la práctica general de la medicina".

Es el médico el primero en ver al paciente con tos o en examinar al niño cuyos tests de tuberculina han dado positivo. Es el hombre dedicado a la profesión quien dispone el examen por medio de Rayos X de su paciente e indica que los familiares y colaboradores se sometan a similar revisión.

INSISTIENDO EN LAS PRUEBAS

Hace dos décadas, el diagnóstico de la tuberculosis por medio de los Rayos X era lo más importante; hoy, se insiste en la prueba de la tuberculina. Esta fue descubierta por el doctor Robert Kock, el mismo médico que descubriera el bacilo de la tuberculosis.

La tuberculina es un componente químico orgánico que se halla en cultivos de gérmenes de tuberculosis en crecimiento. Aunque su estructura química exacta es desconocida, es presumiblemente un producto metabólico o del crecimiento, relacionado con el desarrollo y multiplicación de los bacilos. La tuberculina no contiene gérmenes o microbios; su inyección no puede producir tuberculosis.

La tuberculina es importante en razón de su habilidad para descubrir a los bacilos tuberculosos en el organismo. Si se inyecta tuberculina en la piel de una persona que jamás ha tenido contacto con los gérmenes de la tuberclusosis —y que no los tiene en su organismo— la prueba dará un resultado negativo.

Por otra parte, si hay gérmenes dentro del cuerpo de una persona, aun cuando no estén produciendo una dolencia activa ni causando una enfermedad obvia, la inyección de la tuberculina en la piel producirá enrojecimiento y endurecimiento en la zona de la inyección. Esta es una prueba positiva. Revela la presencia de los bacilos, estén o no ocasionando problemas.

La importancia de la prueba de la tuberculina reside en el hecho de que puede detectar la presencia de la tuberculosis antes de que los Rayos X revelen la enfermedad. Pueden pasar muchos meses entre el momento de la infección y aquel en que aparezca en los pulmones



una sombra visible por intermedio de los Rayos X, pero la prueba de la tuberculina será positiva dentro de un plazo de tres a siete semanas después que el paciente se haya infectado.

La mayoría de los médicos están recomendando que todos los niños (y muchos adultos) se sometan a pruebas de tuberculina realizadas sobre una base anual o semestral. En los casos positivos, muchos médicos creen que debe iniciarse el tratamiento antituberculoso de inmediato, con los modernos productos a nuestra disposición.

EL TRATAMIENTO INMEDIATO ES ESENCIAL

Si los "contactos" del paciente son examinados rápidamente, pueden descubrirse otros casos. En esta forma, el progreso de la enfermedad puede ser detenido antes de que tenga una oportunidad de esparcirse más aún dentro de una familia o una comunidad.

Métodos más novedosos han simplificado grandemente la prueba de tuberculina. Por ejemplo, presionando un disco con púas contra la piel, disco que se descarta después de usado, pueden eliminarse las jeringas y agujas hipodérmicas. Hoy la prueba sólo tarda unos pocos segundos y puede ser efectuada fácil y exactamente en el consultorio de cualquier médico.

Si la prueba de tuberculina es negativa, nada más deberá hacerse. Significa que no hay tuberculosis presente. Si la prueba resulta positiva, es esencial el examen de la caja toráxica por medio de los Rayos X para determinar si hay infección en los pulmones y, de ser así, cuál es el grado de su extensión y daños.

Hace veinte años, Rayos X en miniaturas llamados fotofluerogramas eran ampliamente usados y se pensó que su utilidad iría en aumento con el correr del tiempo. Ahora sabemos que son menos sensibles que las películas comunes y que, lo que resulta mucho peor, expone al sujeto a cantidades relativamente grandes de irradiación. Por ‧‧ hoy se emplean los Rayos X nunes en casi todos los casos.

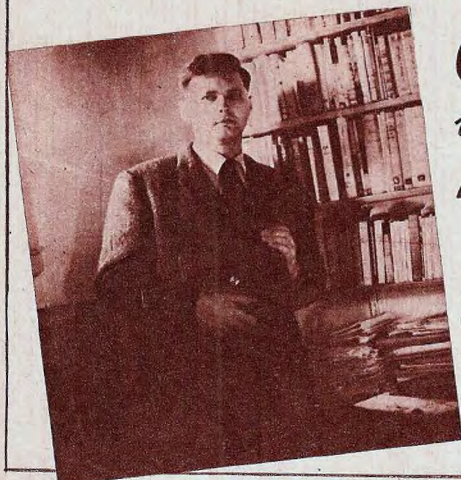
Los mayores progresos en la lucha contra la tuberculosis, sin embargo, han sido realizados en el campo del tratamiento. Dos décadas atrás era costumbre hospitalizar a las víctimas de la tuberculosis en sanatorios, a fin de que pudiesen recibir adecuado aire fresco, descanso y nutrición.

La única forma que tenían los médicos de luchar contra la tuberculosis era incrementar la salud general y la resistencia del paciente. Ahora, gracias a multitud de productos químicos antituberculosos (ácido paraaminosalicílico, viomicina, cicloserina, estreptomicina, etc.), la mayoría de los enfermos pueden ser tratados en el hogar.

FIN

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres



Cuando no se tiene la honra de quinielero

DIBUJOS DE DURAÑONA

¿Sabían ustedes que la expresión "luna de miel" proviene de la costumbre de los antiguos germanos, quienes bebían agua con miel durante los primeros treinta días de su matrimonio? ¿Sabían ustedes que la princesa Isabel de Francia, nacida en 1389, se casó a los seis años con Ricardo II de Inglaterra, quien murió cinco años después; es decir que a los 11 años era viuda? ¿Sabían ustedes que la historia que les traigo hoy es real; que ocurrió no hace mucho?...

A Gervasio no le gustaba esa vida. Quería de ella sólo tres cosas que estaban ahí, en el campo, como crecidas de la tierra misma: su madre, su novia y las flores.



Le habían enseñado a cuidar un puñado de pollos y de gallinas; un cerdo, y una vaca que cada día daba menos leche. Era todo lo que les había dejado el padre al morir.



No les cobraban nada de alquiler por el puesto, y ellos no se preocupaban en cultivar la tierra. Para qué, ¿no?



Gervasio era un poco cómodo, no podía disimularlo. Igual que el padre, decía la madre, cuando Dora, la novia, trataba de animar el espíritu del muchacho. Los padres de Dora no veían con muy buenos ojos ese noviazgo. Eran jóvenes aún y Gervasio no mostraba un buen porvenir.

No había cosa que Gervasio decía desconocer. Era capaz de arreglar el motor de un molino; hasta vacunar el ganado. Pero generalmente su sabiduría terminaba en impresionantes desastres.



Pero cierta vez tuvo suerte y logró detener, a fuerza de soplete, la invasión de garrapatas que había atacado el gallinero de doña Clarinda.



Por aquel trabajo, Gervasio cobró 200 pesos. Con ellos decidió viajar a Buenos Aires. La capital estaba apenas a seis horas de viaje en colectivo.



Buscaría trabajo en la ciudad. Se haría de unos cuantos pesos más y se casaría con Dora mucho antes de que le tocase el servicio militar. Dora no dijo nada. Se resignó. La madre protestó como era costumbre. Pero Gervasio se fue. Hubo lágrimas, pero él no alcanzó a verlas.

La suerte lo acompañó, y pronto Gervasio consiguió una ocupación. Ayudaría a cuidar un vivero que estaba instalado algo más allá de la avenida General Paz, por la zona del partido de San Martín.



Comenzó a vivir hora por hora y día por día, como se iba desenvolviendo la vida de esas plantas y esas flores que crecían lejos del frío, lejos del calor intenso y de la lluvia y hasta del sol, que les era suministrado como una medicina.



Gervasio no estaba muy de acuerdo con ese procedimiento. ¿Cuando iba a estar de acuerdo con algo que hacían los demás? El había visto crecer de pronto, en mitad del campo, las flores más bellas y también más imprevistas.

El dueño del invernadero era don Pipo, un italiano lleno de años, con mucho dinero en una cuenta en donde los ceros a la derecha crecían cada día más, según la leyenda que sobre él se tejía en el barrio.



Un día don Pipo lo mandó llamar por don Prusiano, que lo visitara en el hospital. Pipo necesitaba hablar con Gervasio. Quizá era algo importante. Se le llenó la cabeza de ideas y de sueños.

Don Pipo podía estar cansado de todo aquello y entonces pensaría en dejarle el vivero a él. Podría pagárselo de a poco.





Era sábado, cerca de las diez de la mañana. Esa tarde, Gervasio tenía que ir al hospital a hablar con el patrón. Vivían los fríos de junio, pero ese día el cielo y el paisaje parecían sorprendidos por una maravillosa tibieza primaveral.

Gervasio tenía muchas ideas revolucionarias en cuanto al desarrollo de la vida del vivero. La jornada era propicia para llevar a cabo uno de sus planes. No estaba el patrón que podía discutir sus principios.



Todo se unía para hacerle fácil el desarrollo de su plan que consistía en abrir por unas horas todas las ventanas del techo del vivero y dejar que las flores recibieran directamente sol, aire y humedad. El shock climático daría sus buenos frutos.



Dejó todo listo. Las flores parecían adquirir una nueva vida al sentir el imprevisto contacto del aire libre. Pensó en que le convendría comprarse un par de pantalones y una camisa para estar más presentable esa tarde cuando fuera al hospital.



Tenía unos pesos ahorrados y decidió ir hasta el centro comercial de San Martín. Serían baratos porque sus ahorros no daban para mucho, pero por lo menos serían limpios y estarían planchados.



Salió a la calle. Se creía dueño del mundo y de sus contornos.



No había andado media cuadra cuando ocurrió algo imprevisto, increíble.



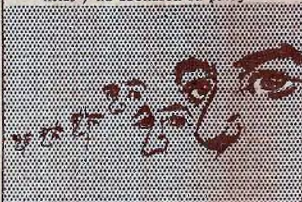

¿Qué pasa...?
Somos de la policía.


No hagas barullo porque va a ser peor para vos.
¡Vamos!
No dijo nada. Hubiese deseado decir muchas cosas, pero no pudo: por eso no dijo nada.


La gente los miraba y él sentía una vergüenza poderosa. Quería pensar, ordenar toda esa maraña de cosas que tenía en la cabeza y llegar a la razón del porqué de ese ataque, de esa detención que no podía entender.


Lo metieron en un colectivo.


Había pocos pasajeros, pero no les pasó inadvertida la extraña escena al ver cómo Gervasio era entrado a empujones al coche.


Los ojos de la gente ajena, quizá tan ajena como él a lo que le estaba ocurriendo, se agrandaron más aún cuando los dos hombres anunciaron su condición de policías y no abonaron su pasaje.


Pero Gervasio sí, tuvo que pagar su boleto. Su turbación alcanzaba el grado máximo; la sangre se la amontonaba en los ojos y le nublaba la vista.


Abonó con un billete de diez pesos y el chofer se sintió complacido en prolongar aquella confusión dándole un vuelto largo en monedas chicas.
Faltaba poco para llegar al destacamento policial de San Martín, y recién pudo detenerse a analizar todo eso increíble que estaba viviendo.


Recordó entonces que por esos días habrían ocurrido en el barrio una serie de robos que fueron aumentando, hasta ocurrir uno en que el asaltante lesionó a un vecino.


Gervasio estuvo seguro que lo habían confundido con ese delincuente. Iba a hablar, pero uno de los policías lo miró imperiosamente, con una mirada llena de autoridad. Gervasio se sintió vencido.


Cuando llegaron al destacamento, Gervasio quiso pedir explicaciones; trató de explicar él mismo y no lo dejaron.





Lo habían detenido confundiéndolo con un quinielero. Le tomaron declaración sobre sus datos particulares. Como era menor, decidieron citar a la madre. Le hicieron dejar el dinero, los cordones de los zapatos y el cinturón.

Quedaba tristemente ridículo con sus manazas sosteniéndose el pantalón que se le caía. Así fue como hizo su entrada triunfal a los calabozos.





A las seis y media de la tarde tuvo una visita. La madre. Llegó acalorada, ahogando palabras, con los ojos llenos de lágrimas, respondiendo agresivamente las preguntas que le hacían los vigilantes.

















La obra de tantos y tantos días estaba perdida. Era una buena idea la suya; si no lo hubieran detenido, podría haberlo demostrado. Pero todo era así, como era distinto a lo que se sueña.

En seguida tuvo otra visita inesperada que lo llenó de una nueva angustia. Era Dora. La acompañaba el padre. Ya nada tenía valor. Podían decir lo que quisieran.



Llovía torrencialmente sobre sus flores, que era como llover sobre su fatiga y sobre las esperanzas de don Pipo.

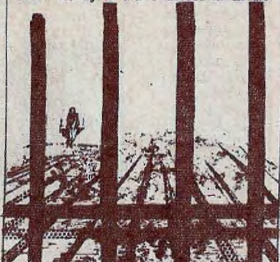




Podría haberles explicado. No tenía culpa de vivir esa confusión tremenda. Pero a ellos no les interesaría saber, no querrían entender. Los dejó irse. No quiso mirar a Dora. No le respondió siquiera su tímido saludo de despedida.



Cerró los ojos. Tuvo deseos de morir.



Eran cerca de las dos de la madrugada cuando escuchó un gran revuelo en la sala de espera. Oyó la voz de la madre decir atropelladamente cosas que no entendió.

Hubo un silencio prolongado, y media hora después, un hombre corpulento, de ademanes imperiosos, con un uniforme de oficial, entraba al cuadro de las celdas. Era el comisario.







No se alegró. Gervasio no podía alegrarse. Esperó algunas palabras que explicaran en algo todo aquel tremendo error. Antes de salir, el comisario se volvió otra vez, y casi sin mirarlo, grito otra vez su invitación.





Gervasio caminó lentamente. Se sentía cansado. Le dolía la cabeza, los brazos y las piernas.




















Muchas veces, inesperadamente, sin querer, los hombres destruimos la vida y los sueños de otro hombre sin darnos cuenta del crimen tremendo que estamos cometiendo. Esperamos que el destino le haya dado una nueva oportunidad a Gervasio. El mes próximo regreso con una historia de amor titulada: "MAVIS, PALIDA NOVIA EN UN ENERO VIEJO". Hasta entonces. Muchas gracias por todo. CRISTOBAL MARIA PAZ los espera.

Fior d'Aliza

POR **ALFONSO de LAMARTINE**

ADAPTACIÓN - DIBUJOS DE **PÉREZ DEL CASTILLO**

Nació Alfonso de Lamartine, uno de los más grandes poetas de Francia, en 1790 y murió en 1869. Sus **Meditaciones**, publicadas en 1820, le dieron repentina y enorme popularidad. Estuvo varias veces en Italia, donde conoció a la heroína de su famosa **Graziella** y a la protagonista de la tierna historia que hoy ofrecemos a nuestros lectores. Nacido en el seno de una antigua y acaudalada familia, tuvo una vida fastuosa y brillante y desempeñó un papel preponderante en la diplomacia y la política. De maravillosa fecundidad, antes de morir llevaba publicados más de sesenta volúmenes, y de él se dijo que era la encarnación de la poesía

El verano de... lo pasé en Saltochio, deliciosa y magnífica villa de los alrededores de Luca, que había sido alquilada por el embajador de Francia. A menudo me iba solo, por las mañanas, a las altas montañas de este encantador país, en busca de puntos de vista y paisajes, sin pensar ciertamente en encontrar historias del corazón humano. Y esto fué, sin embargo, lo que me sucedió.



Un día salí, muy de madrugada, del parque, pasé los arroyuelos, los espesos bosques de laureles de Saltochio y subí a las grandes colinas, donde se asientan las pobladas y ricas aldeas del país de Luca. La majestuosa serenidad del tiempo me incitó a subir hasta la misma cumbre de la montaña. Abandoné las aldeas, las casas, los campos cultivados, y anduve por barrancos pedregosos, por el seco cauce de los torrentes, y salí de ellos para subir más aún.





Lejos, al parecer, de todo camino, alcancé a ver una solitaria cabaña, en la pendiente de un estrecho y verde valle, a la sombra de enormes castaños, medio construída en la roca. Subí hasta ella y de pronto me detuve, sorprendido por una súbita aparición: era una joven de extraordinaria belleza que, sentada en el suelo, bajo un gran castaño, tenía en los brazos a un hermoso niño, de cinco a seis meses, al que mecía, cantándole y cubriéndolo de besos.



Extasiado estaba en la admiración de aquella joven, la más seductora que hasta entonces había visto, y que reunía en su figura el amor jovial de la hermana y la tierna solicitud de la madre. Me ocultaba de su vista el ángulo de la roca en donde estaba construída la cabaña; pero no tardó en advertir mi presencia. Dio un grito, se levantó, estrechando al niño en los brazos, y quiso huir.

No huya usted. A mí me toca alejarme, puesto que mi inesperada presencia en este sitio turba su gozo y el de ese hermoso niño.



No, señor, perdone usted; me creía sola y compartía con mi hijo la felicidad que nos espera esta tarde.



Rogóme que entrara a descansar un momento, asegurándome que su padre ciego y su tía tendrían mucho gusto en ofrecerme hospitalidad. Al hablar así dió la vuelta al ángulo del jardinillo y me obligó a entrar en la casucha, donde me hallé con las personas que acababa de mencionar.



Pasados los primeros saludos y disculpas, aquella buena gente, que manifestaba indigencia y, al mismo tiempo, alegría, me ofreció, en una mesa de madera muy limpia, una comida campestre: hermosas castañas conservadas en otoño con su segunda corteza y cocidas en leche de cabra, queso, pan muy blanco y muy sabroso y agua de manantial.



Les pregunté si el predio era de ellos, y la joven me repuso: —Lo ha sido. Mire usted: ¿ve ese sembrado de maíz, ese pequeño cercado, en donde las cepas y las higueras brotan entre las piedras grises que salen del suelo como para sostenerlas; ese pequeño prado en el fondo del barranco, a la izquierda, que alimenta a dos vacas, y ese bosque de castaños nuevos y de laureles silvestres que viene desde lo alto hasta el prado? Pues todo eso ha sido nuestro.





Y, después de una pausa, prosiguió: —Pero la roca, el castaño, con todo el terreno donde se esparcen sus raíces y su sombra, y ese vergel entre las piedras grises, con sus veinte pasos de hierba alrededor de la casa y las tres higueras, aún lo es; y tenemos bastante para los cinco, gracias a Dios.

¿Cinco? Pues no veo más que cuatro, contando al niño que está usted criando.



Alude a Jerónimo, señor; es mi sobrino. Está sobre el mar.



Lo es y no lo es. ¡Ay, señor! Es una larga y triste historia.



Dios y la Virgen lo han salvado por milagro, y a nosotros, con él.



—¡No, no! —dije con curiosidad y con la mejor intención—. Hablemos, a no ser que aflija a ustedes demasiado. Insistí, dirigiéndome alternativamente al anciano ciego, a su hija y a la madre del ausente, para que me contaran la historia de éste, a la que habían hecho alusión, y al cabo accedieron y me relataron todos los acontecimientos que el lector va a conocer.





Aquella familia era tan antigua en la montaña como la roca y las raíces del árbol que la habían hendido, creciendo bajo la tierra. Ignoraban cuándo fueron allí por primera vez; pero recordaban haber oído contar que los Zampognari, como se llamaban, descendían de un joven oficial que había escapado de la torre de Pisa, donde se hallaba prisionero, y se refugió allí con su amada, en la época de la guerra de los paisanos con los florentinos.

Allí fueron sucediéndose las generaciones. De aquella antigua familia sólo quedaban, al comenzar estos sucesos, el anciano ciego, padre de la muchacha, a la que llamaban Fior d'Aliza, la tía de ésta y su hijo Jerónimo. Juntos crecieron los dos niños, viviendo como gemelos, como un hermano y una hermana. Aunque nada se dijeran sobre el particular, era el propósito de los padres casarlos cuando tuvieran la edad y sintiesen otra clase de afecto.



Sus juegos y sus risas en el umbral de la cabaña, en los días de fiesta, al volver de la misa de los ermitaños camaldulenses del convento cercano, eran la alegría más grande de sus padres. Todos los peregrinos que pasaban, al subir a la iglesia de los camaldulenses, se detenían para descansar bajo el castaño de la montaña y decían: "¡Bien os ha bendecido el Cielo! ¡No los hay más hermosos en la ciudad!"



Mas sucedió un día que vinieron muchas personas de Luca, que iban a la peregrinación de los camaldulenses. Fior d'Aliza acababa de lavar los corderos en el arroyuelo que hay en medio de los juncos floridos, en el fondo del prado, bajo los laureles. Estaba enjugándose los pies con un manojo de hojas de avellano, antes de volver a la cabaña.





Unos peregrinos, sorprendidos al verla, se detuvieron y guardaron silencio para no llamar su atención, como cuando un cazador ve a un venado confiado, solo, a la orilla del torrente, a través de las hojas. Cambiábanse signos de admiración mirando a la hermosa niña, y el que más extremos hacía era el jefe de los esbirros de Luca, que iba en aquel grupo.



Dos días después aparecieron de nuevo por allí, volviendo de la ermita, el jefe de los esbirros y sus compañeros. Esta vez era domingo, y Fior d'Aliza, vestida con su traje más bonito, regresaba de la misa de los camaldulenses con su primo Jerónimo. Al llegar al pie del castaño, los muchachos se pusieron a bailar.

Parecía que la alegría salía del cielo, del agua, del árbol, de la tierra, al conjuro de los rayos de sol; y ellos bailaban también de alegría, la alegría de vivir; bailaban por bailar, sin sospechar siquiera que la desgracia los acechaba bajo la figura del jefe de los esbirros y de sus amigos, que, ocultos detrás de los árboles, los miraban.



De pronto, el jefe de los esbirros, dirigiéndose a Jerónimo, dijo: — Muchacho, vente con nosotros para enseñarnos los senderos por donde puede bajarse más pronto a Luca. Te daremos una buena recompensa. Jerónimo respondió afablemente: —Con mucho gusto, señores; pero no necesito recompensa para hacer un servicio. Y echó a andar, contento, delante de ellos, dejando a la pobre Fior d'Aliza sorprendida y triste por no poder continuar el baile en tan hermosa mañana.





Los forasteros estuvieron muy atentos y amables con Jerónimo en el camino, y se detuvieron en todas las ventas de los pueblos por donde pasaban para refrigerarse con un vaso de vino. Lo obligaron a sentarse con ellos a la mesa y a beber como un hombre, para que se le desatase la lengua, y hablaron acerca de Fior d'Aliza, su prima; de su madre, del ciego y de toda la familia.



Cuando despachó al muchacho, después de saber todo lo que le interesaba, el jefe de los esbirros, medio borracho, dijo al oído de un viejo, que lo acompañaba: —Signor Bartholomeo del Calamayo, ¿es usted mi amigo o no lo es? Y el otro le contestó: —Su amigo para todo. Mande usted, que nada hay que no consiga con mi pluma, como usted con su espadín.

—No será cosa de espadín, sino de pluma —replicó, pasándole el brazo por el cuello y e trechándolo contra su pecho— Jure usted que me servirá para descoser de un tajo los esponsales entre esos muchachos que no saben siquiera lo que esta palabra significa. He despreciado el matrimonio toda mi vida, pero la vejez se acerca. Soy libre y rico. Cada cual, a su hora, tiene que hacer punto final.





Y agregó, regodeándose: —Una hermosa niña en la casa es una gloria para el hombre; pronto estará ella madura, y yo estoy todavía bastante verde. A San Stéphano debo el haber cambiado de idea. Iba allí a buscar a Dios y he encontrado al diablo en figura de ángel. Conque, Bartholomeo del Calamayo, tiene usted que arreglarme esto con un rasgo de su pluma.

Luego le dio seguridades. —Nada tema, compadre Bartholomeo —le dijo—; si necesita dinero, no le faltará, ni crédito tampoco; soy amigo del camarero del Duque; los jueces de Luca no pueden ejecutar una sola de sus sentencias sin mí; el jefe de policía del ducado está casado con la hija de mi hermana; todos los esbirros de la campiña están a mis órdenes; yo soy el que guarda la caza del soberano contra los cazadores furtivos. Entre nosotros dos, usted perro de caza y yo cazador, ¿no traeremos a casa a esa paloma de rosados pies?





Fior d'Aliza empezó a temer alejarse sola de la casa para ir a escardar maíz o recoger hojas de moral. Con frecuencia encontraba ahora en el sendero del convento, o en el linde del bosque de laureles, al jefe de los esbirros, que se acercaba a ella y le dirigía requiebros que la hacían ruborizarse y huir. Tenía miedo sin saber de qué; los ojos de aquel hombre no le agradaban, y, cuando más tiernos procuraba ponerlos, más la asustaban. Decía a su primo que no la dejara nunca sola con él.



Al notar esto, el jefe de los esbirros dejó de andar merodeando por aquellos lugares. Pero un día entró en la cabaña un individuo seco, vestido de negro como un alguacil, en el que Jerónimo reconoció a Bartholomeo del Calamayo, el amigo del jefe de los esbirros, quien le presentó un papel sellado e interrogó primero al padre y luego a la tía de Fior d'Aliza.



Y ¿usted es Magdalena Cortaldo de Zampognari, hija de Francisca Bardi y de Domingo Cortaldo, de la aldea de Belsguardo, en la llanura?

Sí, señor.



—Pues bien —prosiguió el curial—, aquí traigo una citación de los representantes legítimos de la rama primógenita de los Zampognari, que reclaman, en virtud de un juicio en forma, la partición de la casa, aguas, bosques y campos del patrimonio de los Zampognari, sus antepasados, de lo que sólo corresponde a ustedes la cuarta parte.



Y terminó diciendo: —Por consiguiente, tengo orden del tribunal superior de Luca de proceder a la partición y de entregar las tres cuartas partes a los herederos reclamantes, legítimos propietarios, reservándoles su derecho para reclamar, cuando lo estimen conveniente, su parte de productos injustamente retenidos por ustedes y por sus ascendientes desde el año 1694.

Si las paredes de la casa se hubiesen desplomado de repente sobre la cabeza de sus moradores, no los hubiera impresionado más que la lectura de aquella intimación para entregar las tres cuartas partes del patrimonio. Fue como si a los cuatro les hubiesen pedido las tres cuartas partes de su vida. Pero habían de resignarse a cumplir lo dictaminado por los jueces de Luca.



—Olvidaba decirles —agregó el curial en el momento de marcharse— que los reclamantes han vendido sus derechos a la herencia a Gugliano Frederici, jefe de los esbirros de la ciudad y del ducado de Luca. Quién sabe si todo podrá arreglarse entre él y ustedes amigablemente: es poderoso y rico, y, con un poco de benevolencia de parte de ustedes, es probable que no se muestre muy exigente.





Al día siguiente fueron los peritos con tintero, piquetas y compases a la cabaña, acompañados del curial; y, mientras aquéllos realizaban la partición, Calamayo habló a Fior d'Aliza y a su tía de las intenciones del jefe, que deseaba casarse con la muchacha, con lo cual se arreglarían las cosas a satisfacción de todos. Pero Fior d'Aliza le contestó:

—Nunca seré la mujer de Gugliano. Y corrió hacia su primo, que nada de lo dicho por el viejo había oído.



El amor de un libertino que ha puesto sus deseos en una inocente, es una brasa que quema la mano y que no deja dormir tranquilo al que no teme a Dios.

La belleza de la muchacha no se separaba de su imaginación y, sin duda aconsejado por Calamayo, se propuso condenar a aquella familia a la miseria, para acabar casándose con Fior d'Aliza como por caridad.

Un día estaban muy tranquilos en la cabaña: el ciego sentado al sol, trenzando esteras de esparto; la madre de Jerónimo, hilando su copo en el umbral; su hijo, dando vuelta los higos que se secaban al sol. Fior d'Aliza y el perro guardaban las cabras.



De pronto, las cabras se metieron por el campo de maíz que ya no les pertenecía a los Zampognari de la cabaña. No tocaban el maíz, limitándose a comer la hierba; pero Fior d'Aliza, a pesar de eso, se apresuró a enviar al perro para que las trajese cerca de ella. Mas, apenas había llegado el perro al lado de las cabras, se oyeron varias detonaciones y aparecieron tres esbirros, dando voces y lanzándose furiosos por el sembrado de maíz. Eso respondía al plan trazado por Frederici y Calamayo para arruinar a aquella pobre gente.





La cabra lechera quedó muerta sobre el cuerpo de uno de los cabritos que estaba criando; la otra, herida en el pescuezo, corrió instintivamente a guarecerse en la cabaña; el perro, con una pata medio rota, se arrastraba trabajosamente; Fior d'Aliza, que recibió algunos perdigones de rebote, daba lastimosos gritos, no por sus heridas, sino por las de sus queridos animales.



Aquello partía el alma. El ciego como si Dios le hubiese devuelto la vista, corría como un loco al encuentro de su hija; Magdalena hizo lo mismo. Jerónimo bajó del techo de un salto, descolgó la escopeta de su padre, se precipitó sobre los esbirros, tiró al azar y mató a uno de ellos, que a toda prisa recogieron sus compañeros.

Cortaron ramas para hacer unas angarillas en que llevar al muerto. Y, al alejarse, gritaban: — ¡Desgraciado! Has tenido más acierto que el que esperabas: tú mismo has firmado tu sentencia al matar a nuestro sargento. Vida por vida, sangre por sangre, éste será el último crimen que cometas.





¡Qué horrible fué aquella noche en la cabaña! Magdalena atendía a Fior d'Aliza y oía si su respiración era tan suave como de ordinario; Jerónimo cuidaba al perro herido, y el ciego sentado contra la puerta pensaba en la cabra lechera y en el alimento de la familia. ¿Cómo se mantendrían en adelante?

Aunque anonadados por los sucesos del día, los viejos no pudieron esperar a que amaneciera sin substraer a Jerónimo del peligro que lo amenazaba. — Es preciso que corras a ocultarte en el convento de los camaldulenses —le dijo su madre—. Suplica al padre Hilario que te abra la capilla en donde ha vivido, hasta la edad de noventa años, el bandido de San Stéphano: es un refugio inviolable, protegido por el derecho de asilo.



—¡Bendita sea la idea de tu madre! —exclamó el ciego, abrazando a Jerónimo, que lloraba contemplando a su prima dormida—. No pierdas tiempo. Despídete y encomiéndate a Dios. Sólo quedará una media hora de noche, en la cual puedes atravesar el bosque, sin ser visto. Los esbirros llegarán aquí junto con el día.





Decía esto el ciego con la mano en el cerrojo de la puerta, llorando como Jerónimo; la madre de éste y su prima, que se había despertado, lloraban también, al mismo tiempo que la Luna enviaba su última claridad por entre las muertas hojas de la parra. Mas apenas corrió el cerrojo, la puerta se abrió, cediendo al empuje de unos cuantos soldados emboscados en torno de la cabaña.



Apartaron violentamente al pobre ciego, se arrojaron sobre Jerónimo, tendiéronlo en tierra y ligaron sus manos a la espalda con las correas de las carabinas.

—Bandido —le dijeron—, de seguro que no echarás raíces en el calabozo que te espera.

Los acontecimientos se desarrollaban de acuerdo con las infames maquinaciones de Frederici y Calamayo; obligados a mendigar, los viejos serían encerrados como vagabundos, y Fior d'Aliza quedaría a merced del jefe de los esbirros. Pero la muchacha haría cambiar el curso de los hechos.

Al ver a Jerónimo amarrado por los esbirros, que lo arrastraban y lo amenazaban con la muerte, comprendió Fior d'Aliza de pronto lo que, sin tales sucesos, hubiera pasado años sin conocer y sintió que su corazón se iba con él. Saltó, medio desnuda, del lecho y se dijo: "O matarán a dos personas, o yo lo libraré de las manos de sus verdugos."



Su padre y su tía estaban fuera de la casa oyendo los pasos de los esbirros que se llevaban a Jerónimo; se vistió en la obscuridad. Una vez vestida, pensó: "¿Qué vas a hacer? Te recogerán en las calles de Luca, confundiéndote con las desgraciadas que comercian con su cuerpo, y luego de nada podrás servirle. Sólo conseguirás deshonrar su nombre."



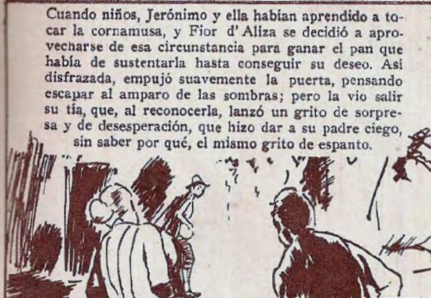


¿Qué podía hacer? Dejó caer la cabeza sobre la cama, que inundó con sus lágrimas. De pronto se le ocurrió una idea. Sin detenerse a madurarla, quitó de su cuerpo el traje de mujer, cortó sus cabellos, que echó a puñados sobre la cama, y abrió el cofre en el cual su tía guardaba la ropa del difunto marido.



Sacó de él un traje, polainas, zapatos y sombrero, y también una cornamusa, verdadera reliquia, de las fabricadas en otro tiempo por su padre y su tío, y que gozaban de gran fama en toda la comarca. Vistiendo aquellos atavíos y con la cornamusa bajo el brazo, se transformó en un momento en uno de esos **pifferari** (tocadores de gaita) de los Abruzos, que recorren las ciudades sin que nadie les pregunte adónde van ni de dónde vienen.

Cuando niños, Jerónimo y ella habían aprendido a tocar la cornamusa, y Fior d'Aliza se decidió a aprovecharse de esa circunstancia para ganar el pan que había de sustentarla hasta conseguir su deseo. Así disfrazada, empujó suavemente la puerta, pensando escapar al amparo de las sombras; pero la vio salir su tía, que, al reconocerla, lanzó un grito de sorpresa y de desesperación, que hizo dar a su padre ciego, sin saber por qué, el mismo grito de espanto.





Lo enteró ella de que Fior d'Aliza huía en traje de hombre. Arrojáronse uno y otra con los brazos extendidos entre la puerta y el camino, para retenerla, y ella les explicó su decisión, mientras luchaba por desasirse de los brazos de su padre y de su tía; pero al fin sus súplicas, sus sollozos y sus lágrimas pudieron más que sus esfuerzos.

Acabaron por formar una sola masa viviente, o, más bien, moribunda, de la que partían sollozos y suspiros ahogados por reconvenciones y besos. Fior d'Aliza se hallaba vencida y pedía a Dios que la hiciese morir en aquel instante, a fin de evitarle la horrible elección de dejar a su padre y a su tía, o de abandonar a su querido y desgraciado Jerónimo.





Mas entonces una voz, que parecía venir del cielo, dijo de pronto, en tono de autoridad, a su padre y a su tía: —No resistáis a Dios, que habla por el corazón de los inocentes; dejad a Fior d'Aliza seguir las huellas de Jerónimo. La protección de Dios la acompañará, tal vez, entre la muchedumbre, como acompañó a Sara en el desierto. Y luego, dirigiéndose a ella: —Parte, hija mía, que yo cuidaré de los que quedan.

Al oír esas palabras, que los hicieron estremecer, vieron en pie, delante de ellos, al padre Hilario, el limosnero del convento de los camaldulenses de San Stephano, anciano de plateada y espesa barba, amigo de ellos de toda la vida, y que en aquellos momentos consideraban como el único sostén que les quedaba en el mundo.



El sacerdote prosiguió, dirigiéndose al padre y a la tía de Fior d' Aliza: —No os cuidéis de cómo habéis de vivir durante la ausencia de estos muchachos, que yo os traeré todas las semanas lo necesario. La limosna es la cosecha de los abandonados, y no hago sino devolveros lo que tantas veces me habéis dado en vuestros días de abundancia.





Les refirió luego, en pocas palabras, que habían llegado al convento noticias de lo ocurrido el día anterior y que, suponiendo que tendrían necesidad de consuelo, había pedido permiso al Superior para acudir en su auxilio y tomar en sus alforjas lo preciso, a fin de socorrer a una familia privada del único apoyo que atendía a sus necesidades.



Añadió que había llegado a tiempo de oír la resolución de Fior d' Aliza de seguir las huellas de Jerónimo, y terminó diciendo: —Ese pensamiento, que es un pensamiento del corazón, hay que dejárselo realizar, porque, cuando la razón no sabe ya qué aconsejar a los hombres en situaciones desesperadas, deben éstos seguir la voz de su corazón, que a veces está más en lo cierto que todo razonamiento.

El padre y la tía de la muchacha no se atrevieron a resistirse a la voz del limosnero, al que estaban habituados a considerar como una voz del Cielo. Aprovechóse ella de la vacilación para separarse de sus brazos, que la sujetaban con menos fuerza, y para lanzarse, sin reflexionar más y sorda a sus gritos, por la senda que baja a la llanura.



Descendió como un remolino de hojas que el viento del invierno lanza de precipicio en precipicio, hasta llegar al sendero en el cual los caminantes y los carros de maíz comenzaban a levantar ruido y polvo, y se dejó caer en la orilla, debajo del puente que sirve para pasar el barranco en el invierno. Allí, sin que nadie pudiera verla, enjugóse el llanto y el sudor de la frente y descansó un poco.





Los rayos de sol calentaban ya de lo lindo cuando, tomando la cornamusa de su tío, se aventuró a salir de debajo del puente. Ya en lo alto de él, vio sobre el arco del centro un pilar labrado en forma de nicho, donde brillaba una Virgen, toda cubierta de oro y plata, de flores de papel y de polvo. Cayó de rodillas ante ella y tocó en la cornamusa un canto de las montañas, a fin de interesarla por su suerte y, principalmente, por la de Jerónimo.

Apenas había terminado de tocar, un carro, tirado por cuatro bueyes, que conducía una boda de aldeanos, se paró delante de ella. Enterados de que iba hacia Luca, y como éste era también el camino que ellos llevaban, la invitaron a subir en el carro. —Sube, joven **pifferare**—le dijeron, haciéndole sitio—; no nos faltaba más que un ministril, de que carecemos en la aldea, que tocase la cornamusa delante del carro de boda al entrar en la ciudad.



Mientras el carro caminaba al paso lento de los bueyes, y los desposados, uno junto a otro, hablaban en voz baja tomados de la mano, el joven boyero, sentado cerca de Fior d'Aliza, detrás de los bueyes, miraba con sencilla curiosidad la cornamusa y le preguntaba quién le había enseñado a sacar tocatas tan melodiosas de un pedazo de madera sujeto al cuero de un animal.



De acuerdo con el plan que se había trazado, le hizo creer que era uno de esos **pifferari** de los Abruzzos, donde los niños vienen al mundo ya músicos instruídos, como los hijuelos de los ruiseñores salen del nido ya maestros en cantar; y, a su vez, ella supo por el joven boyero que iban a pasar el día de la boda en casa del **bargello**, como antiguamente se llamaba en las ciudades de Italia al director de prisiones.





La hermosa desposada era la hija única del **bargello** de Luca, y el que la fiesta se celebrase en casa de su padre no dejaba de ser chocante, porque la casa del **bargello** no era ni más ni menos que una dependencia de la cárcel del ducado de Luca, y de una a otra se iba por un subterráneo abovedado y por un espacioso patio rodeado de calabozos, donde no se oye sino el ruido de los eslabones que encadenan a los presos.



Todo esto iba sabiéndolo la muchacha por el boyero, al que escuchaba conmovida, porque la asaltó inmediatamente la idea de que la casa en que iba a festejarse aquella boda de aldea era tal vez la misma en que habrían arrojado sobre la paja al pobre Jerónimo, y que acaso la Providencia le suministraría, por medio de aquel encuentro casual, una ocasión de tener noticias suyas y hasta de acercarse a él.

Es costumbre en Luca, cuando la boda es de aldeanos ricos y la familia, respetada, que un músico, bien toque la cornamusa o el violín, vaya delante del carro ejecutando alboradas, marchas o tarantelas alegres, en honor de los casados y de los asistentes, y Fior d'Aliza cumplió a maravilla el papel que le habían asignado. La gente la aplaudía y gritaba: —¡Bravo, **pifferare**!



Cuando llegaron a la tétrica puerta claveteada de hierro de la vivienda del **bargello**, muy inmediata a la enorme puerta de la cárcel, se pararon los bueyes. Con todo miramiento, cómo si hubiese sido de la familia e invitada a la boda, hicieron entrar en la casa a Fior d'Aliza y la convidaron a comer y a beber, para que después de la comida de boda tocase todas las tocatas de baile que se le ocurriesen.





Parte de la noche se pasó comiendo y bailando. Los desposados parecían cansarse de la mesa y de la música, deseosos de volver a la casa que los esperaba en la aldea. La mujer del **bargello** procuraba en vano prolongar la velada para permanecer más tiempo al lado de su hija. Pero al fin llegó la hora de partir; unció el boyero los animales al florido carro, hubo besos y abrazos, y la comitiva se marchó sin el **pifferare** por las sombrías calles de Luca, bajo una tormenta otoñal.



—Y tú, muchacho —le dijeron el **bargello** y su mujer—: ¿dónde vas a dormir en esta gran ciudad, con la lluvia que está cayendo y el tiempo que hace? Aparentando indiferencia, Fior d'Aliza respondió: —No lo sé ni me da gran cuidado. Sobran arcos delante de las casas y pórticos cubiertos; una losa para tenderme, la capa para arroparme y la cornamusa por almohada... ¿No es el único lecho y moblaje de los pobres hijos de la montaña como yo?

El **bargello** y su mujer hablaban a media voz en tanto Fior d' Aliza desarmaba la cornamusa y doblaba la capa como para marcharse. Tenían el aire indeciso de dos personas que se preguntan: "¿lo hacemos o no lo hacemos?" La mujer parecía decir "sí", y el marido: "haz lo que quieras, que tal vez tu idea sea buena."



—Pues bien —exclamó de pronto la mujer, enternecida—: que no se diga que hemos dejado al raso, en un día tan solemne para nosotros como éste, al pobre músico que tanto ha alegrado hoy la casa. ¿A qué ir a buscar un abrigo bajo los pórticos, con los vagabundos y mendigos, cuando tenemos allá arriba —y señaló a su marido la escalera tortuosa de una pequeña torre—, el lecho vacío del carcelero, que se ha marchado?





—Es verdad —añadió el **bargello**, dirigiéndose a Fior d' Aliza—. Sube esa escalera, muchacho, hasta el fin, y a la derecha encontrarás un cuartito con una claraboya, por donde entra la luna hasta la cama, y dormirás bajo techado y en paz hasta mañana. Antes que vayas a trabajar en tu oficio de músico por las calles y los caminos, ven a almorzar, y hablaremos, porque tal vez tengamos algo que decirte.



Pasó Fior d' Aliza la noche en el cuartito que le indicaron. Y, a la mañana del día siguiente, apenas se levantó de la cama, recibió la visita de la mujer del **bargello**, en la que se había despertado la más viva compasión por el pequeño **pifferare**, y le propuso se quedara con ellos en vez de andar por los caminos, con riesgo de perder su alma.

No podía Fior d' Aliza querer cosa mejor, y, aunque disimulando su alegría, aceptó el puesto de carcelero que se le ofrecía. Bajó con la mujer del **bargello** a ver a éste, que se mostró muy satisfecho de la decisión del muchacho, si bien comentó, sonriéndose: —Esa cara no infundirá mucho miedo a mis presos; pero, después de todo, nosotros estamos encargados de custodiarlos y no de asustarlos.



Luego, él y su mujer la instruyeron acerca de todo lo que tenía que hacer en la casa, lo cual era ayudar a la cocinera, sacar agua del pozo, barrer las escaleras y el patio, dar de comer a dos grandes perros dogos, echar grano a las palomas y distribuir el alimento a los presos.
—Pero, cuando te halles solo en el patio —le advirtieron—, no te fíes y ten mucho cuidado con el asesino del esbirro, que está en el calabozo del fondo.





Se referían a Jerónimo, y era la confirmación de que se encontraba en aquella cárcel. Respecto a él, la mujer del **bargello** le explicó:
—Aunque es muy joven y se te parece algo de cara, dicen que jamás hemos tenido en esta cárcel hombre tan malo. Pero, según creo, no estará aquí mucho tiempo; los esbirros y guardas, que no pueden ver a esta fiera, han sido llamados como testigos, y el que dio muerte a su prójimo no tardará en ser también condenado a muerte.









Al saber que la sentencia de Jerónimo se pronunciaría el mismo día que se acercaba a él, su corazón, ya acongojado, parecía que le desgarraba el pecho. Mas pronto se consoló, pensando que, si la Providencia había hecho el milagro de que se hallase en la situación en que se encontraba, lo que le permitiría hablar con Jerónimo sin que nadie pudiera concebir sospechas, algún designio se manifestaba en tan visible protección.





Por la tarde, el **bargello** y su mujer salieron para ir al tribunal y oír al acusador del terrible montañés que tenían encerrado en el último calabozo, y saber cuándo había que conducirlo ante los jueces; pero antes de salir le encargaron que cambiara el agua de los cántaros de los presos, tal como se lo había visto hacer a ellos por la mañana.

Fior d'Aliza, que por la mañana había tenido buen cuidado de no dejarse ver por Jerónimo, para evitar que su sorpresa los descubriera, comprendió que convenía advertirle su presencia de algún modo, para preparar su ánimo. Entonces se acordó de la cornamusa.



"Lanzaré primero —pensó— algunas notas débiles y sueltas en el sitio del patio más lejos de su calabozo, para llamar su atención; pasado un momento, tocaré más fuerte y más cerca, para darle a entender que me acerco a él. Ejecutaré piezas que sólo nosotros sabemos, para que no tenga dudas de que soy yo y se prepare a verme en silencio cuando la cornamusa calle y yo abra la primera reja de su calabozo."



Así lo hizo, y le salió perfectamente. Los pobres presos se acercaban a las rejas, dándole las gracias con los ojos arrasados de lágrimas, a medida que pasaba delante de sus ventanillos. Jerónimo, que en el primer momento se acercó al suyo y asió los barrotes con las crispadas manos, no se dejó ver después. Era señal cierta de que había conocido la cornamusa y esperaba alguna sorpresa de Fior d'Aliza.





Ella se detuvo junto a la reja. Ningún ruido se oía dentro. Dejó la cornamusa, tomó el cántaro, abrió el calabozo y quedó separada de Jerónimo por una segunda reja. Ella se lanzó a su encuentro, pasando los brazos por entre los hierros; pero él, al ver sus cabellos cortados y el traje de hombre, no la reconoció de pronto, pareció petrificado y dejó caer los brazos.



—¿Cómo?—le dijo la muchacha a media voz—. ¿No conoces ya a Fior d'Aliza porque ha cambiado de traje y ha cortado sus cabellos para poder acercarse a ti? Soy yo, tu hermana, tu padre, tu tía, todos los seres que te aman, que encarnados en mí vienen a arrancarte de las garras de la muerte, a costa de su vida, si es necesario, o al menos a morir contigo, si tú mueres.

Al reconocer su voz se le disiparon las dudas y a su vez se lanzó hacia ella, tanto como le dejó la longitud de la cadena sujeta a la pared. Las puntas de los dedos alcanzaban a tocarse, pero no los labios. Cruzaron los dedos y se pusieron a llorar en silencio. El habló primero, y su voz se extendió por el calabozo como un espíritu de luz.



¿Cómo te hallas aquí, alma mía? ¿Qué hace mi madre? ¿Qué es de mi tío? ¿Qué idea te ha hecho abandonarlos y tomar ese disfraz para seguirme?



Mi idea, no sé. Una sola se apoderó de mí cuando te vi amarrado y que los esbirros te llevaban a la muerte: la de ir a donde tú ibas.





Le contó, en pocas palabras, lo que le había pasado desde el momento que los separaron hasta aquel en que se veían; él estaba como enajenado de sorpresa y de felicidad al escucharle. Añadió Fior d'Aliza que su idea era ganar cuanto antes la confianza del **bargello**, substraer la llave de la segunda reja, procurarse una lima para que pudiera romper la cadena y facilitarle la fuga por mar.



—¡Oh! ¡Eso nunca, nunca! —exclamó él—. Yo no me evadiré dejándote presa en mi lugar, ni me iré del ducado contigo llevándome el único apoyo que queda a nuestros pobres viejos. ¡No, no; yo soy capaz de morir mil veces por un falso crimen; pero no puedo consentir que un delito que yo mismo haya cometido recaiga sobre las personas que más amo en el mundo!

Insistió Fior d'Aliza en su propósito de salvarlo, y no poco rubor subió a sus mejillas al decirle lo que sentía su alma. La voz de Jerónimo temblaba al confesarle, por la primera vez, que sólo ella había infundido en su corazón un sentimiento, un ensueño de esperanza y de felicidad, y acabaron por expresar ambos que se amaban y que la ausencia o la muerte de uno causaría la del otro.





Cuando repitió las tres el reloj del patio, forzoso fue que la muchacha se retirara, aunque con pesar. Cerró la primera reja, tomó la cornamusa y fue a sentarse sobre las gradas del claustro, y allí se puso a tocar algunas piezas, como para pasar el tiempo. Esta vez no eran nada tristes. La felicidad que experimentaba al saber que Jerónimo la amaba, la hacía olvidar prisiones, rejas, cadenas y hasta el cadalso; la cornamusa parecía delirar de alegría.

LEA Y RÍA



—¿Con la Protectora de animales? Vengan en seguida. Hay un vendedor sin corazón que tiene a mi pobre perrito colgado.

Cuando el **bargello** vino del tribunal y oyó el sonido de la cornamusa en el patio, se acercó a quien él creía un **pifferare** y manifestó:— Muy bien, hijo mío; me agrada que la cárcel esté alegre y que mis presos gocen de los buenos momentos que Dios les concede, aun dándoles malísimos días. El asesino —continuó diciendo en voz baja y como hablando consigo mismo— no estará alegre por mucho tiempo.



Mortal palidez cubrió el rostro de la muchacha, al sospechar que habían condenado a muerte al que ellos llamaban el asesino.

Procurando dominarse, esperó a que el **bargello** saliese de la cárcel, con objeto de interrogar a su bondadosa mujer. No le fue difícil averiguar la noticia. Al entrar en la cocina, ella se la dijo.







Siguió la mujer del **bargello** hablando de la suerte que esperaba a aquel desdichado, y por ella supo Fior d'Aliza que a los condenados a muerte, una vez que se les comunica la sentencia, se les conceden cuatro semanas para que puedan prepararse con el confesor a comparecer resignados y purificados ante el Altísimo; les quitan las cadenas y los dejan hablar libremente en el claustro con sus parientes y amigos.





Repuesta en apariencia de la emoción que las palabras de aquella mujer le causaron, Fior d'Aliza se dispuso a distribuir la sopa de la tarde de calabozo en calabozo. Cuando llegó al último, llamó en voz baja a Jerónimo y le contó rápidamente todo lo que había oído decir a la mujer del **bargello**, para que, al saber la noticia de su sentencia de muerte, supiera también que ella velaba por su vida.

En estas cuatro semanas sin cadenas, en estos días de oraciones, Dios nos inspirará el medio de salir juntos de esta cárcel.





Al día siguiente, muy temprano, mientras Fior d'Aliza barría el vestíbulo, vinieron varios señores, vestidos con largas togas negras y rojas, a leer a Jerónimo la sentencia y a decirle que, habiéndola ratificado el Duque, pusiera su confianza en Dios, pues, pasadas cuatro semanas, sería fusilado. Esto se debía verificar en las murallas de Luca, en una plazoleta frente al cuartel de los esbirros.



Así que todo volvió al silencio ordinario del claustro, al marcharse el **bargello** con el herrero y los curiales, entró Fior d'Aliza en el patio con las provisiones y el agua para los presos. Parecía caminar sobre ascuas: tal era su deseo de llegar al calabozo de Jerónimo. No bien la muchacha abrió la reja, saltó aquél desde la sombra, la tomó en los brazos y la estrechó contra su pecho.





Cuando Fior d'Aliza pudo hablar, le dijo que ahora sería más fácil su proyecto de fuga, y exclamó, con el rostro radiante de confianza: —¡Ellos creen llevarte a la muerte, y yo voy a conducirte a la vida! El le repitió una vez más: — Piensa que sin ti no quiero la libertad. Ella le hizo creer que huirían juntos.



Luego lo instruyó para que, cuando el **bargello** fuese a visitarlo con los penitentes negros y los hermanos de la Misericordia, manifestase deseos de tener como confesor al padre Hilario, el viejo limosnero camaldulense de San Stéphano. Pensaba Fior d'Aliza que a él podría descubrirse con entera confianza, y que Dios haría lo demás.

Tal como ella lo imaginó, fue a la cárcel el padre Hilario para suministrar a Jerónimo los auxilios espirituales, y por él supo el anciano sacerdote lo que era de Fior d'Aliza, de quien no habían vuelto a tener noticias en la cabaña, desde su marcha, y se dispuso a guardar el más absoluto secreto sobre su transformación de **pifferaro** en carcelero.



Pidió Jerónimo al padre Hilario que los desposara secretamente, porque moriría en la impenitencia y la desesperación si no tenía la certeza de que, después de esta vida, vivirían Fior d'Aliza y él como esposos en el Paraíso, ya que no habían podido vivir así en este mundo. Y el buen limosnero cumplió aquel deseo del condenado a muerte la víspera de su ejecución.



Fior d'Aliza, dando gracias a Dios por haberle concedido vivir un día como esposa de Jerónimo, fue subrepticiamente al calabozo para pasar con él su última noche. Sentáronse juntos sobre la paja que le servía de lecho al condenado; él la abrazó por primera vez sin que ella opusiese resistencia, y la noche de sus bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón que no se pronuncian sino una sola vez y que se recuerdan toda la vida.



¡Ah , nadie como Fior d'Aliza—que se disponía secretamente al sacrificio para salvar a Jerónimo, aunque le hiciera creer, para que la obedeciese, que ella huiría también—experimentó el sentimiento del amor y de la muerte, confundiéndose y mezclándose de tal modo que el amor luchaba con la muerte y la muerte era vencida por el amor!





Como ella fue la encargada de preparar todo lo concerniente a la fuga, Jerónimo debía seguir sus instrucciones, que eran, antes que amaneciese, saltar él por la ventana del calabozo, cuyos barrotes ella había limado, y que daba al campo, dirigirse al puente del Cerchio y esperarla allí.



Cuando dieron las cuatro en el reloj del convento vecino, Jerónimo la dejó bañada en lágrimas sobre la paja que les servía de lecho y, escapándose de los brazos de Fior d'Aliza, que a su pesar lo retenían, ya en la ventana, le dijo en voz baja: — Soy feliz porque, vivos o muertos, somos esposos. Hasta el puente del Cerchio.

"Hasta el Cielo", dijo interiormente la muchacha, sin importarle el sacrificio de su vida.

En cuanto Jerónimo hubo desaparecido, Fior d'Aliza puso sobre sus vestidos el negro hábito de penitente destinado a quien ya era su esposo, y cuyo capuchón ocultaría a todos su semblante. Pronto oyó el ruido que producían la multitud de penitentes negros y blancos y los hermanos de la Santa Muerte que se agolpaban fuera de la reja, susurrando en voz baja las oraciones de los agonizantes.



Doblaban las campanas de todas las torres de Luca. Un frío glacial corría por las venas de Fior d'Aliza, pero no la abandonaban las fuerzas. Llegaron los esbirros. Púsose en sus manos como un cordero que llevan al matadero y salió oyendo los sollozos del **bargello** y su mujer, que estaban muy lejos de sospechar que fuese ella quien iba en lugar del condenado, y que la creían encerrada en su habitación por no asistir a aquel espectáculo, debido a la piedad que el reo le inspiraba.





En medio de enorme gentío fue llevada hasta el lugar de la ejecución. Subió los escalones que conducían a la explanada de la muralla, y la colocaron contra ella.

Los esbirros, a las órdenes de un oficial, cargaron las armas, alineáronse y se dispusieron a ejecutar las órdenes del jefe. —¡Soldados! —gritó por fin el oficial— ¡Preparen!



Los soldados apuntaron; pero, en el mismo momento, el verdugo se abalanzó hacia Fior d'Aliza con precipitación y, bajándole con mano firme y violenta el capuchón y el hábito de penitente hasta la cintura, la presentó a los ojos de los soldados y de la multitud.

HUMORADAS



—Como ha estado tanto tiempo en órbita, todavía no ha recuperado la gravedad.



—Pase, señor. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

De pronto dejóse oír un grito. Un hombre se abalanzó, rompiendo la fila de los soldados, y cayó a los pies de Fior d'Aliza gritando: —¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Soy yo! Se le obscureció la vista a la muchacha, le dió vueltas la cabeza y cayó en brazos de su esposo.



Era Jerónimo, sí, que al oír doblar las campanas y no verla llegar al puente, punto de la cita, sospechó algo de lo que sucedía, entró en Luca, voló hasta la puerta de la prisión y, sabiendo allí que los esbirros llevaban a alguien al suplicio, seguro de que era Fior d'Aliza, se presentó reclamando a gritos su derecho a la muerte.



Al volver de su letargo, Fior d'Aliza se encontró en una suntuosa habitación, rodeada de las doncellas de la Duquesa, que le daban a aspirar un frasco de delicioso olor, y en presencia también de una bellísima joven que lloraba contemplándola, y que era la propia Duquesa de Luca, que, enternecida por lo ocurrido, la hizo conducir a su palacio, ordenó suspender la ejecución hasta la vuelta del Duque, que se hallaba fuera, y la tomó bajo su protección.





Jerónimo volvió al calabozo. Pero el padre Hilario, antes que el Duque volviera de las cacerías imperiales de Bohemia, donde se encontraba, logró probar las maldades que llevó a cabo Calamayo para favorecer las intenciones del jefe de los esbirros y la falsedad de los documentos que había inventado para despojar a aquella buena gente de sus bienes.

En vista de esto se decidió que, hasta tener más amplios pormenores, el padre de Fior d'Aliza y la madre de Jerónimo volviesen a disfrutar de sus antiguas propiedades, y que la pena de muerte a que había sido condenado Jerónimo se conmutase, y esto por no dejar en mal lugar a los esbirros, en la pena de galeras.



La Duquesa confió a Fior d'Aliza al cuidado de la mayordoma de palacio, para que la pusiera en el convento de las Magdalenas de Luca, hasta tanto que su padre y su tía fuesen a buscarla, cosa que no tardó en ocurrir, y fue a vivir con ellos en la cabaña, en espera de que Jerónimo cumpliera la condena.



En el tiempo de la espera, Fior d'Aliza dio a luz un hermoso niño, que desde el día de su nacimiento fue la alegría de la cabaña. El padre Hilario lo bautizó y le puso el nombre de Beppo, y la presencia de la criatura hizo más corto el tiempo que a Jerónimo le faltaba para cumplir la condena, que tocaba ya a su término.



Precisamente, el día que yo llegué a aquella cabaña lo esperaban. Cuando unos y otros terminaron su relato, se oyó a lo lejos un débil sonido, que a poco reconoció Fior d'Aliza como de la cornamusa de Jerónimo. —¡Es él, es él! —exclamó con indescriptible alegría y, tomando al niño en los brazos, se lanzó al encuentro de su marido.

En un abrir y cerrar de ojos desapareció, y quedé solo con los viejos. Hubiese querido asistir a la escena de amor y cariño que había de producirse en aquella soledad, pero pensé que la suprema felicidad, como los dolores extremos, tienen misterios que nadie debe profanar y salí de la cabaña.



En otra ocasión llegué hasta el gran castaño; las últimas hojas del otoño caían al impulso del viento, que soplaba con toda su fuerza en la montaña. Fior d'Aliza jugaba con su hijo, bañada por los rayos de sol que caían entre las ramas del árbol. El padre y la tía recogían castañas, y Jerónimo labraba la tierra. La felicidad parecía incrustada en aquellas caras, como si ningún accidente de la vida pudiese alterarlas.



Entré con ellos en la cabaña, en la cual me obsequiaron lo mejor que pudieron. Jamás había estado más hermosa Fior d'Aliza: llevaba su niño como una Virgen de Rafael, ignorando cómo le había dado elCielo aquel ángel en una noche de muerte."¡Que Dios bendiga por siempre este árbol, esta choza y esta familia! —dije entre mí al retirarme—. ¡Que la felicidad que hoy sienten seperpetúe de edad en edad y de generación en generación!"



HUMORÍSTICO



—¿Siempre lleva usted un revólver consigo cuando le dictan cartas, señorita?



—Resolví el problema de las flores, vecina. Planté artificiales.



—¿Progresé en los ejercicios que usted me recomendó, doctor? ¡Mire! ¡Mire!



—Su esposa lo llama, señor.



—Estoy apurado. Consígame algo de medida 48.

MARTIN EL SOLITARIO

Por HUCO MAC DOUGALL

ADAPTACION — DIBUJOS DE C. CLEMEN

Campo, llanura, pampa de la Argentina. Y la clásica silueta del rey de esas soledades. "¡Ahí va, y le dicen "Martín"! Martín, y nada más. A él le basta y también a quienes lo conocen, de pocas palabras, silencioso y altivo como el cardo que defiende sus flores a puñaladas."



La verde llanura es su amiga, y hasta de noche lo proteje. Escapó sobre su fiel tordillo. Escapó leguas y leguas.



¿Cómo pudo llegar hasta zonas del indio? Es cosa que han de saber las pampas, el sol y las estrellas. Pero Martín no buscaba al torvo infiel, sino una nueva oportunidad entre los cristianos.



Respirando el aire más puro de la libertad, Martín recorrió sus amadas llanuras, trabajando, hablando poco, trabajando.



Hasta que un día, en una trampa del destino...



Un puñado de hombres rotosos, famélicos, cadavéricos, apuntaban a Martín y a los que lo rodeaban.



"Hay caballos de sobra, amigos. ¡Suban!", contestó Martín.





Martín dirigió una mirada a su amigo Anastasio. Este gruñía por lo bajo. "Martín, idiota, ¿pa qué complicarse con esta resaca?"



Había conocido a Anastasio Selva cuando Esmeralda se presentó ante sus ojos deslumbrados. Emeralda, la ruda moza que hacía de madre de aquella huerfanita tímida y delicada.





Desde que aceptó la ayuda de Anastasio, lo lleva "de colita" a todas partes. Anastasio Selva, un amigo.



—No quiero meterme en tus decisiones, pero es peligroso amparar desertores, Martín.
"Yo no los amparo. Los ampara la pampa. ¡Hago lo que harían mil gauchos como yo; tenderles una mano chiquita en el infortunio" razonó Martín ante el egoísmo de su ladero.



"¡Hubieran muerto tuitos!", pensó el hombre de los cueros. Martín ya había encontrado un conocido de Navarro.



El soldado de Navarro cantaría luego lúcidas décimas.





Se alejaron, perdiéndose en el ancho horizonte atardecido, rumbo a Coronel Pringles, Martín, con sus pensamientos cerquita de Esmeralda, y su rancho, limpio, atrayente.

También el hombre de los cueros pensaba en ella. Pero no eran pensamientos buenos. Anastasio siempre pensaba "en plata".



Y Martín, el generoso Martín, lo presentaba como a un igual.



Y Anastasio iba a su lado, pegadito como molusco, y tratando de sacarle partido al gaucho, al agradecido Martín.



Coronel Pringles vivía la agitación de las luchas entre mitristas y alsinistas. Martín se había inclinado por el honesto abogado, doctor Sánchez Blanco, amigo de Alsina.



La esposa del abogado le daba entonces una yunta de pollos.



Antes que los troperos de Martín, llegó a Pringles la noticia de esos desertores "peligrosos" que por ahí merodeaban.



Martín se sentía a gusto junto al guitarrero de Navarro. Y se pasó todo el viaje pidiéndole que cantara.



Una idea turbia, desdichada, empezó a taladrar el cerebro del hombre de los cueros.



Llegados al umbral del pueblo, Anastasio se abrió de la tropa.



Martín dejó en buen lugar a su amigo Navarro y a otros dos desertores que prefirieron no irse de Pringles. Y cayó en lo de la guapa Esmeralda.



Esmeralda escuchaba a Martín.



La noche era de luna, pero el disco luminoso se ocultó para no presenciar aquella traición.



Martín salió a recibirlo afectando naturalidad. El alcalde agitaba su rebenque, gritaba...



"Es el rancho de una mujer que vive con una criatura. ¡No me parece güeno su ejemplo, alcalde!" dijo serenamente el criollo.



Una alegría brutal asomó en los ojos del alcalde. Alzó el rebenque y lo descargó sobre Martín.
–¡Atrás! ¡Atrás, sotretas atropelladores!

El alcalde frenó su inquieta cabalgadura. Desde un fusil partió la descarga que iba a abatir a uno de los desertores.



El ladero del alcalde cayó alcanzado por el disparo de Martín. En la noche se escucharían por largo rato las lamentaciones de los heridos, y el llanto de Esmeralda y la pequeña Chicha...



En el boliche, Anastasio tomaba su copa de vino, a sorbitos.



Martín, huyendo con Valdéz, el de Navarro, buscó infructuosamente al *amigo* Anastasio. En lo de la tía Juana...



Una grave preocupación hizo fruncir el ceño de Martín.

(Anastasio me dijo: "voy de la tía Juana")

No le quedaba otro camino que el anchuroso de la llanura. ¡Un poco más allí, y los barrerían los hombres del alcalde!



El abogado no estaba en Pringles, y sí a unas veinte leguas.



La impresionante extensión de la estancia permitiría el refugio de Martín, Valdéz, y otros dos hombres, uno de ellos herido.



"¡Dotorcito criollo! ¡Tuito lo que hace por nosotros!", exclamó Martín. Y agregó Valdéz: "Pa votarlo en las elecciones!".



Efectivamente, las elecciones se acercaban, y el doctor Sánchez Blanco precisaba del apoyo de Martín y sus *protegidos*. Prometió ocuparse de la delicada situación de Martín y los desertores, y activó la campaña proselitista.



Los desertores ansiaban volver a sus hogares tras los duros años pasados en la frontera.



Martín le había dicho al abogado Blanco: "Si alguna vez necesita que alguien se juegue la vida por usté, mande no más".



Y cuando llegó el día de la elección...



Martín y sus compañeros de aventuras se encontraron con un chinazo de medidas gigantescas.





Un reloj indicaba que aún faltaban cincuenta minutos para el cierre del comicio. Martín lo advirtió.



Los votantes observaron la siniestra estampa del individuo. Y su agresivo facón. Martín no lo pensó dos veces y lo madrugó. El chinazo cayó al suelo levantando una polvareda.



Los hombres allí reunidos presenciaron una lucha de pumas. Martín y el bellaco, a fieros golpes de facón.



El chinazo pasó feo bochorno. La gente pudo votar.



Caí la tarde y se escuchaban las campanas de la iglesia como un bálsamo para esas almas encendidas por la pasión.

"Sólo pretendo morir decentemente, Diocito...", murmuró el gaucho, pero en realidad sus pensamientos estaban en el rancho de aquella guapa mujer, Esmeralda.

Dos chinitas pasaron ante Martín arrodillado y rezando.

Días más tarde, corrió por Pringles la noticia: "¡El *dotor* Sánchez Blanco libertador de desertores!" El alcalde tuvo que acatar órdenes de arriba, promovidas por el vencedor de las elecciones.

Los desertores, sobre caballos frescos, corrían por la llanura en demanda de sus hogares. Pero en una emboscada...

La noticia, como todas las noticias malas, tenía "pies rápidos". En una pulpería, Martín supo del fin de sus amigos.

Buscó hasta encontrarlo al chinazo de aquél domingo de elecciones. Al tipo lo acompañaban dos.

Martín era calmoso, pero ¡guay, cuando se enfurecía!

¿Qué iba a poder hacer por Martín el doctor Sánchez Blanco? ¡Se le había ido el facón al bravo! Pensó en verla a Esmeralda y despedirse de su gran amor. Desechó la idea.

Rumbeó hacia el corazón de la pampa inmensa, ignorando —¡mejor pa él! —que el falso amigo, aquél hipócrita de Anastasio, volvía a la carga sobre el rancho de Esmeralda.

Las cosas de Esmeralda no andaban bien de un tiempo a esa parte. Aceptó una ayuda económica del hombre de los cueros.



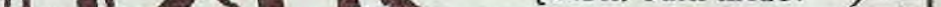
Martín supo que otros cuatro desertores habían sido devueltos —tras caer presos— al fortín del terrible comandante Greda.



Tenía la certeza de la traición *del molusco*, pero lo recordaba tan flaco, tan insignificante, que escupió por toda reacción. Y enderezó para el fortín de Bayas Grandes. Allí se vivía como en el infierno.



Si la situación de la gente en ese fortín era precaria, la de los desertores era monstruosa. Matín sintió que la sangre le bullía en las venas y pretendió hablar con el comandante. Otra vez intervino aquella mujer delgada, rubia, con restos de belleza gringa, a la que llamaban "Pajarito".



Martín no era de los que se achican. Enfrentó al bravo Greda, y éste, por toda respuesta, lo clavó en un cepo.



Ninguno de los que Martín ayudara anteriormente se atrevió a sacar la cara por él. Pero lo hizo una mujer: La Pajarito. Esta puma del desierto se insolentó con el comandante.



Venancio Maida, teniente del fortín, llevó apenado a la detenida.



Martín y la mujer iban a permanecer horas enteras mirándose, sonriéndose.



Los horrores de la lucha contra la indiada, contra el bárbaro ambiente de aquellos años, estremeció las entrañas del gaucho.



Muchas quejas habían sido lanzadas contra Humberto Greda: —¡Polvareda! ¡Los indios!




No era el salvaje. Era la liberación para los que soportaban la esclavitud del comandante Greda. El comandante Alvarez llegaba con sus hombres para reemplazarlo. ¡Pero la desgracia iba a caer sobre Martín con más fuerza!
¿Martín? ¡Usted es reclamado por dos jueces de paz! Lo remitiré hoy mismo.


El comandante Alvarez significaba "orden, limpieza, ley". El gaucho fue encomendado a un sargento apellidado Zamora, hombre serio e inflexible. Partieron esa misma mañana. A poco de andar, los dos hombres silenciosos...
¡La Pajarito! ¡Si será...!


Ella se acercaba al galope. Había abandonado el fortín. ¡Ella también había visto la estrella mala en la frente del gaucho, y se había compadecido! El sargento Zamora la observó; sonrió.
Esta no es misión pa mujeres, señorita. ¿No quiere golverse al fortín?
Soy libre como los pájaros. Voy pa cualquier parte.


Y en cuanto pudo, liberó al preso.
¡Mire cómo lo ha golpeado, moza! ¡Un guen hombre el sargento!
¡Gueno, sí, pero lo iba a llevar a la muerte, hombre!


Los dos caballos escaparon. El sargento volvió en sí, y comentó apenado: "¡Lo habría dejado irse! ¡Martín no es hombre de ruindades! ¡Pero a veces, con una mujer al lado!"
¡Pucha que me da lástima por ese criollo!


Martín y la mujer estaban ya fuera del alcance de la gente del comandante Alvarez, del sargento Zamora. Entonces...
¡Lo siento, moza, pero nuestro caminos van a separarse! Me reclaman ciertos asuntos que...


La vacilación del criollo despertó las sospechas de ella.
¿Una mujer...? ¿Su mujer, Martín?
Eso mesmo. ¡Y no quisiera que usté...!


La rubia se sintió herida en su amor propio. Con una rama seca golpeó el rostro de Martín, saltó sobre su caballo y huyó a todo trote. ¡Estaba tan acostumbrado a los golpes de la vida!
¡No soy un disagradecido, moza!


Volvía a estar solo; él, su fiel caballo, y sus pensamientos irían lejos, en busca de la verdad que lo preocupaba.
¡Demasiado tiempo sin verte! ¡Esmeralda! ¡Esmeralda!


En Pringles avisaron a Anastasio.
¡No cuidés tanto los cueros de animales! ¡Cuidá el tuyo, mandria, que lo he visto a Martín!


Desde esa noche, el cobarde cargó sus revólveres. Pero la furia del gaucho vendido era "pior que arrempuje e pampero".
Abrí, Anastasio, o tumbo la puerta!

El gaucho escuchó los gritos de una mujer. demasiado la conocía esa voz! "¡Esmeralda! ¡Esmeralda!", gimió. Ella se había casado con el ventajero, con el turbio comerciante. Desde una ventana Anastasio le descerrajó dos tiros. Uno de los proyectiles le abrió un brazo.



Desolado en cuerpo y alma, se echó sobre el caballo y murmuró junto a la oreja del fiel animal: "¡Llevame lejos, tordillo! ¡Llevame a cualquier parte! ¡Al camposanto, si lo preferís!"



Desde aquel terrible momento, en la vida del solitario Martín, la existencia de éste se volvió amargona, peligrosa...





Recorría el sangriento y triste sendero de otros gauchos del panorama peleador de esa patria aún inestable. Le salían amigos como brotan los cardos: por doquier.



"¡Esmeralda, y la criatura! ¡Pobres!", respondió al que le traía el mensaje de luto que alcanzaba de lleno a la mujer.



Sin embargo a veces, "buscaba la muerte por lujo": quería morir en su ley . Y otras veces salía al encuentro de un buen gesto.



Yendo hacia fortín San Carlos tuvo que eludir a la mortal indiada. ¡Estaba contento! ¡Lo hacía por una mujer! Sin embargo, la mujer iba a prestarse a un juego indigno.



"La Pajarito" era el cebo de los perseguidores de Martín. La misma que el gaucho recordaba con agradecimiento.



En vez de unirse para combatir al sanguinario indio, azote de las llanuras criollas, las partidas se dividían buscando a los hombres como Martín.



En un cerrado monte descansaban Martín, su caballo, y sus pensamientos. Cerca de allí, la partida, con la mujer rubia deseosa de venganza. Un poco más al oeste, la indiada, el ataque, la muerte...



Fortín San Carlos lo soportó todo.



Martín vio el humo del incendio. Su rabia contra el salvaje volvió a sus brazos, a sus puños: Saltó sobre el tordillo y lo lanzó hacia el peligro. Unos indios lo vieron llegar, como mandinga sobre brioso corcél, agitando el poncho, gritando más que los mismos salvajes. La caballada cambió de rumbo...



...volviendo al fortín. Los hombres saltaron sobre los animales y sin tener tiempo para vivar al salvador, se lanzaron tras los salvajes, dispuestos a todo. Martín ya ha olvidado su heroico acto. Busca a la rubia, a "La pajarito".



El destino juega otra pieza de su ajedrez. La indiada huye hacia el monte que revisaban los de la partida guiada por la mujer. Lo arrasan todo en su escapatoria.



Un viejo, allá en el fortín, reconoce al gaucho.



Gruesas lágrimas resbalan por el curtido rostro del criollo.



Se lanzó al trote de su tordillo hacia el monte. Iba cantando bajito: "Con el corazón marchito, soy como el árbol maldito, que no da fruto ni flor. ¡Muerte, ven a mi clamor, que en ti mi esperanza anida: ¡Ven, acaba con mi vida. ¡Ven, muerte, tan escondida, ¡Llévate a este cimarrón!"



Indios y cristianos yacían sobre la llanura quemada. Martín pasaba sobre ellos; el caballo abría los ojos, aterrorizado.



Volcaba los cuerpos de mujer que hallaba, decidido a encontrar a la infame delatora. Eran pocas las mujeres muertas ¡Mujeres maravillosas que luego de ver morir a sus hombres, tomaron las armas para ir tras el salvaje asesino!



Allí no estaba la rubia traidora. Siguió su camino, monte abajo hacia el pueblo. Se hizo la noche. En un boliche pagó por un porrón de caña, y se lo bebió en tres tragos. Entonces se sintió mal, como pocas veces lo estaba... ¡borracho!

¡Vos! ¡Vos...!

La sucia cortina se había levantado y una figura apareció borrosa, ante los ojos entrecerrados del gaucho perseguido.

¡No, no es ella!

En su mente confundida creyó ver a "La Pajarito" y también a Esmeralda. ¡Ninguna de las dos habían sido correctas con él!



¡Volvía a verla patente! Era la rubia...



La creía muerta por los indios, pero ella estaba ahí, abrazándolo. Martín se suponía apretado por los anillos de una víbora. ¡Y no podía liberarse de ella!



Ella lo había vendido, pero ahora se arrepentía con una sinceridad que el gaucho no podía comprender. ¡Ella lloraba, y sus lágrimas eran pedazos de corazón!



El, sarcástico, respondió: "¿Pa ande me hacés juir? ¿Pal Sur? ¡Siguro que allí me esperan las armas de la partida!"



Martín la apartó violentamente.



"¡Mis armas, mi poncho, y mis agallas contra cien de esos que se apoyan en una mujer para terminar con un hombre!", rugió el criollo. Fuera del boliche avanzaban muchos, demasiados para un gaucho solitario y borracho.



Todos descargaron sus armas sobre aquél llamado Martín; Martín y nada más. La mujer iba a llorarlo por muchos años, como al ser más querido de su existencia. Y la gente de campo nunca se pondría de acuerdo sobre los valores del "solitario". Unos dirían: "¡Era guapo y valiente!"



Y ni siquiera la pampa, la extensa llanura, conservaría el menor indicio del paso de Martín por sus huellas. Martín fue un paso fugaz, una pompa de jabón, un gaucho en una inmensa extensión donde vivieron y lucharon miles de gauchos tal vez mejores que el llamado "Martín".



LA CIENCIA ALREDEDOR DEL MUNDO

EL MILAGRO DEL PETRÓLEO EN EL DESIERTO DEL SAHARA

Por ZYGMUNT LITYNSKY



El desierto del Sahara, casi tres veces más extenso que el estado de Texas, pero con una población sumamente reducida, ha sido desde largo tiempo atrás un sinónimo de soledad y de absoluta inutilidad. Mañana, a través del milagro de la moderna tecnología, esta vasta zona de arenas quemadas por el sol y rocas, situada al sur de Argelia, puede surgir como uno de los países más ricos del mundo —si la riqueza de un país se considera en relación al número de sus habitantes.

La mayoría de los ochocientos mil nómades del Sahara siguen viviendo con un puñado de cebada y unos pocos dátiles, tal como hicieran sus antepasados. Al igual que antaño, envueltos en sus ropajes bíblicos, sentados sobre sus camellos se materializan como surgiendo de la nada formando una larga hilera de inmóviles fantasmas y se desvanecen como las brillantes palmeras, las aguas y las etéreas estructuras pintadas en el cielo por los espejismos, hacia los cuales parecen vagar.

Lo que ya ha cambiado es que las viejas caravanas han dejado de ser las únicas apariciones en esta tierra de la soledad. Largos convoyes de pesados camiones marchan a sesenta millas por hora envueltos en nubes de polvo, y el plateado avión se ha convertido en algo tan común como lo fuera en un tiempo el águila del desierto. Y, en lugar de desvanecerse cuando uno se aproxima, algunos de los espejismos resultan ser verdaderas casas entre tangibles palmas. Por sobre ellas surgen torres del acero.

Esta revolución en curso es el resultado del descubrimiento efectuado en los últimos años de petróleo y gas en el Sahara, en cantidades que exceden las predicciones más optimistas de los geólogos. Las reservas, ya ubicadas únicamente en Hassi Mesaud se elevan a cuatro mil millones, y las de El Gassi a cuatro mil millones más. Datos de similar importancia se asignan a Bordj Nili. Simultáneamente a los quince mil millones de barriles, o sea casi la mitad de las reservas del más grande productor de petróleo del mundo, los Estados Unidos.

El obstáculo principal que debió enfrentar Francoia para la explotación de ese tesoro petrolífero fue la falta de agua. Las torres de perforación consumen un mínimo de mil setecientos pies cúbicos de agua diariamente o, hasta completar el proceso, un promedio de ciento cincuenta mil pies cúbicos por pozo. A este total deben agregarse más de dos galones diarios de agua, y cada gota tuvo que ser transportada en camiones por un trayecto de casi cien millas de terreno desolado, con una elevadísima temperatura.

Consecuentemente, antes de buscar petróleo los franceses tuvieron que buscar agua. Se la encontró y se perforaron pozos con maquinarias y técnicas especialmente desarrolladas. Los pozos no sólo son suficientemente ricos como para proveer a las necesidades inmediatas de los investigadores, sino que los ingenieros franceses localizaron dos inmensos sistemas lacustres subterráneos, uno a una profundidad de seis mil quinientos pies y el otro a cinco mil.

La segunda dificultad mayor —grandes distancias a cubrir transportando equipos muy pesados— fue resuelta en menos de tres años mediante el uso combinado de vehículos aéreos, rápidos camiones para el desierto construidos por Berliet y otros fabricantes franceses de camiones, y maquinarias para la construcción de caminos adaptadas a las condiciones del desierto.

Los campos petrolíferos de Hassi Mesaud y de Edjele fueron descubiertos en el año 1956 a profundidades de diez mil y cuatro mi pies respectivamente; los de Bordp Nili y El Gassi en 1959, a ocho mil y

diez mil pies.

Hoy todos estos territorios están conectados por oleoductos, que llegan a los puertos de Argelia o Túnez, y ya están avanzados los trabajos para una enorme red europea para conducir el petróleo del Sahara desde el puerto de Marsella a través de Francia y hasta el interior de Alemania y Suiza.

La producción total de petróleo crudo del Sahara puede aproximarse a los cuatrocientos millones de barriles en 1965, lo que significa que sobrepasará la producción actual de algunos países pretoliferamente ricos como lo son Irán o Irak, y aun la Arabia Saudita.

El milagro del petróleo del Sahara, que, por una ironía histórica coincide con la actual situación política tormentosa del Africa, se redobló mediante el descubrimiento de uno de los campos más grandes del mundo de gas natural, en Hassi R'Mel, con reservas que llegan a treinta y cinco millones de millones (treinta y cinco billones) de pies cúbicos —el doble de todas las reservas de la Europa Occidental—. Este campo ha sido conectado con Argelia por medio de un gasoducto, y se están efectuando estudios para llevar el producto a Europa por medio de un gasoducto submarino.



COSAS QUE USTED DEBE SABER CON RESPECTO AL SUEÑO

"Therapeutic Notes", un periódico de medicina publicado por Parke, Davis y Co., ha compilado algunos hechos referentes al sueño.

Por ejemplo, las investigaciones han demostrado que mientras se duerme, todos sueñan un promedio de veinte por ciento de cada noche, y que privando al durmiente de sus sueños despertándolo cada vez que comienza a soñar, se origina en el mismo ansiedad y dificultades concentradas.

"Sobre esta base, se sugiere que el soñar puede ser una parte necesaria del conjunto del dormir", dice el periódico.

En el dormir normal, el cuerpo del durmiente, generalmente está en estado de relajamiento, con la piel rosada y probablemente húmeda.

Nadie puede indicar la correcta longitud del dormir para otro individuo, ya que la misma varía de una persona a la otra. Sin embargo, la publicación señala que "entre los miembros de una expedición al Artico, a quienes se permitió dormir tanto como quisiesen, el promedio fue de siete horas cincuenta y cuatro minutos diarios por persona".

Un simple experimento que puede ser llevado a cabo por cualquier individuo que no está seguro de cuántas horas de dormir necesita, es probarse a sí mismo por un período de veinticuatro horas, permaneciendo en el lecho tanto como desee durante ese tiempo.

"Si halla que durmiendo dos o tres horas más que habitualmente le hace sentirse más fresco, puede ser que se priva, por lo general, de sueño."

Las autoridades han averiguado que el sueño más profundo de *un* adulto se presente, por lo general, durante las dos o tres primeras horas, con un retorno gradual a la conciencia después de eso. Pero los niños parecen tener dos períodos de sueño profundo: el primero, a comienzos de la noche, y el segundo unas dos horas antes de despertar.

"Aunque el insomnio es el más común de los desórdenes del sueño", señala el periódico, "el estado opuesto de soñolencia crónica no es raro".

La narcolepsia (lo opuesto al insomnio) afecta a una cantidad estimada en un 0,2 a 0,3 por ciento de la población general.

FIN

SONRISAS



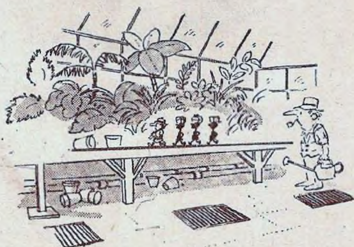
—Es un perro de caza muy bueno, señor del jurado. Desde que se enteró que iba a participar en un concurso que está rígido.





—Nuestros vecinos se van de vacaciones, pero quieren hacernos creer que son muy pobres.





LA COLINA 1044

Por FRANK G. SLAUGHTER





















El abogado vio ausentarse la mirada de su amigo: Paul estaba recordando al padre Tim como lo viera tantas veces en el infernal campo de concentración de Pyongyang: —Un arcángel vestido de color caqui.



El podría haberle reivindicado, pero, —pensó con tristeza— hay que dejarlos que me señalen con el estigma de comunista. No hubiera podido obrar de otra manera...



En su habitación del presidio, el capitán Scott empezó a recordar. Había sido un médico afortunado, inteligente, de buena estrella. Estuvo a punto de casarse con Dafne Holt, la hija del célebre cirujano, su profesor.



Pero la frivolidad, la estupidez de aquella muchacha demasiado aficionada a las fiestas con bebidas, lo desilusionó pronto. Renunció a muchas ventajas, pero no a estudiar, a experimentar. De pronto llegó la guerra y su reclutamiento para Corea. Vino la instrucción.



Paul estaba indignado en el fondo, pues creyó que sus servicios en la segunda guerra habrían debido ser tenidos en cuenta. Y se reclutaba como a un muchacho recién recibido.



Cumplía su deber con entereza, pero con íntimo hastío y dolor. Pero nada lo había preparado para enfrentarse con el coronel Jasper Hardin, su comandante. Nunca creyó que existieran hombre como aquél.



Era un tipo duro, desaprensivo, sin el memor calor humano. Aquella noche, con algunos wiskys y su enorme cansancio, Paul decidió salir del bar y visitar el Millard Fillmore, barco donde debían embarcarse pronto para su destino.



La noche era de niebla y él llegó junto al agua con un sentimiento extraño de frustración, de dolor.



Solo en el mundo, ¿quién iba a llorar por él? Sí; como médico había observado en algunos pacientes suicidas lo que había sido un *impulso irracional* de autodestrucción, del cual después se arrepentían.



Su ebriedad, el espanto imaginado ante la guerra, *otra vez* lo dominaban. Un paso más lo llevó al borde del muelle. Y en ese instante una voz lo llamó por su nombre: —¿Lleva usted mi mismo camino, doctor Scott?



Era una voz familiar que atravesó como un filo dulce la madeja de su momentánea locura: la del capellán del batallón.



El padre Timothy O' Fallon nunca había formado parte del grupo de sus amigos; le preguntó casi con frialdad: —¿Qué le trae a usted por la niebla?



—¿Me ha seguido usted? —Sí, doctor Scott. —¿Para discutir en la niebla sobre teología? —No, doctor. Para preguntarle si iba usted a subir al transporte. También yo quería darle un vistazo.



Un momento después ambos pisaban el empedrado del muelle.



Al poco rato bebían su refresco, sonriendo, frente a frente. Una muchacha, muy jovencita, rubia, de armoniosa voz, cantaba frente al micrófono.



La cantante se llamaba Kay Storey. La aplaudieron mucho.



Esa fue la noche en que el padre Tim presentó a los jóvenes. Pero ella, que saludó graciosamente al doctor, ya le conocía: —Usted me atendió hace dos años en una clínica de un corte en el cuero cabelludo; un accidente.



—Y, claro, apenas puso atención en mí. Luego hablaron como viejos amigos. Ella también se embarcaba para Corea, aunque no tan pronto como su batallón.



Miró él los puros ojos verdes, y respondió sin amargura: —Abril en Seul, no es abril en París. Luego hablaron del padre Tim y reconocieron que acababa de *vincularlos*, pues ya se sentían amigos cordiales.



Los dos últimos días de Paul, en la ciudad, antes de partir a Corea, fueron casi felices. El padre Tim y Kay se encargaron de distraerlo; comieron juntos, oyeron música; hicieron proyectos para después de la guerra.



Y a Paul le dijo, a solas: —Es una magnífica muchacha, valerosa, pura. Esta noche, la última, iremos a oirla cantar. Canta para los soldados que se van. . . La melancolía apretó el corazón del médico al oir la canción.



¡Qué bonita y frágil parecía Kay en el escenario con su voz fresca! De pronto, un oficial alto que parecía ebrio.avanzó hacia el proscenio.



Los presentes dejaron oir un murmullo indignado. Kay retrocedió, tratando de hablar serenamente al hombre. Paul subió al escenario, y entonces allí sintió una punzada de cólera cuando reconoció al coronel Jasper Hardin, comandante de su regimiento; ahora bailaba frente a Kay.



Parecía querer dirigir la orquesta. El padre Tim había seguido a Paul. Trataba de calmarlo, explicándole que Hardin venía de comer y beber en el casino. Su borrachera le daba por subir al proscenio...





La violenta voz del coronel asustaba a sus soldados, pero a Paul lo irritó en esta ocasión; su codo golpeó con fuerza el diafragma del ebrio. Y este se desplomó pesadamente, mientras todo el salón aplaudía a Scott.



Bailaban los jóvenes cuando el coronel, esgrimiendo el saxófono arrebatado a la orquesta, se dirigió hacia ellos. Paul apenas tuvo tiempo de desviar a Kay. Antes de caer bajo el golpe brutal, vio el odio que ardía en los ojos del coronel Hardin.



Despertó bajo la mirada suavísima de Kay y la no menos tierna del padre Tim. Estaba en casa de la muchacha. Desayunaron juntos; era su último día. El padre explicó: —Hardin ha sido siempre postergado y es un resentido.



No hablaron de amor. Solamente sus ojos se dijeron muchas cosas. Y ella fue al muelle y levantó un cartel enorme donde se leía: "Llevando la antorcha a Saul. Feliz desembarco." Paul tenía el corazón apretado.



La colina 1044 era el lugar donde su fe en los compañeros sufrió su primera prueba. Seis meses ya que estaban en Corea. Las cartas aéreas de Kay no hablaban de amor, pero nunca le faltaban. Con ellas y con el padre Tim, Paul se sentía protegido. Si no, lo hubieran quebrantado los ataques, el odio de Hardin.



Hardin impedía su obra siempre que podía. Una tarde en que la compañía auxiliar había mandado un herido por explosión de una mina...



—Denegada la solicitud, capitán. Nuestra ruta de abastecimiento está nuevamente bajo el fuego enemigo. —El hombre herido era del ejército de las Naciones Unidas...—¿Puedo pedir un helicóptero, señor?



El coronel luchaba furiosamente para impedir que su médico —jefe actuara como cirujano. Se alegró de que no hubiera helicóptero disponible.





















Fue unos días más tarde cuando Paul supo que el padre Tim llevaba su libro de confesiones, donde anotaba todos los días cuánto pasaba por su alma. Era una dispensa concedida por su obispo para cuando no hubiera sacerdote disponible.
—Ahí escribo cuando he pecado o cuando me siento inclinado a ello.



Kay evolucinó hacia la luz, también gracias al sacerdote. Había sido criada en la fe evangelista. Pero aquel ejemplo vivo la convirtió. Un día llegó con su arte para los soldados de Seul. Cantaba "La muchacha de al lado", una canción que la hizo célebre: todos la llamaron desde entonces...



..."la muchacha de al lado". Los soldados la oían con lágrimas en los ojos agradecidos a la artista que descendía de los escenarios de Broadway a los sótanos de acantonamiento. Ellos olvidaban la muerte quizá próxima; todo el horror de aquella lucha contra los temibles amarillos.



Pocas semanas después, cuando estaba cantando en un campamento situado al norte de Seul, Paul, a quien había escrito, llegó a verla. Se miraron intensamente para abrazarse luego. Ella preguntó por el padre Tim.



Siguieron días felices. Luego Kay fue a cantar casi en las líneas de fuego. Pero pasaban parte del día juntos. En el frente se encontró con el padre Tim y él, como siempre, la habló de un fin redentor, del término de aquella inicua guerra.





Kay le habló del sentimiento que la unía a Paul, y el sacerdote sonrió con dulzura: —Yo les aproximé, querida, bien seguro de que se necesitaban. Tú no debías enturbiarte en el mundo del éxito y a él... a él lo salvé de la enfermedad de nuestro tiempo: la desesperación.



Esa noche, después que la joven cantara, se dejó oir de pronto una salva de artillería; la segunda andanada cayó más cerca. Paul vio lo mismo que el padre Tim, que la artista, como el coronel Hardin, salían del sitio.



La reunión quedó disuelta. Un suboficial acompañó a la joven hasta un cuarto de depósito para que pasara la noche. Paul y el padre Tim vinieron a buscarla a la mañana. Estaban desolados.



—He debido operar toda la noche. La colina está sitiada; ven con nosotros; hemos de subir corriendo. Esta es la cuarta vez que nos han sitiado. Lograron llegar y Kay fue conducida hasta el dispensario.



Vio operar a Paul toda la noche y se decidió a ayudarlo, alcanzándole lo necesario: gasas, vendas, agua, hilo. Se encontró con fuerzas para sostener las cabezas de los moribundos y dar de beber a los febriles.



También el padre Tim, con su estola y su libro de oraciones, iba de un lugar al otro reconfortando, arrodillándose junto a los heridos.



Pero ella estaba contenta de haberse quedado. Había intranquilidad creciente en la colina 1044, porque los soldados entendían que la situación era poco menos que insostenible ya. El coronel Hardin, en estado de envenenamiento alcoholico, no reaccionaba.

Paul le había aplicado inyecciones de café y anfetamina.

Algo más fuerte... lo mataría.



¡Llegan helicópteros para evacuar los heridos, gracias a Dios! Hardin dio la orden–ya más reanimado— de que todos debían retirarse.



Es un suicidio. El enemigo espera una *retirada* general.

Luego dijo amargamente al padre Tim: —Será mucho más fácil aniquilar al batallón al descubierto, que arrancarnos de los refugios de esta colina.

Y el coronel *debe saber* eso. Está incapacitado para resolver nada.



Se enfrentó con Hardin para decirle: —Usted está enfermo. No puede ordenar una retirada. —¿Está desautorizándome, Scott? La discusión, al abrigo del transporte, había sido breve, intensa. La presenciaron Kay y el padre Tim. Fue ella quien vio como el coronel esgrimía la pistola...



...con la culata hacia adelante, y golpeaba la base del cráneo del médico. Las columnas se pusieron en marcha, mientras Kay, llorando de rodillas, procuraba observar la herida. Paul abrió lo sojos: —Está loco ese Hardin.



El padre Tim se aproximó a su amigo para reconocerlo: —No debiste dar la espalda a un demente, Paul. En ese instante oyeron el fuego, imaginando el ataque del enemigo sobre las columnas que ahora se dispersarían en un desesperado esfuerzo por sobrevivir. ¡La obra de Hardin!



Sentados los tres en los escalones del refugio miraron los estrellas. El sacerdote rezaba y los novios no tardaron en imitarlo. Luego el padre, junto a la luz de una lámpara de petróleo, se inclinó sobre sus confesiones escribiendo sin cesar. —He fracasado con Hardin— lamentó en voz alta.



—¿Por qué, padre? —Debí intentar curarlo. Ruego a Dios para que no nos haga más daño aún. Kay había mirado con ternura lo que el sacerdote llamaba su libro de confesión. —Cuando venga mi arzobispo de San Francisco, si yo he muerto, dale este libro, querida Kay. ¿Me lo prometes?



—¡Oh, sí! —afirmó ella— pero no piense en volar al Cielo tan pronto que nos hace mucha falta en este mundo. Y el padre había sonreído suavemente mientras miraba la cima de la colina



Estremeciéndose ahora, Paul, recordó, apoyado en la ventana del presidio, el momento en que llegaron los amarillos para hacerlos prisioneros: hombres diminutos, gesticulantes, en uniforme azul grisáseo.



A los cuatro días, con el instinto malvado de su raza, entendieron cuál era el punto que debían aprovechar para una herida profunda inferida al médico: aislarlo de la joven Kay, del sacerdote amigo.




Pak, el coronel amarillo, fue quien trajo a Paul Scott aquellas palabras terribles para que las firmara: "Yo, el capitán Paul R. Scott, oficial médico en el ejército de los Estados Unidos, hago esta confesión por propia y libre voluntad y sin haber sufrido tortura ni coacción.


Confieso que he ayudado a preparar bombas conteniendo bacterias y otos agentes productores de enfermedades para ser arrojadas en aldeas indefensas y en ciudades de Corea del Norte. Hago esta confesión para que el mundo sepa como yo y mis compatriotas hemos usado métodos inhumanos..


..."de guerra contra el pueblo norcoreano y los voluntarios de la república del pueblo chino. Lamento por mi parte esta inhumana acción y declaro que el castigo que he recibido es justo. debido a mis crímenes.
Firmado: Capitán Paul R. Scott, del Cuerpo Médico del Ejército de los Estados Unidos."


Resistió las torturas peores: que le quemaran las plantas de los pies, que le privaran de agua y de alimentos, que lo encerraran en una habitación estrecha como un ataúd; resistió la despreciativa sonrisa del coronel Pak, instándole siempre a que firmase...


Luego, cuando hubiera podido repatriarse, el militar amarillo le vino a decir: —Su amigo, el capellán O'Fallon, está muriéndose.
Quiere verlo...


Kay estaba transparente, irreconocible; le dijo con extraña calma:
Pensé que no te vería más. ¿Por qué estoy detenida?
Pak te utiliza a ti y al padre Tim en un juego en mi contra.


Me han torturado, pero no lo harán más, podría morirme, y como médico les hago falta.


Entonces no firmes, Paul. El padre te dirá otro tanto.
Lo encontró en la posición de reposo que le recordó la de un cruzado en alguna tumba medieval: —Te agradezco que vinieras, Paul. —Usted sabe la razón por la cual se encuentra aquí lo mismo que Kay, ¿verdad?


—Al negarme a firmar una mentira y una traición no le ayudé, padre.
No cambies de idea. Déjanos aquí. Aquí también está Nuestro Señor.
Usted no sabe hasta qué punto son refinados en la crueldad.


—Me dijo que le olvidarán en sus estrechos encierros. —Mejor. Una violenta tos sacudió al sacerdote y su amigo preguntó, angustiado:
¿Cuánto tiempo *sobrevivirá aquí* con esa tos?
El que Dios quiera.


—A mí me hundieron una astilla de bambú entre la carne y la uña. He resistido, pero... quizá no pueda hacerlo al pensar que les abandono a usted y a Kay. —Reza, reza por favor, Paul; reza por todos nosotros.
Solo la fe es eterna.

Cuando vinieron a decirle que el padre Tim, unos días después estaba desangrándose en una hemotisis, cuando le dijeron que Kay estaba inconsciente con fiebre altísima, de epidemia, creyó enloquecer. Le permitieron cuidarlos, formaba parte de su sistema de torturas. —Te salvaré, querida, con la ayuda de Dios te salvaré... Y al sacerdote le dijo: —Usted está en manos del médico.





Exangüe, casi moribundo, el padre Tim le había rogado:—No te rindas al impío. Y los ojos de ella habían rogado, casi apagándose: ¡No firmes! Pero cuando Pak lo puso en la disyuntiva de dejarlos morir o enviarlos al hospital, firmó con letra temblorosa. Tiró el papel a Pak y se apresuró detrás de los camilleros que se llevaban a los moribundos.

Kay salvó milagrosamente, y el padre Tim consiguió una apariencia de vida, casi activa, engañosamente saludable por dos semanas. Luego murió. Paul se había confesado con él y obtuvo su perdón.



Y eso era todo. Pero el proceso estaba ya fijado y todo el mundo echaba sobre Paul olas de fango, ráfagas de odio, de desprecio. Sólo Hilary le daba ánimos, y ahora llegó para decirle: —Kay, declarará en el proceso.



Esa noche rezó invocando al padre Tim. Al día siguiente, entró al tribunal como si flotase. El fiscal dijo que no tenía ningún testigo.



Hubo un murmullo cuando entró el prelado. Hilary preguntó al testigo: — Ilustrísima, ¿quiere mostrar al tribunal el libro que trae? El Arzobispo levantó el libro para que todos los vieran.




Tengo en la mano este diario llamado por él "libro de confesiones" del capellán Timothy O'Fallon, ahora muerto. Paul lanzó un suspiro.–El padre Tim era un hombre muy devoto, ésta es una confesión que hizo mientras se hallaba de servicio en las líneas de fuego.


Eligió este método para quitarse el peso de sus pecados.–Yo soy, pues, su último confesor. La señorita Kay Storey puso en mis manos este libro hace un mes, apenas llegó aquí, repatriada, cumpliendo un pedido del muerto.


Cuando le pidieron que leyese lo concerniente al proceso, el arzobispo vaciló.–Tendría que leer sólo aquello que se relacionara con lo que allí se trataba: "Voy a morir, no tengo dudas. Paul ha insistido en quedarse conmigo mientas los otros se van al Sur. Paul sabe que yo no podría...


..."soportar el viaje. Temo por Paul; Hardin le odia y le perjudicará cuando le pidan informes sobre el médico de su batallón. Además sé que Paul ha firmado una "confesión" para que nos sacaran a Kay y a mí de las celdas solitarias. No hubiéramos durado mucho en esos calabozos..."


"Pido a Dios que mi arzobispo o quienquiera que reciba este cuaderno de confesiones, lo utilice para ayudar a Paul Scott, uno de los hombres más puros y más nobles que conocí en la vida"


Treinta minutos después, el tribunal había absuelto a Paul Scott. El abogado lo abrazó, comentando: —¡Qué inspiración la de Kay cuando solicitó el testimonio del señor Arzobispo! ¡Lo que puede el amor!


Paul Scott estaba a la entrada del Palacio de Justicia, libre para mirar al cielo azul, junto a Kay, que se prendió de su brazo, llorando de alegría.
Ya lo ves: el padre Tim ha concluído de unirnos. ¡Bendita sea su memoria!
FIN

RINCÓN ALEGRE



—Llevaré el desinfectante. Huele mucho mejor que el perfume.



—¡Ahora que nadie me ve, comeré algunas cositas!



—El doctor dijo que debía tomar vino con mis comidas, querida.



—Debo cambiar el precio del menú, señor. El pollo cuesta cien pesos.



—Y éste es el lugar donde debería estar el pescado que a Oscar se le escapó.

EL MUNDO ES UN PUENTE

POR CHRISTINE WESTON

ADAPTACIÓN · DIBUJOS DE GUTIERREZ

Anand, el pintor, había quebrantado las leyes hindúes cuando se dedicó a un arte que su religión prohibía, y luego, al casarse con Kiran, joven de casta superior, que debió renunciar a su familia y soportar el desprecio de quienes antes la admiraban y querían.



Pero el joven Anand, evolucionado, moderno, solía pensar y decir: "La vieja India de los ídolos de piedra está demasiado atrasada."





El pintor era pobre; daba lecciones a jóvenes pudientes para mantener el sencillo hogar. A veces, a escondidas de Kiran, digna y altiva, solicitaba ayuda económica de algún amigo, sobre todo de Firoze, que se había criado con Kiran.



Firoze, por su familia, pertenecía a los muslimes de la India: era hijo del Nawad Hamidullah y de la orgullosa begum Rasula, admiradora y discípula de Gandhi. La madre de Firoze actuó en política desde soltera.

Estuvo varias veces prisionera y en la cárcel murió su hijo Amhed, de quince años, a consecuencia de una pulmonía que no pudo ser bien curada. Pero ni por eso lloró la begum Rasula. Su marido, sí, y él fue quien decidió que Firoze, el hijo que les quedaba, se educase lejos, en casa del Ram Das, padre de Karin.



De aquellos días felices entre estudios y jardines, quedó para siempre la imagen de Kiran en el alma de Firoze. Pero ella se enamoró de Anand.





Aquella mañana, sentado en su mesa de trabajo, mientras oía hablar a su padres de la lucha que se iniciaba entre muslimes y hindúes, Firoze pensaba con dolor en lo que acababa de descubrir en uno de sus paseos por el campo: Anand mantenía entrevistas con Javni, la pastora.



El pretexto era, sin duda, tomar dibujos de la extraña muchacha oscura cuyas cabras pacían en torno, sobre la escarpa de un verde brillante. Javni tenía algo de hechicera: decíase que hablaba con los pájaros.

Su rostro no era hermoso, pero sí llamativo, interesante. Llevaba suelto el cabello negro, y largos pendientes de plata, pulsera de de cristal verde y una larga falda carmesí. Su perfil, sus hombros, sus manos, inspiraban bocetos al pintor, que tarde a tarde subía a la montaña para ver a Javni.





Era indudable que una especie de hechizo atraía a Anand. Aquella joven le parecía uno de esos ídolos tallados en la piedra a cuyos pies las gentes de la montaña depositaban caléndulas y encendidas "charags".

Había hecho innumerables esbozos de Javni a pluma y al lápiz, a veces al óleo, pero ella, riéndose, pedía ajorcas o dulces, y casi nunca posaba.

(¿Cómo pintaré a esta hechicera? Su retrato me haría célebre.)



El príncipe Vikran, amigo de Firoze y de su mujer, llegaría en esos días. Era inmensamente rico y aficionado a las artes.

(Me compraría el cuadro de Javni.)





A veces, como ahora, ayudaba a la pastora a conducir el rebaño a la choza y se sentía feliz, alegre. Era joven, bien parecido, inteligente, un talento artístico tal vez. Podría ser que llegara a la fortuna y la fama.



Cuando dejasen de gobernar los ingleses, el arte y la literatura florecerían, alcanzando su cima en aquella generación. De pronto, recordaba a la bella, a la serena Kiran. Era su mujer y él la quería con ternura.

Kiran honraba su hogar. ¿Habría alguien tan feliz como Anand, dueño de una noble mujer y de un amigo leal como Firoze?

Javni, los ingleses nos dejan por fin. ¿Sabes lo que significa?





Lo miró ella con sus ojos grandes que reflejaban el pasmo que se veía en los de sus cabras, y levantando una piedra la tiró contra un animal que se había desviado del rebaño: —Mis hermanos hablaron de eso.

Dicen que seremos libres; que no tendremos que pagar las cosas nunca más, que todo será gratis. Ni siquiera tendremos que dar rupias por el petróleo, el azúcar, ni la sal.



Anand sintió deseos de reír ante la opinión de la pastora. Nunca pudo enseñarla a leer ni a escribir ni a contar. Era una criatura del todo primitiva que le rogaba: —¿Me traerás la pulsera de cristal verde?



Y ahora Anand iba descendiendo solo por el camino de brillante hierba punteada con robles y alguno que otro pino. Era una senda que llegaba de pronto al cementerio musulmán. Ahí tropezó con Firoze.



El amigo lo tomó del brazo y continuaron descendiendo, en silencio. Anand percibía algo desconcertante en el mutismo de Firoze.



Y con amargura que procuraba ser irónica, agregó: —Mis alumnos musulmanes abandonan el taller; conoces mi futuro incierto, mis deudas y hasta la fiebre malaria que me atormenta por épocas. En virtud de todo ello...



Ahora pisaban camino llano, rumbo a la casita de Anand. Firoze dijo en voz lenta, grave: —Tienes todos esos factores negativos en tu vida, pero también tienes una perla de valor inestimable: Kiran.



Pareces olvidarlo, relegarla a ella que todo lo arrostró por ti. Ram Das, su noble padre, murió de pena cuando os casasteis.



Era un gran espíritu, amaba a su hija, creía en el amor, pero... sabía que las costumbres de la India tienen inflexible dureza. Sus amigos le volvieron la espalda; era un hombre que había escrito libros admirables.



Detestaba la política, pero amó la ciencia, el arte, la filosofía. Sabes que mis padres me enviaron a que me educase con él, y yo mismo lo veneré como un ser excepcional; honro su memoria y me creo obligado a decirte que estás portándote mal con su hija única,tú.



No me repliques ni te defiendas. En este pueblo hay ojos de linces detrás de las rocas, de las escarpas, en las revuelta de los caminos. Todos saben que persigues a Javni, la pastora, la hechicera, como la nombran...



Firoze perdió su mirada en el horizonte, mientras decía amargamente:



Anand parecía clavado al sendero, muy pálido; al fin balbuceó:



Y hace tiempo. Nada te dijo,¿verdad? Ella siempre fue así.



Llegaban a la casa. Kiran les salió al encuentro, envuelta en su sari color azul. Al verlos, aquellos ojos muy grandes y oscuros se humedecieron repentinamente, pero las lágrimas no brotaron.



"¿Qué hará con su llanto?" se preguntó Firoze admirándola con el fervor respetuoso que le había dedicado siempre, desde que la conocía cuando él era ya un joven casi formal y ella una niñita pensativa.


Avanzó hasta la joven para decir con tono que pretendió ser alegre: —Mis padres les invitan a ti y a Anand a una fiesta campestre que darán en honor del príncipe Vikran, que mañana llega aquí.


Apenas tengo otro "sari" confesó la joven, mirando al amigo.
Sabes que las fiestas de mi padre no guardan etiqueta.


Vendré a buscarlos a ambos mañana. Y ahora, me marcho. Tengo que trabajar. En realidad no quería entrar en aquella casa poco menos que pobre donde vivía la joven que él conociera entre marfiles y piedras ricas.


Todo lo había perdido por amor. Y estuvo bien que así fuera, pues el amor vale más que todo el oro del mundo... Pero, ¿fue amor el de Anand, ahora encaprichado con una criatura vulgar?


El mundo era muy extraño, en verdad. Firoze, de raza musulmana, educado en ese credo y nacido en la vieja india, era cristiano en su alma. Para él, desde que abrevara en el agua fresca de los Evangelios, este mundo era como un puente que conducía a la existencia verdadera, sobrenatural.


Esa fe le había dado valor para ver a su única amada en brazos de otro hombre; y bien pronto lo escudaría contra la lucha terrible que estaba fraguándose entre musulmanes e hindúes que atentaban contra sí mismos.


A la mañana siguiente fue a buscar a los amigos,como prometiera. Kiran,más bella que nunca en su simple tocado blanco, parecía triste.
Anand salió como todas las mañanas... No regresa. Esperaremos...


Esperaron en silencio luego que ella trajo un refresco para los dos. Hablaba sin cesar del tiempo, de las noticias políticas, del paisaje, hasta de la vida pasada de ambos, en su niñez y adolescencia junto al Ram Das.


Pero eludía lo muy triste: que su amigo se refiriese a la espina terrible que la destrozaba íntimamente: la infidelidad, el desamor de Anand. Si piensas que yo, nada menos que yo, voy a hacerte sufrir...
¡Qué poco me conoces!


Pasaba el tiempo, y al cabo ,ella se puso de pie con un esfuerzo, balbuceando:-Vamos, Firoze, Anand irá sin duda por otro camino.
Vamos, Kiran.


Ella iba seria, pensando en Agra, el querido pueblo de sus recuerdos, los campos de Mostaza, el templo pintado de azul y de oro; el río Jumna. Ahí llegó Anand con sus colores y sus lienzos. El padre fue gentil con el artista, pero a sus amigos no les agradó en absoluto.


Los sacerdotes criticaron acerbamente su modo de proceder. También a su tiempo criticaron a Ram Das por ser fiel a los ingleses. Kiran lo comprendía ahora: su padre no había nacido para político.


Sonrió con tristeza en su soliloquio que Firoze respetaba con profundo silencio y dijo en alta voz: —Anand no ha nacido para vivir como...
...todos nosotros. ¿No te parece, Firoze?


Creo que ha de adaptarse porque... te tiene a ti.
Ya llegamos; mira, ahí está la gente.


El lugar escogido para la fiesta era una extensión de tierra llana, cubierta de césped, bajo los árboles. Habían extendido un enorme mantel y colocado alfombrillas, almohadones, asientos de seda y pluma.


Los criados servían silenciosos; esperaban en cuclillas a distancia de sus amos. el momento de escanciar las copas y servir los manjares.
Mira, Firoze, ahí está mi marido con el príncipe Vikram de Khatakupur.


La joven esposa recibió feliz la sonrisa de Anand, aliviada al verlo feliz. El nawab Hamidullah, padre de Firoze, salió al encuentro. de Kiran con cariño, lo mismo que la begum Rasula, su mujer.


También a los dos ancianos les hubiera gustado mucho que las cosas hubiesen sucedido de modo distinto, que esa linda y noble joven fuera la compañera de su Firoze.


Las dos señoritas americanas invitadas a las fiesta admiraron la belleza de bronce de Kiran.
Parece la figura de un cuadro de leyenda.


Uno de los invitados comentó al oído de su amigo:
Pero su esposo busca modelos vulgares.


La historia de la pastora Javni se conocía en los contornos. Kiran, con su sentido agudo a la realidad, leía compasión en casi todas las miradas, y reprobación en los ojos de los ancianos que parecían acusarla.
Este es el fruto de haberte casado fuera de tu casta.

Atento a aquellas miradas, el noble Firoze, a quien el príncipe Vikram mantenía cerca en vivo diálogo, pensaba: —¡Ojalá no se acobarde, pobrecita!

He de formularte una propuesta, querido Firoze.



—Usted dirá, Alteza. Vikran sonrió—. ¿Sabes que mi madre, la princesa Komala, es muy amiga de la tuya, pese a la diferencia de edades?

Vengo en su nombre, aconsejado por ella, a proponerte que seas...



..."mi primer ministro en Khatakupur."

Yo... escribo libros; ¡nada sé de política!



Vikran tocó el hombro de su amigo con la mano morena centellante de sortijas. En mi reino, Firoze, quien entiende de política es mi madre.

Acaba de descubrir que el primer ministro ha venido robándonos...



Por otra parte, ya entregué en mano propia la carta que ella envió a Rasula, tu madre. Se entienden bien, se quieren; son dos mujeres de lucha, de las que produce la nueva India.



La begum Rasula sonrió al príncipe y a Firoze, desde lejos, mientras éste se decía: "Mi madre parece aprobar esta propuesta. Quizá deberé aceptar. Pero, ¿a qué viene este ofrecimiento magnífico, inesperado?"



Anand se acercó a Firoze cuando el príncipe, rodeado de gente, debió alejarse un rato. —Espero que no estarás enfadado, ¿verdad? Oye, Firoze, algo quisiera pedirte. Vikran parece apreciarte.

¿Por qué no le hablas de mí y le sugieres que pinte su retrato?



Ante esas palabras, la mente de Firoze trabajando activamente se iluminó con un propósito claro, neto: —Aquí está la salvación para la paz y la dicha íntima de la pobre Kiran. Influiré a fin de que el príncipe...



..."invite a este matrimonio a Khatakupur. Anand dejará a esa bruja pastora y en un ambiente cómodo, se dedicará a su mujer y a su arte."

El príncipe se dirige otra vez hacia ti. No olvides lo que te dije.



Esa noche la begum Rasula y su marido conversaron con Firoze. Sí, le convenía ir al estado de Vikran como primer ministro. Aquello era un indudable golpe político de Komala.




Firoze era musulmán y aquel estado hindú tendría la prueba y el ejemplo de que no existía tal división cual la que estaba pretendiéndose crear en la India como un castigo que amenzaba desangrarla.


Firoze aceptó el cargo pensando más en lo que podía hacer por sus amigos y por sus compatriotas que por sí mismo. El necesitaba pocas cosas: Sus libros, sus relaciones; sobre todo su oculta fe cristiana...


En cuanto a su dicha terrestre, esa no contaba, porque hubiera sido Kiran y ésta era esposa de Anand.
Estamos casi sobre la partida, Firoze, y Anand no viene.


Procuró desviar la inquietud de la joven esposa. Pero sabía que Anand estaba despidiéndose de Javni, en la montaña, y que le había llevado unos pendientes y unas ajorcas de plata y una caja de dulces.


Bien, ya no volvería a verla. Sabía por experiencia que la vida en el palacio de Vikran envolvería de otro modo a Anand, para siempre libre de la hechicera. Y tranquilizó a Kiran: —Mira, ahí viene.


Los huéspedes del príncipe Vikran llevaban ya más de una semana en Khatakupur cuando fueron recibidos en audiencia por la Rani Komala. Les pasmó la esbeltez y la hermosura de aquella mujer que tenía un hijo casi de la edad de Firoze. Vikran aclaró más tarde:


—Mi madre se casó a los trece años y yo nací cuando ella tenía catorce. Además la vida dinámica y ordenada la preserva de la huella de los años. Tiene una personalidad sutil, dominante, encantadora como su rostro...


Firoze se sobresaltó al ver a la Rani Komala, recordando una tarde lejanísima cuando él era un niño y la vio en el jardín de sus padres. Le había parecido una fuente de seda azul, tan fina y tan inmóvil en su sari color de cielo contra un cielo pálido.


Entonces él era un niño de diez años. Ahora contaba treinta. Komala le llevaba quince años. Pero ¡semejaba una muchacha!
Le saludo, Nawab Firoze, primer ministro del reino!


Sonreía pequeña, delicada, y aquel gesto la volvía muy joven. Kiran y Anand quedaron cautivados por la Rani Komala.
Es una mujer fascinadora.


"¡Ojalá pudiese pintar su retrato!" suspiró Anand, siempre pendiente de sus deseos egoístas.
Tengo audiencia con la princesa Komala.


Ella fue terminante, clara: —Tu madre, la noble Rasula, te habrá dicho, Firoze, que mi propósito al traerte aquí, es político. Mi hijo tiene enemigos, pero deseo que su reinado sea pacífico y justo, sin divisiones.


—En realidad te ayudaré a resolver los problemas que desconoces. Tu puesto es un símbolo: eres un muslime hindú en un estado también hindú.


—Lo cual significa que entre nosotros no habrá represalias ni luchas. Firoze no se atrevió a decir lo que pensaba: "El fanatismo arde ya en diversos puntos de nuestro país; no tardará en traer aquí sus antorchas."
Haré lo que pueda por tan noble causa, princesa.


Anand, pendiente de una vida muelle, entregado a sus sueños y a sus pinceles, servido por numerosos domésticos, apenas pensaba en Kiran. La envidia, asimismo, le roía el corazón ante el sitio de privilegio que gozaba el amigo. ¿Acaso no era él un artista que merecía todo?


La facción del primer ministro depuesto no tardó en integrar cerca de Anand, desprestigiando a Firoze. Esta gente ruin procuraba atizar el hecho de que Firoze era muslime como un factor de negación.


Anand conocía a la begum Rasula, ¿verdad? ¿Y al Nawab Hamidullah?
¿Musulmanes siempre metidos en política?
Siempre. Han estado presos varias veces...


La intuición siempre despierta de Firoze vio aquella actitud enemiga. Por otra parte, estaba decepcionado del príncipe Vikran, que preparaba temeroso la huida, ante la posibilidad de un complot.


Su piloto americano, Pipp, recibió órdenes de venir a vivir al palacio. Pipp propuso que se allanase un campo de aterrizaje próximo, en el parque mismo. Entonces Vikran no vaciló en sacrificar un árbol secular, cuyo tronco enorme estorbaba aquel propósito.


Era una actitud impolítica, algo que enardeció a los sacerdotes, a los fanáticos. Bajo aquel árbol habían pensado los antepasados de Vikran. Y ¡él lo cortaba! Hasta la Rani Komala dijo a Firoze, melancólicamente:
Mi hijo es un cobarde. Lucho para que se sostenga, Firoze.


Durante una partida de caza de antílopes, sucedió algo muy grave. Vikran, Firoze, Anand y otros personajes salieron con el alba. Había niebla. Iban en "jeep". De pronto surgió una muchedumbre en el camino.


Firoze ordenó:—Paremos, esconded las armas. Luego gritó:
¿Qué queréis, hermanos?


—Sahib —dijo uno de aquellos hombres— cuando vuelvas a la ciudad intercede por nosotros. Nuestro pueblo fue quemado por los hindúes de las revueltas. Tenemos que vivir entre ruinas, aquí junto a los dioses indios.


—Hablad con vuestro maharajá—dijo Firoze—, es justo y bueno.
¡No podríamos llegar a él!
Aquí está. Habladles, príncipe Vikran.


—No puedo —fue la respuesta ahogada—. Uno de los hombres enfocó la linterna hacia el rostro de Vikran, y entonces él dijo: —Es cierto; soy vuestro maharajá y me aflije vuestra desgracia. Haré reconstruir vuestros hogares y que se os devuelvan vuestros ganados.


Se apagó la linterna y todos aquellos pobres miserables cayeron de rodillas con la frente en el polvo, luego levantaron los brazos agradeciendo. Se siguió el camino. Vikran oprimió la mano de Firoze.


—Tu actitud ha sido la justa. Mereces estar donde estás. Entonces Anand se revolvió, furioso: —Esos muslimes eran todos asesinos.
No. Eran gentes desventuradas sin pan y sin esperanza.


Anand replicó, despreciativo: —Hablas por boca de tu raza. Y has puesto nuestras vidas en peligro. —No, Anand —fue la serena respuesta. El piloto americano, agregó, con voz trémula: —Firoze hizo lo mejor...
...que podía hacerse. Tiene mucho valor y mucho espíritu.


Fue en el transcurso de la cacería cuando alguien que no pudo ser identificado ni hallado, disparó contra el príncipe Vikran. Le salvó el hecho de estar junto a un árbol que echaba sombra sobre él.


La cacería se interrumpió. El príncipe iba angustiado: —¿Por qué desean mi muerte? ¿Qué les he hecho yo?
La vida es algo inexplicable, señor.


Para su alma, Firoze iba pensando: "Necesito dejar todo ésto, marcharme lejos a un sitio donde pueda inclinarme sobre la luz de los Evangelios y olvidar la injusta lucha que divide a mi patria."


¿Qué puede hacerse? Es un país de fanáticos y de hambrientos. ¡Profesan una fe que separa, que divide; cuán distinta a la cristiana!

La rani Komala felicitó a Firoze por su comportamiento en el "jeep". —¡Cuánto hubiese deseado que mi hijo fuera como tú! Pero sólo piensa en huir de su Estado. He leído los periódicos. Las luchas entre muslimes e hindúes ensangrientan la tierra. ¿Qué haremos?



—La tierra no es importante, princesa —respondió Firoze. —No lo es tanto como se cree; apenas se trata de un puente.





—Es verdad, y de la mejor manera. No dijo lo que pensaba: "Yo aspiro a pasarlo de rodillas." Pero agregó, en alta voz: —Princesa, quiero marcharme. Lo siento de verdad. Mi gestión no prosperará. Debo proteger a mi madre que fundó una escuela en Lahore. Esa ciudad está siendo arrasada por los hindúes. Tengo que proteger a mi madre, a mi padre...

Ella lo miró con profunda ternura: —¡Dichosos los que puedan llamarte hijo, Firoze! Haz lo que quieras, lo que debas.



Se inclinaba él ante la princesa cuando un guardia, visiblemente turbado, penetró en la estancia real, con desusada falta de disciplina. El capitán hizo una reverencia ante la rani Komala:



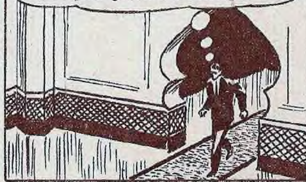
Komala se apoyó en el brazo de Firoze, palidísima.



—Se supone que quisieron matar al señor ministro. La estancia estaba con las cortinas corridas; adivinaron más que vieron al señor Anand.



Firoze corrió a las habitaciones de Kiran. Mientras iba a través de los largos corredores y estancias del palacio, se reprochaba amargamente:



Procuró hacer luz en su conciencia con la nobleza que le era propia. ¿Acaso no se engañó... y lo que deseaba era tener cerca a Kiran, la única amada de su vida? En tal caso, ¡qué mal procedió...!



Digna, aunque desesperada en su expresión, le recibió Kiran. Ahora sólo a él tenía en el mundo, su hermano, ¡su compañero de la infancia! Se arrojó en sus brazos: —Calma, querida, calma. Esta misma noche regresamos.



Kiran sollozaba: —¡Si tú pudieras saber, si supieras, Firoze!... Te lo diré... Anand se había vuelto nuestro enemigo; el fanatismo lo turbó. ¿Sabes desde cuándo? Desde que hace unos días supo que los musulmanes habían muerto a... aquella pastora en el cementerio donde ella...



—Y entonces él vio en mí a una enemiga y en tu política —porque eres muslim— una traición.—Me dijo hace una hora apenas, que se dirigía a tu despacho para "desenmascararte"... ¡Pobre Anand! Una torpe ilusión oscureció...





El avión del príncipe Vikran fue el medio de transporte en que Firoze y Kiran abandonaron Khatakupur. Kiran, con los ojos empañados, miró hacia el lugar junto al río y bajo las palmeras donde el cuerpo de Anand fuera incinerado. Aquella noche iban a ajusticiar a su asesino.

Era un hindú de Lahore que apareció como vendedor de flores en el palacio. Venía dispuesto —como parte de un plan— a asesinar en su despacho al primer ministro Firoze. En su apresuramiento lo confundió con Anand que había ido a increpar a su amigo, mientras éste conversaba con la rani Komala.



—Cuida bien a Firoze, pequeña Kiran—dijo la rani Komala. Y ella contestó: —Si las gentes de mi raza nos preguntan, diré que Firoze es hindú.



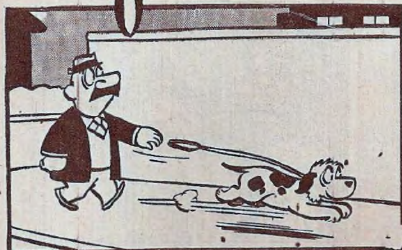
Una sonrisa iluminó el hermoso rostro de la princesa; sus ojos inteligentes percibieron el rubor de la joven viuda y la palidez de Firoze.

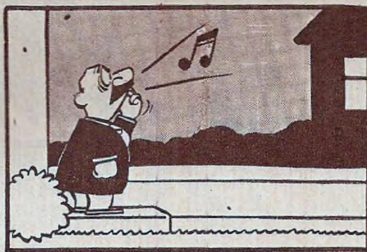


—¿Estás asustada, Kiran?
—Sí, un poco.
—Haz de cuenta —dijo él— que debemos atravesar un puente entre dos peligros. Pero al final está la paz. Iremos de la mano como en nuestros días puros, y Dios nos acompañará...

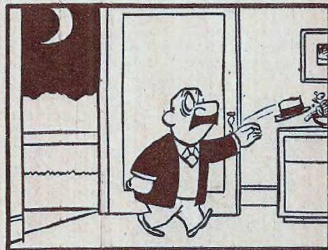


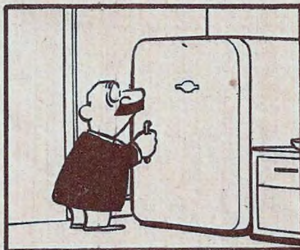
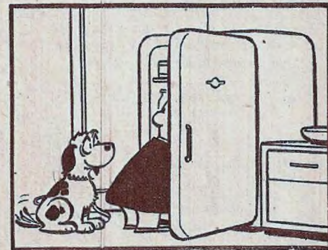
Juan CEPILLO







SI PUDIÉRAMOS AMARNOS

Por F. LIERING
ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE DAVID COOPER

Un film presentado por "IMPERIAL" con Johanna Matz y Gerhard Riedmann en los roles centrales.

Nurtingen es uno de los sitios más pintorescos de Alemania, con sus campos de mil flores en primavera, y sus montañas cercanas. . .



Rolf Hudetz había vuelto a su pueblo natal. Entraba en la madurez dejando tras de sí años muy crueles..



A los diez y nueve años marchó con su batallón a Rusia. Era en las semanas del retroceso. Dolor, muerte por doquier...



...y luego la tan resistida capitulación.



De aspecto agradable —alto, rubio, ojos azules— Rolf Hudetz creyó haber pasado *por lo menos diez cumpleaños* en la amarga estepa. . .



Cayó prisionero. Y después, mayores penurias.. La revancha roja...



Todos los cautiverios son terribles, pero el del joven Hudetz fue espantoso. ¡Y yo recordaría siempre, siempre...!



En Nurtingen le esperaba su anciana madre. . .



También había una ventana siempre abierta hacia el camino en lo de Heidi Heyer. Era la novia...



Pasaron muchos años. Un día, Rolf fue devuelto... pero a Alemania Oriental y como preso. ¡Preso en su propio suelo alemán!



Estuvo en dos intentos de evasión al sitio libre. Vio morir a varios amigos de cautiverio. El escapó por milagro...



Pero cuando tuvo su tan ansiada oportunidad...



Se arrojó sobre la tierra anhelada y la besó apasionadamente.



Al llegar a Nurtingen...



El hombre sintió que gruesas lágrimas escapaban de sus ojos.



Muchos otros habían muerto en el pueblo...



Rolf encontró a jóvenes que eran muy criaturas cuando él marchó a la guerra. Esos jóvenes ya no lo conocían...



Reparó en las hebras blancas recién asomadas en la cabellera de Heidi, la otrora fresca y alegre jovencita; su novia...



Ella se refugió en los fuertes brazos de él, como en la adolescencia. Y también Heidi pensó.



En efecto; algunas había en el rostro agradable de Rolf. Pero en general su aspecto era excelente. Caminaron por el pueblo...



La señora Bedmann ya no existía. Solamente su esposo...




... y la señorita Anna Bedmann.
¡No me digas que tú eres Anna! ¡La diminuta Anna!


Anna Bedmann se había vuelto una joven de rara belleza. .
¡Lo saludo encantada, señor Hudetz!


El tabernero Mark Bedmonn soltó la risa...
¡Lo saludas como si fuera un almidonado embajador! ¡Dale un beso, Anna! ¡Es nuestro amigo Rolf!


Heidi Heyer intervino rápidamente...
—¡Aún tenemos que ver a mucha gente, Rolf.¿Vamos, querido?
¡Los inconvenientes de faltar cierto tiempo ¿eh, Mark?


Rolf no lo notó; pero sí lo notó Heidi..
(¡Esa pilla de Anna quería besarlo a Rolf! ¡Pilla! ¡Pilla!)


Heidi Heyer exageraba. Si bien es cierto que Anna había saludado a Rolf con su mejor sonrisa, Heidi escuchó "la voz de sus nervios" y se amargó anticipadamente...
(¡Anna y su insolente belleza!)


Ese mismo día, Rolf pidió a la Dirección de Ferrocarriles el puesto que fuera de su padre; empleado en la estación Nurtingen.
¿Si consigues ese puesto nos casamos en seguida, Rolf?


Le contestaron rápidamente...
(¡Oh, es más de lo que yo pensaba!)


El jefe de la estación ferroviaria dejaba la empresa. Y los directivos de la misma conocían muy bien a los Hudetz...
Demasiada suerte, ¿verdad, Heidi? ¡Jefe de estación!


Pasaron las semanas. Heidi insistía en el casamiento...
Quiero afirmarme más en mi trabajo. Luego...


Un día, Heidi hizo a Rolf una escena violenta y se marchó...
(¡Ya no es más la dulce muchacha de antes! ¡Y necesito tanto de una paz auténtica y duradera!)


Un anciano de penetratante mirada gris se acercó a Rolf...
—¿Qué sucede? ¿Puedo ayudarte en algo, hijo?
¡Posiblemente! ¡Usted que es un hombre de experiencia. . .!


El barón Von Deek realizaba todas las mañanas su largo paseo "deportivo". Iba a cumplir ochenta años..
¡Me enorgullezco de su amistad, señor barón!


Clive Von Deek había perdido dos hijos en Rusia...
Hasta 1943 la suerte quiso favorecerme. Pero de pronto... ¡Primero fue mi pequeño Oskar!


—Dos semanas más tarde caía para siempre Leopoldo.
¡Oh, sí! ¡Lo recuerdo perfectamente! ¡El coronel Von Deek!


Los dos hombres se hacían daño hablando de la guerra...
Es mejor poner punto final, con dos buenos vasos de cerveza. ¿No lo crees así, hijito?


En la taberna de los Bedmann —cinco generaciones de taberneros— Rolf contó sus cuitas al astuto y agradable barón...
¡Las mujeres tendrían que nacer sin nervios! ¡Qué felicidad para los hombres... que no sean nerviosos!


Anna les alcanzaba los vasos rebosantes de deliciosa cerveza. Y muchas veces reía con ellos ante las frases del barón...


Heidi Heyer procuró encontrarse con Rolf...
Discúlpame. ¡Tienes que disculpar a una enferma!
¿Enferma...?


¡Y más de lo que suponía! Lo del corazón, especialmente...
(¡Tretas de Heidi! ¡Cada día la conozco más!)


Rolf Hudetz quedó efectivo en su puesto y le adjudicaron vivienda en la misma estación ferroviaria.
¡Lo felicito y le deseo un gran progreso, Hudetz!


Los inspectores ferroviarios pasaban magníficos informes del activo jefe de estación. El pueblo lo miraba con simpatía...
¡Buenas tardes, Rolf! ¿No viene más por el negocio?
¡El señor barón está por unas semanas en Berlín...!

"¿De manera que solamente por el señor barón va usted a lo de los Bedmann?", dijo Anna con su ancha sonrisa de siempre.



Rolf acompañó a Anna hasta el domicilio de la joven...



Anna hablaba, hablaba... y Rolf la escuchaba con agrado.

—No faltará a la fiesta aniversario, ¿verdad? ¡Yo le ordeno que venga, señor Hudetz!



La gente murmuraba el paso de la pareja...



¡Pobre de la *anciana* Heidi! ¡Si Anna Bedmann se lo propone...! ¡Y tiene novio!

Día por medio venía José Ferdl del vecino pueblo de Reutlingen. Y se pasaba la tarde hablando de sus ganancias con la carnicería.



Anna lo atendía a medias; finalmente lo acompañaba hasta la estación ferroviaria. José Ferdl tomaba el tren de las 20.53...



Anna reía y se tapaba los oídos mientras el tren se marchaba. Después se quedaba en un rincón del andén... mirando a Rolf.



Algunas veces Heidi Heyer solía pasar por la estación trayéndole alguna cosa rica al novio. Generalmente torta de frutillas. Rolf le escuchaba hablar sobre su *serie de enfermedades*...



Heidi buscaba en las pupilas de Rolf la razón para sus torturas.



Rolf la acariciaba realmente conmovido...



¡Era el mayor regalo que podía hacerle a la pobre Heidi!



Mientras Rolf acariciaba a Heidi Heyer, Anna los observaba...




En la fiesta aniversario de Nurtingen, Rolf bailó con Heidi hasta que Anna los separó en determinado baile...
¡Me corresponde, señor Hudetz, porque lo elegí a usted ante el jurado!


Heidi Heyer se apartó con la furia pintada en el rostro. A punto estuvo de cachetear a la inoportuna jovencita...
(¡Siempre insultando con su belleza! ¡Con su juventud!)


Ese baile sellaría los destinos de cuatro personas: Rolf, Heidi, Anna y José. Terminado el mismo, Rolf acompañó a Heidi...
¡Heidi! ¿Qué ocurre, qu


¡Querida! ¡Mientes! ¡Te he visto! ¡Los he visto!


No pudo continuar con los fantasmas que creaba su dolencia...
¡Heidi! ¡Heidi! ¡Eh, taxi! ¡Taxi!


Luego, en lo del doctor Haker...
¿De manera que usted ignoraba todo ésto, señor Hudetz?


¡No supuse que su salud...!


Si no abandona su propensión a la amargura, a los disgustos, puede terminar mal. ¡Esa es la verdad!
(¡La verdad!)


Rolf sintió en su conciencia el nuevo cargo. Y lo acusó con intenso pesar. Pero esa noche, exactamente a las 20.53...
(El tren para Reutlingen. ¡Anna!)


Como de costumbre, Anna despedía "al carnicero"...
Tú sabes que yo... que necesitaría hablar contigo y...


¡Hablas conmigo día por medio! ¡Hasta la otra, José!


El tren se alejó. La gente dejó muy solitaria a la estación. Anna desvió sus pupilas hacia la oficina del jefe. En ella, Rolf tenía entre sus manos una rosa roja. Y un papel que únicamente decía: "Anna"...


El hombre seguía unido al perfume de la rosa...
(¡Te olvidas de las señales para el tren de las 21.08!)


Cumplido el trabajo con las señales, Rolf salió de su oficina...
¡Buenas noches! ¡Son rosas de papá, pero él no se enojará!


¡Anna! ¡Vuelva a su casa! ¡Esto es imposible! ¡Váyase!


¡Nunca como durante ese día él sintió remordimientos...!
¡No soy hipócrita! ¡Lo quiero, Rolf! ¡Jamás podría querer a nadie! ¡Sólo a usted!


Hubo un largo silencio. Rolf miraba hacia los rieles; el expreso de las 21.08 iba a pasar. Se detendría cinco minutos más allá del gran puente. Y luego proseguía su marcha...
¡No me iré hasta tener su respuesta, señor Hudetz!


El expreso pasó, y en ese momento Rolf gritó a la muchacha con todos sus pulmones: "¡También te quiero, Anna! ¡Te quiero desesperadamente! ¡Pero es mejor que no te vea más!"


El ruido inmenso del tren cesó. Anna murmuró:
¿Por qué no repites lo hermoso que me dijiste, Rolf?


El tren ha pasado...


Anna sonrió, con una gran esperanza reflejada en los ojos....
Otros trenes habrá, Rolf. Mañana, pasado mañana, siempre...


Rolf no lo pudo evitar. La abrazó y besó, todo en un instante. Alguien los vio...
(¡La otra lo sabrá! ¡Y hoy mismo!)

Heidi leyó la infame esquela horas después. La sirvienta se la entregó en el lecho de la enferma...



Era injusta con Rolf, un hombre que había sido su fiel prometido por años enteros. Luego, la enfermedad de Heidi fue un tormento para los dos La vida se encargaría más tarde de agregar a Anna Bedmann en ese triste juego de los corazones...



Esa noche Anna no apareció por la estación ferroviaria...



Al día siguiente, Heidi no pudo levantarse de la cama...



Rolf visitaba a Heidi sintiéndola "como a una gran amiga en peligro de muerte". Y se desvivía por ella: la gran amiga...





Rolf volvió a la estación. Había procurado no encontrarse con Anna. Pero Anna le había dejado una nueva rosa. El hombre la destrozó en un arranque temperamental, pero finalmente guardó los pétalos en la última hoja del libro de "Partes Diarios".

Al día siguiente, José Ferdl logró decir todo lo que guardaba en su alma. Fue al promediar la tarde, y el señor Mark lo celebró.



Anna no había abierto la boca, y cuando los dos hombres bebieron su octava copa de cerveza, corrió a encerrarse en su cuarto. Tras llorar largamente, abrió un cajón del armario...



...y extrajo unos prismáticos. Enfocó a la distancia. Los cristales le devolvieron la amada imagen de Rolf...



Y cuando José tomó su tren para Reutlingen, Anna y Rolf se abrazaron, vencidos por el cariño que les quitaba de la faz de la tierra. Así estuvieron largos minutos...



...y los ojos enrojecidos de Heidi vieron la escena.



Un tren avanzaba rápidamente. El expreso de las 21.08. Pasó por la estación de Nurtingen a gran velocidad. ¡Rolf no había puesto las señales! En ese momento pavoroso lo comprendió...




¡Chocarán con el carguero... en el puente! ¡No lo hice detener! ¡Soy un... asesino!


Anna dio un grito de terror cuando Rolf se largó a correr por el andén, mientras el expreso dejaba su huracán de tierra, yendo directamente al desastre... Instantes después, el suceso.
¡Es monstruoso! ¡Por mi culpa! ¡Es mi ruina, Dios mío!


Heidi Heyer tuvo que aferrarse a una de las columnas del andén para no caer sin sentidos. Ella lo presenció todo... todo.


Minutos más tarde llegaban los auxilios desde Stuttgart. Llegaban ambulancias, policías, inspectores del ferrocarril...
¡Hudetz! ¡Tan luego a usted sucederle esta desgracia!


Yo hice lo que debía hacer. Puse la señal. El maquinista...


"El maquinista ha fallecido", dijo el médico. Todas las miradas se clavaron en Rolf Hudetz que contestó: "Lo siento. Yo cumplí con mi deber. El maquinista no vio las señales..."


¿Puedo conversar con usted, señor Hudetz?


La convulsión provocada por el desastre que causara cuatro muertos y más de treinta heridos, llevó a todo Nurtingen y alrededores al sitio del choque. La policía luchó con los curiosos...
¡Quite de ahí a ese niño, señora! ¿Le parece agradable el espectáculo?


No muy lejos del lugar de las investigaciones, dos mujeres sufrían al igual que el jefe de la estación complicado en el desastre. Heidi, a solas con sus pensamientos...
(¡Si él fuera detenido lo llevarían a Stuttgardt... y yo estaría con él, lejos de este pueblo que odio!)


La investigación se paralizó por falta de pruebas. Hudetz se afirmó en su primera declaración. La muerte del maquinista le favorecía. Su conciencia le reprochaba, pero su deseo de libertad...
(¿Otra vez entre rejas? ¿Y en mi propia tierra? ¡No! ¡No!)


Los horrores del martirio en manos de los comunistas volvió a él cuando el inspector de policía le dijo: "Voy a arrestarlo. Una mujer declaró contra usted, Hudetz. Asegura que usted no colocó las señales". A pocos pasos de allí, Heidi Heyer se desvanecía...
(¡Ella... me envía a la cárcel!)

Anna escuchó el rumor: "La Heyer hundió a su novio", y con desesperación pidió hablar con el policía...

¡Esa mujer miente! ¡Yo estaba con Rolf Hudetz cuando puso las señales !¡El maquinista no las vio!

¿La señorita era quien le traía las rosas rojas?

El astuto policía supo hallar los pétalos en el libro de "Partes Diarios", y ahora que la incógnita se develó...

Agradezca al señor Hudetz, pues él no la nombró en ningún momento, señorita Bedmann...

Rolf fue trasladado a Stuttgart, pero horas más tarde volvía a suavizarse su situación. Heidi Heyer moría en la clínica del doctor Haker a consecuencia de una crisis cardíaca. Y el médico en su informe referíase extensamente al estado de salud de la mujer.

El informe corría en ayuda de Rolf Hudetz.

¡Tendremos que soltarlo! La falta de testigos en pleno goce de sus facultades mentales...

...la muerte del maquinista, y la declaración de la señorita Anna Bedmann...

...nos llevan a tener que abrir la puerta de esa celda. ¡Pónganlo en libertad!

Pero Rolf Hudetz era demasiado honesto, demasiado hombre como para aceptar ese opaco juego de la fortuna. Anna lo aguardaba. La abrazó con intensa emoción y le dijo al oído:

Tengo mucho que hablar contigo, amor mío. Quieres un esposo feliz, ¿verdad? ¿Verdaderamente feliz?

Ella lo siguió hasta una plaza desbordante de plantas y flores.

El remordimiento me hace sufrir enormemente, Anna ¡Estallará mi cabeza! ¡Soy culpable!

Algunas personas miraban hacia ellos y cuchicheaban...

¡Pasará, Rolf! ¡Nos casaremos y...!

¡No! ¡Sería como un nauseabundo suicidio! ¡Te quiero, Anna! ¡Por eso voy a entregarme a la policía!

En su corazón, él deseaba solamente una cosa. Que Anna volviera a Nurtingen para casarse con José Ferdl..

(¡No merezco otro destino! ¡Fui un perverso con Heidi!)

Anna lo escuchó durante muchos dramáticos minutos. Luego...

Te esperaré toda una vida, Rolf. ¡Es a ti a quien amo!

Los brazos del hombre apretaron fuertemente a la muchacha que en contadas horas había dado el gran salto hacia la madurez. Anna ya no sonreía.

¡Era toda una mujer de verdad!

¡Nada nos separará, querida Anna!

La tomó del brazo y la llevó hasta una silenciosa capilla...

(Yo necesito que Tú la guardes con todo tu amor, Señor)

Sonrientes ambos, volvieron a paso lento hacia el comisariato de Stuttgart. El para reconocer su culpa; ella para acompañarlo en el momento de la separación...

El noble doctor Haker me dijo que la pena no excederá de tres años...

El tiempo pasaría, y la felicidad podría erigirse sobre bases sanas. Y la voz de la conciencia callaría para siempre; no sería obstáculo ya para la dicha deseada.

(¡Tres ños! ¡Tres años! ¡Necesito Tu ayuda. Tu mano, oh, Señor del Cielo!)

(Cada noche repito mis mismas palabras de siempre, Señor: ¡ayúdala! ¡ayúdala!)

Y con la fe puesta en tan altos destinos, hubo un día en el futuro, en que las rejas desaparecieron...

¡Anna! ¡Es el día más hermoso de mi vida!

Nevaba sobre Nurtingen cuando ellos llegaron al lugar donde cierta vez, una danza de la tierra natal unió sus destinos.

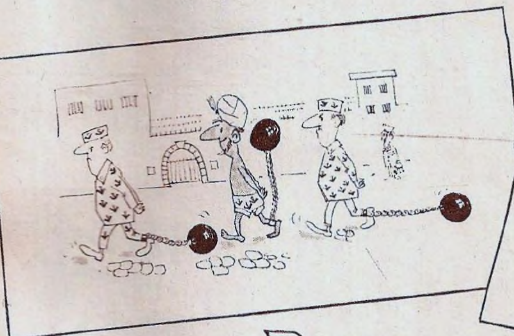
Se abrazaron, y bailaron lentamente. El sitio estaba vacío. La música brotaba de sus almas. Y ellos la escuchaban en toda su intensidad.

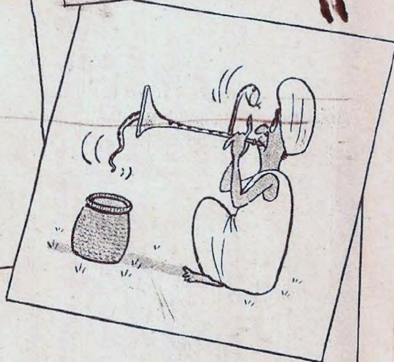
FIN

PARA SONREIR











Escaneado por: Esteban/Columberos

UN ALBERGUE EN EL CAMINO

Por GODFREY BLUNDEN

ADAPTACIÓN

El periodismo —vieja pasión mía— me llevó a Moscú. Era el año 1942. Conseguí trabar amistad con Mitka, un ruso que conocía inglés.



Ibamos en automóvil, por la vieja autopista de Leningrado y nos acercábamos a la capital. Contesté: —Hay muchos rusos que lo hablan.



—Esta noche te llevaré a su casa, si quieres. —Tendrá que ser después de cenar. —Bueno —asintió Mitka— puedes llevar algo.



Cuando esa noche mi amigo ruso y yo íbamos por las calles oscuras, advertí que él se percataba de cuando en cuando de que no nos seguían.



La casa estaba en tinieblas. El zaguán olía a leña quemada. Mitka llamó a una puerta, y desde adentro respondió una voz anciana; se oyeron pasos, y una luz partió en dos la oscuridad.




Me vi en una pequeña habitación muy pulcra. Había unos divanes, una mesa tendida con blanquísimo mantel; fotografías de grupos familiares pendían de las paredes. Una estufa calentaba la habitación y sobre ella ardía el agua en un samovar de plata.


No, había nadie cuando entramos, pero me llamaron la atención un costurero sobre el sofá y un elefante de trapo con dos botones de zapatos por ojos. Entró una mujer y me estrechó la mano con franqueza. Sus rasgos, su acento, la definían como hebrea: aparentaba cuarenta años.


Se llamaba Raquel y hablaba en correcto inglés, con acento eslavo.
¿Ve usted qué bien habla? Pero mejor lo hace Lizavetta.


Raquel agradeció la botella de votka y desapareció unos minutos. Luego volvió a entrar con la mujer llamada Lizavetta. Pusieron la mesa; ensalada de *saurkraut*, guiso de papas, pan negro y bizcochos.


Había también un poco del caviar del cual yo había regalado a Mitka. Lizavetta llevaba sus rubias guedejas atadas en torno a la cabeza. Me dijo que su aya había sido una inglesa, y que en la escuela de nobles, una tal Miss Graham se encargaba de las clases de inglés.


Karl también sabía hablar inglés correctamente. Karl es mi hijo. Esa es su fotografía.


Era la de un joven de facciones armoniosas y miradas pensativa. Después de comer y brindar con vodka, supe otras cosas; Lizavetta hacía juguetes para niños. Con trapos y botones viejos. —De eso vivimos-agregó.


-Los campesinos que son más ricos que los aristócratas —los compran para sus hijos— explicó Raquel.-Así tenemos papas y algo de pan.
La riqueza está ahora en el campo.


Aquellas dos mujeres resultaban interesantísimas para mi despierta curiosidad de buscador de noticias. Raquel Semyonovna era de Odesa y había sido franco tirador en la guerra civil.


-Su idea —explicó— era dar muerte a algún general zarista.
Mi padre era general del Zar...


-Entonces vino la revolución —agregó Raquel.-No puedo imaginarse lo que he visto con el ejército rojo: muchas muertes y modos de morir.
A Lizavetta la encontré en una era. Estaba muy asustada y era niña.


Sus padres habían muerto. El de Lizavetta, demasiado orgulloso para prescindir del uniforme, se hizo matar por llevar charreteras.
Se mataban a miles de estos uniformados.


Lizavetta tenía un hermano en América. Me significó que deseaba enviarle noticias conmigo: una carta Raquel le preguntó: —¿Y si el aeroplano se estrella y encuentran la dirección de tu hermano sobre este extranjero?


Me ofrecí para llevar a América la carta; escrita en inglés. Podría ir en la valija de la Legación. O cualquier conpañero corresponsal la llevaría consigo. Raquel me habló de su hijo. No estaba en el ejército rojo.
Ahora sé que lo enviaron a un campo de concentración.


Al salir con Mitka de la extraña reunión, prometí volver. Mi amigo ruso me dijo:–Para ser extranjero, eres un espía muy inteligente. —No soy espía. Eso también es prueba de inteligencia.
Caramba, Mitka, ustedes ven espías hasta en el aire.


Aquel año las nieves habían llegado pronto. Yo tenía poco que hacer y la *Pravda* de cada mañana no disipaba mi hastío. Hice precintar ventanas y puertas y vivía frente a la estufa, bien abrigado.


Recibía lecciones de ruso de madame Udonova, cuyo hijo faltaba del hogar desde hacía un año. Yo no omitía mi opinión desfavorable acerca del país de los soviets. Ella nunca aceptó llevarse las revistas inglesas que yo le ofrecía. Comprendí que era por miedo.


Una tarde la pregunté qué pasaría si ella me diese una carta para América. —Mister Ferguson, probablemente me fusilaría por espía. Mi experiencia resultaba casi desesperante. Aquella tarde me detuve con Mitka frente a la antigua Iglesia de Nuestra Señora. Y mi amigo me tradujo la inscripción que se leía a la entrada. —La religión es el opio de los pueblos.


Pero Rusia había sido y era mística en su esencia más profunda. Solamente unos lobos políticos podían haber hecho aquello con su alma.
Mi madre va a la iglesia cada semana.


Luego caminamos, siguiendo la muralla del Kremlin hasta llegar al río. Pasamos junto a la tumba de Lenin y a la Catedral de San Basilio.


Invité a Mitka y a mi amigo Charlie, de la Legación, para que fuéramos al teatro. Aplaudimos El Lago de los Cisnes. A la salida...
Vamos a casa de Raquel y Lizavetta; beberemos vodka.

Me recibieron con afecto; había una joven americana, casada con un ruso, que se mantenía silenciosa, mientras tejía en un extremo de la habitación. Se llamaba May Anderson.



Durante la velada procuré preguntarle si creía que él estaba en un campo de concentración, como tantos otros. No levantó sus ojos. Las manos finas temblaban sobre el tejido: —No sé que quiere usted decir.





Lizavetta me llamó con su suave voz para preguntarme si me había agradado la representación de El Lago de los Cisnes. Le respondí que el teatro también era el opio de los pueblos.

En Rusia, por ejemplo. En otras naciones ese opio era el cine. A Lizavetta el cine le parecía un arte. Me preguntó si conocía yo a periodistas a quienes pudiese interesarles un guión cinematográfico.



Una película sobre Rusia, valiente y real, sería interesante, ¿verdad? —Creo que sí —contesté— una obra así, encontraría productor.



-Pienso que lo haría famoso si en América o Inglaterra se interesasen por él. —Pero, ¿no me dijeron ustedes que estaba en un campo de concentración? Lizavetta bajó la voz para responder: —Ahora está libre.



—¿Qué hizo ese joven? —¡Nada! —Bueno, lo aceptaré. Yo soy libre.



—Hablaba de mi hijo. Gracias, señor Ferguson. ¿Sabe usted que se llama Karl Marx? —Lo imagino, respondí.

¿Y por qué se llama como ese revolucionario lo persiguen los soviéticos?



La madre guerrillera bajó la frente, palideciendo. Comprendí: todos estaban siendo quemados dentro la hoguera que encendieran. May se despedía. Estábamos casi solos cuando Raquel me contó lo que sufrió su marido. Había rojos extremistas como ella.



Cuando se vio preso le pareció increíble. Dos días después lo llamaron. Una mano le arrancó la Orden de la Bandera Roja. La Orden de Lenin.



Recordaba Iván haberse sentido invadido por un loco furor cuando recibió fuertes golpes en la cara y en el vientre, atado, vencido:
—¿Qué secretos de la Unión Soviética has revelado a los extranjeros? ¡Contesta!



—Tenemos los documentos. Qué revelaste es lo que debemos saber. ¡Contesta!
Lo levantaron en vilo y le golpearon la espalda y los riñones con golpes que producían agonías de muerte. Luego lo apoyaron contra la pared, sentado en un taburete.





—Ya ves cómo tratamos a los enemigos del pueblo, espías y traidores.
Iván sintió que la boca se le llenaba de sangre

Le destrozaron el vientre y luego aquellos verdugos trajeron un espejo para que se viera. Era un hombre de cabellos blancos, moribundo.
Tuvo que conceder:—Traed, firmaré cuanto queráis...



Lo pusieron en libertad; cuando volvió a casa me costó trabajo reconocerlo. Karl —entonces de doce años,—miraba y miraba a su padre con infinito dolor. Y no concluyó en esto. Más tarde volvieron por él y lo mataron.





Hice señas de que sí, lleno de compasión. Era hora de marcharnos. Mitka me acompañó hasta casa. Por el camino le pregunté si conocía a May Anderson. Me dijo que sí. Estaba casada con un ruso muy inteligente.



—¿Sabes cuál fue la causa de su desgracia? Un día, en cierta reunión política, dijo a un compañero, sin intención seria, que la estrategia de Hitler era muy hábil.—En nuestro país no se tolera que el enemigo pueda tener razón o ser inteligente. Siempre es loco o estúpido.

—El "camarada" se puso de pie y lo denunció. Vino la detención, los interrogatorios. Y ahora, el campo de concentración. ¡Pobre mujer!



Pero May no quería, o mejor dicho, temía pedir amparo a su país.



A la noche siguiente, Lizavetta me invitó para darme el manuscrito. Lo hizo discretamente, al ayudarme a poner el sobretodo. Puso el gran sobre en mi mano. Apretó la suya sonriendo; sus ojos estaban húmedos.



Mirka me dejó en la calle; yo iba tranquilo con pasaporte y salvoconducto para las horas de queda.



A los extranjeros les gustaba Moscú porque el más pobre empleado de Embajada era más rico en alimentos, calefacción y privilegios que los mismos rusos. Mientras caminaba, imaginé a un estudiante del siglo pasado.



Llevaría capa, sombrero alto, chaleco de fantasía y botas de media caña. Pasearía por bulevares llenos de las estatuas de los grandes hombres rusos: Gogol, Turgueniev, Pushkin, Tolstoi, Mussorgsky, Borodin.



—Soy extranjero; me llamo James Ferguson. —¿Qué hace aquí?— —Miraba la estatua de Gogol. —No es corriente mirar estatuas de noche. Puede irse. Pero unas cuadras más adelante, volvieron a detenerme y tuve que acompañar a los "militzia" a la oficina de control.



Llegué a casa malhumorado, luego de salvar trámites y odiosas formalidades. Vitalia, la hija de madame Udanova, mi profesora, estaba esperándome. Su madre había tomado una bronquitis. ¿Quería yo dar clase con ella?



Me quedé admirándola, pequeña, fina, con grandes ojos azul pizarra y cabello oscuro, sonriente, entre infantil y madura. De este modo comencé a conjugar el verbo amar en ruso y con toda dedicación y entusiasmo, porque lo cierto es que me enamoré de la linda Vitalia con todo mi corazón.



La convalescencia de Mme. Idanova resultó muy larga. Recuerdo que mi amigo Charlie me reprochó el idilio: —Esa muchacha me gusta a mí mucho.



—Me gustó desde la primera vez que la vi en la calle con su madre. Vitalia me llamaba Zhimmy. No tardó en transparentar su hondo sentimiento por mí. ¡Qué sutileza, qué encanto y fascinación había en aquella niña!



Quería fumar y se ponía a toser como un niño que bebe de prisa. A veces Charlie, al nombrar a Vitalia, la llamaba Mata-Hari. Las clases de ruso transcurrían con mucha seriedad. Luego ella bromeaba. Le gustaba leer Life y solía preguntarme si las mujeres americanas eran todas lindas.



Le explicaba que había mucha mentira y propaganda.

Las mujeres rusas no serán tan bellas pero son muy fuertes.



—Ustedes mienten mucho— me dijo de pronto, clavándome sus pupilas grises. —Y ustedes mienten de otra manera.—*¿Kak?* —Por radio, todo el día tiene que sonar en las calles vuestra condenada radio oficial.



Después la oí con asombro señalar las ropas de nuestros obreros en una fotografía iluminada de revista y comentar: —Estos son capitalistas.



Me indignó su mecánica defensa de tanta farsa y le dije: —Anoche vi a un policía pateando a un soldado del ejército rojo. Estaba borracho.



Esa tarde se fue enojada: no quiso llevarse *Life*, como tampoco lo quería su madre. Al verla salir se me ocurrió una idea: —Mata-Hari bien puede ser una espía. Estas gentes no sirven sino para corromperlo todo. Hasta la juventud, el amor.



Me disponía a leer el guión de Karl.



Dormí intranquilo, molesto, con una sensación de náusea espiritual.
Volví a ver a Vitalia en una reunión de jóvenes y muchachas propiciada por Charlie. Y ella salió a mi encuentro, sonriendo dichosísima.



Bailamos juntos: parecía una niña en su primera fiesta. En un aparte le dije, duramente: —Devuélveme esos papeles que robaste de mi mesa. —No he robado papeles, Zhimmy. —dijo mirándome con su aire de inocencia infantil.



Era un sobre grande, un documento. —No, Zhimmy. "Lizavettta sufrirá mucho" dije para mí. Y ella entonces: —¿Lizavetta es una joven que te ama?



Entonces Vitalia, radiante, dijo: —Es un papel lleno de tonterías. No hay nada de amor—. ¿Creíste que era una carta de amor? ¿Lo llevaste a tu oficina de espionaje?



Se echó a reir como una niña y señaló mi mesa escritorio.



Salté para apoderarme de ellos. Vitalia me explicó que se trataba de una historia sobre una cucaracha de largas patillas y ojos crueles, erguida con arrogancia ante un león, un tigre y un elefante que huían.



Leyó los versos rusos, traduciéndolos. Pude entender el significado simbólico del guión: todos los seres animales de la tierra, nagníficamente personificados, eran dichosos en un mundo bello hasta que apareció la cucaracha cruel. Vitalia explicaba, riendo: —*Khozin*, la cucaracha...



..."le dice aquí a los animales que hagan ésto y consigue que se coman unos a otros." Comprendí: era un tema de propaganda satírica contrarrevolucionaria. —Pensé en Lizavetta, en Karl...



El *Tarakhan Kozin* se hinchaba de tanto poder. Había una ironía amarga, triste. Rogué a Vitalia que me explicase el fin. Un gorrión se arrojaba desde un árbol, y sin miedo, se tragaba al Tarakhan, la inmunda cucaracha.



Ese epílogo significa el fin del comunismo aplastado por quien amaba la libertad y no temía la falsa hinchazón del poder corruptor.



Sonreí ante esa puerilidad, alargando a Vitalia una bombonera. Creo que desde el instante en que leímos juntos el manuscrito de Karl, que me pareció extraordinario, empecé a amar a Vitalia.

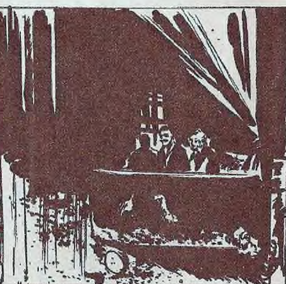


Cuando nos encontrábamos yo veía estrellitas de nieve en su pelo y de alegría en sus ojos. Por ella descubrí que Moscú era más tolerable. Su soledad (nunca he conocido ciudad más solitaria) me brindaba un albergue en el cariño de aquella muchacha.



Charlie, ella y yo, íbamos a la ópera. Una noche vimos *Boris Godunov*. Mi enamorada se entusiasmó con la función. -Mira, qué trajes más ricos. Era verdad: las pieles eran cibelinas rusas; el damasco era de China.







Después en el *foyer*, donde vimos toda clase de gente: burócratas, oficinistas rechonchos, militares, rollizas mujeres del Ejército Rojo que lucían en sus cinturones las diminutas pistolas "suicidas". Uno de los periodistas rusos miró a Vitalia y luego a mí, escrutadoramente.

Fuimos con Charlie y un grupo de amigas y amigos a mi departamento. Bebimos té caliente y vodka.



En un aparte hablé a Vitalia de mí. Le dije donde había nacido y nuestro modo de existencia, libre, dichoso. Le dije que mi padre de obrero simple llegó a poseer una granja suya.















De pronto me echó los brazos al cuello sin cuidarse de que estábamos rodeados de amigos que por cierto no se cuidaban de nosotros.







A la mañana siguiente, Mitka vino a buscarme para ir juntos al antiguo edificio de Bellas Artes.



Yo observaba a Mitka, bastante inquieto. Eran tan impenetrables y tan dobles aquellas personas. Me llevó esa tarde a casa de Raquel. No tenía noticias de Karl. Cuando ella y Lizavetta pudieran hablar...



Vi que el rostro de la madre se trasmudaba, angustiosamente. —¡Pobre Karl! ¿Cuándo dejarán de tratarnos como bestias? ¿Como a máquinas? Todo por la patria, todo por el partido. Sangre y lágrimas para compensar sus estúpidos errores. Son seres malditos.





Propaganda y promesas, desproporción de salarios, peor que la de vuestros países capitalistas. ¡Es terrible! ¡Pobre mi Karl! Sería... sería... preferible que lo fusilaran antes que regrese como su padre.

Lizavetta gritó, arrojándose a los pies de Raquel: —¡No, madrecita, no, no digas eso, por favor! En ese momento la mirada de Mitka sobre las mujeres era de infinita piedad, casi mojada en lágrimas.





Traté de consolarlas. El guión cinematográfico era excelente. Podría interesar enormemente en Estados Unidos. Yo me encargaba de hacerla llegar a un productor. Raquel sollozaba. Mi albergue se había convertido en un alto dramático, de mi camino en Rusia.

Dejé aquella casa con estupor y tristeza. Mitka me dijo casi bajo la nieve: —¡Pobres mujeres! Karl ya no existe. Guardé bien su manuscrito. Será una gloria póstuma. Nos despedimos.—Aunque lo procuraron, no han podido hacer de mí una bestia. No, no lo soy.



Esa noche Vitalia debía venir por mi lección, pretexto de sus visitas. Pasé una hora aguardándola, impaciente. Cuando pasó el tiempo...



Charlie llegó a visitarme, y al verme triste, comprendió: —¿Estás enamorado de la pequeña Vitalia? —Sí. —¿Qué pasa con las rusas que se casan con extranjeros? Charlie me miró asombrado, atónito: —¿Casarte? ¿Estás loco?





—Tendrías que irte de Rusia, inmediatamente. Sin vuelta. Esa noche apenas pude dormir. Recordaba que Vitalia había leído el manuscrito a sus amigas.

Recordé en sueños extraños los dibujos del guión. Eran los que sirvieron de modelo para los animalitos de trapo de la pobre Lizavetta. Sin duda ella y Karl se habían amado con la bendición de la madre.



Me levanté y puse a buen recaudo el trabajo. Por la mañana pensé que de ser posible nada impediría a Vitalia venir a verme. Pero recién por la tarde llegó a casa. Llamó débilmente, corrí hacia ella y la abracé.



Me besó con gran dulzura. —¿Qué pasó?— rogué. No me contestó. Fue hasta la butaca que ocupaba siempre frente a mí en el escritorio, y se dejó caer con abatimiento y fatiga. Me miró sin embargo, con firmeza.



—Dime qué ha pasado, Vitalia. —Eres bueno, Zhimmy. —¿Qué ocurre?



Me miró con tristeza y con profunda dulzura. Luego introdujo la mano en el descote y sacó un papel. Era una orden expulsando a Vitalia de Moscú para toda su vida. Tendría que ir a un *kolkhoz* en el Volga.



Por ser amiga tuya y porque tú estás en un complot dicen que soy una mala mujer soviética y que propago tus ideas cacapitalistas.



—Me pusieron en una cabina frigorífica, buena cama, pero muy fría. No me dejaron esconder las manos bajo la manta. El guardia miraba cada media hora y hace tanto frío que no se puede dormir.







—Les dije que te quiero mucho y los insulté. Zhimmy, ¿piensas que hice mal? Están furiosos con Vitalia, pero a Vitalia no le importa.—¿Vas a escaparte?



Luego, serena, me dijo que esa noche se iba. Le respondí que estaba en terreno diplomático y que yo haría algo. Pediría una entrevista con el que firmó la orden de destierro. Ella juntó sus manitas, mirándome.



—Querido, ¿deseas que me fusilen? Me fusilarán si haces eso.



Luego me dijo que Raquel y Lizavetta debían cambiar de casa, pronto. Corrían peligro, estaban vigiladas. Karl había muerto a causa de las torturas recibidas.
—Ponlas sobre aviso, Zhimmy.



Vitalia pareció de pronto, desesperada, y me rodeó con sus brazos.
—Adios, Zhimmy, has sido muy bueno y tu pequeña Vitalia no te olvidará nunca.





El nudo que me apretaba la garganta se resolvió en un torrente de palabras: —Esos malditos, esas bestias inhumanas que pretenden clavar sus pezuñas en todo el mundo. Vitalia querida, mira hacia el cielo, ¿crees en Dios? Me miró como el niño a quien promete algo hermosísimo.

—Creo desde que me trataste con tanto amor. ¡Creo!
Entonces ruégale para que termine esta espantosa tragedia.





Nos besamos, despidiéndonos hasta la eternidad. Sí; en pleno siglo XX ocurriría una cosa así, una injusticia, un crimen tan horrible. Recuerdo con espanto aquellos días. Mi visita a la casa de Raquel, a la casa de madame Udonova, desolada.

Charlie me acompañaba, asustado.—No vayas a cometer una imprudencia demasiado gorda, hombre. Mira que estos tipos no se andan por las ramas. Pronto apercibí el viaje de retorno. Mitka me acompañó al aeropuerto.



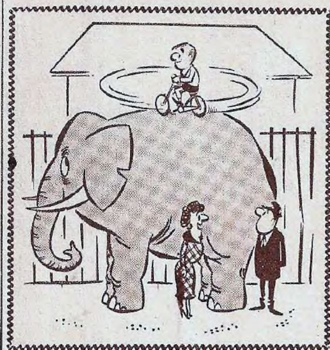
Raquel y Lizavetta me enviaban sus recuerdos y la recomendación de que me ocupase del manuscrito de Karl. Eso sería como hacerlo revivir.



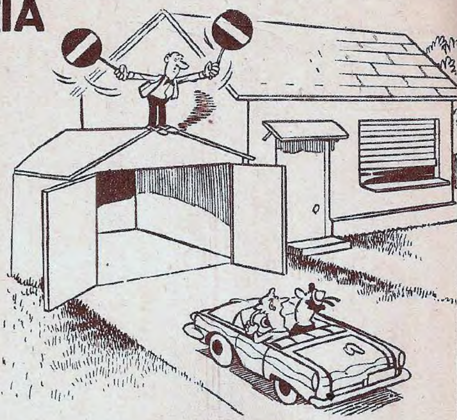
Lo ha sido. Un sarcasmo arrojado al rostro sangriento del régimen tiránico. Ha hecho reír con lágrimas a medio mundo. Karl es famoso. Nada sé de su madre ni de su novia. Tampoco pude recibir noticias de mi pequeña Vitalia. Cuando la recuerdo, pienso en que simboliza a esa Rusia que es digna de ser amada y remidida.



GOTAS DE ALEGRÍA



—No le molesta que mi hijo ande sobre el elefante, ¿verdad? En mi casa tenemos poco espacio.



—Me pone nerviosa la actitud de mi esposo cuando entro el coche en el garage.



—De recién casados me traías el desayuno en un plato...



—¡Mabel, por última vez...!

intervalo ALBUM

AÑO XIV — Nº 65

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Editores responsables:
R. Columba (h.) y Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889 — Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 721439 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B.	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372 — Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

ROSSO S.A.I.C.I. Doblas 955

















EL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS ES SU ÚNICA CHANCE PARA LLEGAR A SER PROFESIONAL. COMIENCE POR PEDIR **GRATIS** FOLLETOS EN COLORES DE ESTE CURSO. ENVÍE **HOY MISMO** ESTE CUPÓN.

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs AIRES · ARGENTINA · ESTUDIO D 5

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: ____________________

Calle y Nº: ____________________

Localidad: ____________________

Provincia: ____________________

Ocupacion: ____________________ Edad: ________

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Junio comienzan del 1° al 8. **INSCRIBASE.**